

La presencia de aquel centinela vigilante era la mejor defensa de la tienda de las mujeres del Cadí, y el tenaz obstáculo que encontraban los curiosos indiscretos.

Esta tienda estaba bastante mejor alhajada que la del Cadí. Una magnífica alfombra tunecina sobrepuesta á otras dos de inferior calidad cubría todo el suelo; y el reflejo de sus vivos colores apagaba el brillo de las lentejuelas de plata, bordadas sobre la tapicería que guarnecía el interior y la cúpula de aquel pabellon elegante.

Varios vestidos de muger puestos al desgairre sobre taburetes, y algunos pares de babuchas ricamente bordadas de canutillo de oro, pequeñas, entrelargas y graciosas, esparcidas por la alfombra; manifestaban á las claras que la tienda había sido desalojada precipitadamente por sus verdaderos moradores.

Una pipa turca provista de tres largos tubos flexibles, rematando en boquillas de ambar y sumergida en un globo lleno de agua, en tanto que su hogar, encendido todavía, exhalaba el perfume de la rosa; un espejito de acero con un marco tallado segun el estilo del renacimiento. arrojado sobre un cojin; almohadones de seda, de terciopelo y tapicería puestos aquí y allí, con indolente desórden; sandías, naranjas, granadas y limones, esparcidos sobre una esterilla de palma puestas junto á un divan entre flores y yerbas olorosas.... tal era la decoracion, el lujo, el mo-

MEDINA

ó

ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE.

SEVILI A.—Imp. de esta Biblioteca, calle Pedro Miguel, 34

A. DE GONDRECOURT.

MEDINA

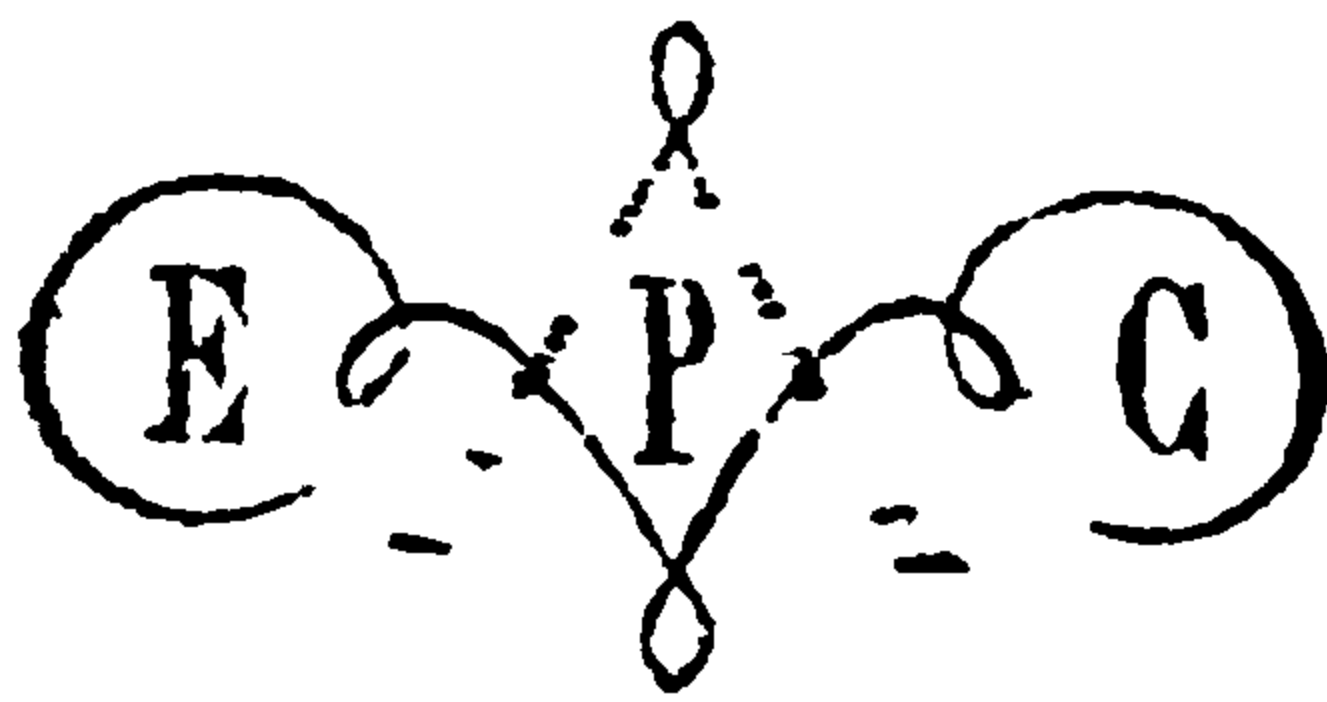
ó

ESCENAS DE LA VIDA ÁRABE,

TRADUCCION

DE JOAQUIN GUICHOT.

TOMO I.



SEVILLA.

L. PERIE Y COMPAÑÍA, EDITORES,

calle de Jimlos número 26.

1868.

PRÓLOGO.

Siendo MEDINA la obra con que inauguramos esta *Biblioteca*, habíamos decidido escribir un prólogo, que fuera al par que un juicio crítico del libro de Gondrecourt, la esposicion de las causas que nos han impulsado á elegirla con preferencia á otras; pero habiendo recibido una carta de nuestro erudito y distinguido amigo D. José Perez Martin, á quien habíamos consultado sobre la conveniencia de dar á la estampa esta novela; la insertamos íntegra en lugar de prólogo, seguros de que nuestros lectores ganarán en oír el dictámen de persona tan entendida.

No renunciamos á decir algo sobre el estudio de costumbres que, en forma de novela ofrecemos á nuestros lectores; pero lo haremos al publicar el primer tomo de los *Cursos familiares de Literatura* de Lamartine; que recibirán nuestros suscritores en el mes de noviembre.

EDUARDO PERIÉ.

Sevilla 2 de Setiembre de 1868.

SR. D. EDUARDO PERIÉ.

Muy Sr. mio y estimado amigo: Debo á la benevolencia de V. la inmerecida distincion de pedirme dictámen sobre la novela titulada *Medina*, escrita por A. de Gondrecourt, con la cual se propone dar principio á la *Biblioteca Económica de Andalucía*.

Repartido el prospecto y conocidas algunas de las obras que ha de dar á la estampa y las condiciones de la publicacion, no ha menester ni de Mecenas cuyo nombre patrocine la empresa y la defensa de los tiros envenenados de la maledicencia y de la envidia, ni de críticos y censores cuyo crédito y fama sean fiadores de la bondad de los libros. Así, considero no solo innecesario sino acaso perjudicial mi parecer. Porque ni tengo títulos para contarme entre los que pertenecen á la república de las letras, donde tantos lucen con aplausos sus felices dotes, ni la instruccion y los talentos que se requieren para formar el acertado juicio que V. desea. Espondré, sin embargo, el mio á riesgo de incurrir en errores tal vez imperdonables y de merecer con justicia la calificacion de temerario.

Ábrase la novela con la descripcion minuciosa de una de las ciudades mas importantes de la Argelia: presenta el autor inmediatamente y de la

VIII

manera mas natural, los personajes principales y refiere los sucesos mezclando con oportunidad la forma espositiva y la dialogada. Así logra sostener la vida y movimiento en todo el curso de la obra, y pinta con rasgos ya vigorosos ya ligeros, y colores ora dulces ora brillantes, los cuadros que ofrece la naturaleza en aquella region, objeto de las meditaciones y empresas del gran Cisneros. y escenas pavorosas y terribles, alegres ó patéticas, situaciones interesantes y siempre verosímiles y caracteres varios, contrastados y sostenidos, espejo fiel del corazon humano. El dulce amor de la juventud, la ternura del cariño maternal, los encendidos celos, el ólio encubierto de la envilecida esclavitud, la insaciable y criminal ambicion, el cobarde egoismo, la páfida hipocresía, la noble y sencilla lealtad, el caballeresco y altivo pundonor y otros sentimientos, móviles poderosos del hombre, hallan ancho campo en la obra de Gondrecourt.

Agréganse al interes creciente de los acontecimientos el que sabe inspirar el autor con noticias curiosas sobre la organizacion de las tribus de algunos pueblos africanos y sus usos y costumbres, que nos muestran la fealdad y los horrores del fanatismo y la ignorancia y las inapreciables ventajas de la cultura.

Gondrecourt es á mis ojos no solo el novelista que forma con habilidad suma el tejido de la fábula ostentando las ricas galas de su lozana fantasia, y el escritor que emplea con oportunidad, ora

el sesgo tono que exige la narracion de importantes sucesos. ora el ligero y festivo que requieren las costumbres y la instruccion del soldado; sino el viagero que nos conduce por los campamentos y ciudades, por los bosques y desiertos, é internándonos en precipicios y cavernas y en las chozas y tribus, nos enseña todo lo que ha observado su vista perspicaz, desde el harapo del mendigo hasta las mas suntuosas telas y preciadas joyas de las mugeres y tiendas musulmanas, desde el abatido esclavo hasta el poderoso príncipe, desde el arenal estéril hasta el florido vergel, desde la vida del aduar hasta las ceremonias de la religion.

No se me oculta que á muchos no parece oportuna la publicacion de novelas sino de libros científicos y que si algunas se dieran á la estampa deben seguir el curso trazado por el insigne Julio Verne. Mas sin desconocer la utilidad de semejante derrotero, juzgo que no todas las inteligencias pueden aprovechar sus lecciones: que se leerán siempre con agrado las obras de imaginacion cuando están inspiradas por el talento y el génio; y que aun los hombres consagrados al estudio y adelantamiento de las ciencias, no pueden negar que la buena novela contribuye á fortalecer el corazon grabando en él nobles sentimientos, y á la cultura del espíritu satisfaciendo una de sus necesidades: que si el sábio cardenal Wiseman se distinguió por sus vastos y profundos conocimientos, no se desdeñó de escribir *La Fabiola*, y que

X

si el célebre Newton es la admiracion de los que se dedican á las ciencias exactas, pagantambien con ella el merecido tributo al inmortal Cervantes, que forma con su *ingenioso hidalgo* las delicias de los que pueden aprender en sus enseñanzas y saborear sus dulzuras.

Pretender que se destierren las novelas, es ignorar la historia de ese importante género literario: es intentar suprimir en el hombre la fantasía: desconocer la constitucion de la inteligencia humana y menoscabar, en fin, la obra privilegiada de Dios.

Sentir, pensar y querer: he aquí los polos en que gira constantemente la vida. No está, por cierto, en nuestro arbitrio destruir súbita ni paulatinamente algunas de las funciones de la inteligencia, que son todas necesarias, pues que nada es inútil en la creacion. Así la fantasía reclama por derecho propio su ejercicio y siendo el origen de las artes liberales, contribuye, aparte sus extravíos perniciosos, al recreo y ventura del hombre y aun al progreso de las ciencias.

No se habrían sin ella establecido las hipótesis, causa fecunda de verdades importantísimas que ha verificado despues el raciocinio. Las invenciones que no se deben al acaso, son hijas de la inspiracion que nace cabalmente de la fantasía; y donde no penetra la razon con su rayo luminoso, ella vuela rápida con sus alas de fuego. Así la novela ingénita en la imaginacion carece de patria; y la variedad de circunstancias y el curso inevi-

table de los acontecimientos, ha variado el rumbo de la historia ficticia, desde la narracion sencilla para solaz de la ingénua ignorancia y de la candorosa niñez, hasta la novela de los últimos tiempos. Por eso notamos que empiezan por cuentos en que alcanzaron fama los indios y los persas y les siguieron segun noticias, los griegos con sus milesios y jónicos: generalízase despues á consecuencia de las irrupciones árabes la historia ficticia, semejante á la que produjo este pueblo conquistador: estiéndese en la edad media, merced á las circunstancias políticas, la novela, retrato de aquellas costumbres, que murió con la seguridad y fuerza del régio poder, y con la publicacion del sin par Quijote: síguenle la pastoral y la picaresca y de costumbres, despues las filosóficas, ya sosteniendo los preceptos morales ya minando las instituciones políticas, luego la histórica y por último la que me atreveré á denominar científica. Este género literario ha sufrido, pues, en su curso las modificaciones á que están sujetas todas las obras humanas; pero sin que haya desaparecido jamás, antes ejerciendo su poderoso influjo por tener su origen en las leyes inmutables de la naturaleza.

Pudiera con razon aplicársele, cuando no está emponzoñado con el veneno de la inmoralidad ó cuando no se falsea la historia, el elogio que hace el ilustre Ciceron con su elegante estilo de las bellas letras. Porque las novelas son en verdad alimento de la juventud y recreo de la vejez: sirven de refugio y consuelo en la adversidad y en la bue-

XII

na fortuna: deleitan en la ciudad y en el campo: son un honesto é instructivo recreo y desahogo para los hombres abrumados por las serias meditaciones; y flores, en fin, que los ingenios producen y nos ofrecen en el áspero camino de la vida.

He dilatado esta carta inadvertidamente á riesgo de cansar á V. con su lectura. Concluyo pues, manifestándole que el Sr. Gondrecourt ha reunido en su obra las condiciones que el príncipe de los líricos latinos exigía en las de imaginacion: «*miscuit utile dulci lectorem delectando pariterque monendo:*» que en mi humilde dictámen es digna de la *Biblioteca Económica de Andalucía*; y que no debe V. desmayar en la empresa con tan gallarda resolución acometida, temeroso de dificultades y obstáculos; pues no se produce la rosa sin el sudor de quien cultiva la planta y sin sufrir tal vez el rigor de sus espinas.

Perdone V. bondadosamente, siquiera en gracia de la docilidad y buena intencion, los errores en que haya incurrido su afmo. y S. S. Q. B. S. M.

JOSÉ PEREZ MARTIN.

Sevilla 1.º de Setiembre de 1868.

I,

MOSTAGAN.

—

A pesar de la transformacion que la conquista de los franceses ha hecho experimentar á todas las grandes poblaciones de la antigua regencia de Argel, Mostagan conserva todavía el aspecto de una verdadera ciudad moruna. Su dilatada playa abierta á todos los vientos, mantiene la poblacion aislada en medio de aquel gran tráfico mercantil que tiene por factorías extremas Orán y Bona, por cabeza Argel, y por depósitos el medio dia de Francia, España, Italia y el Levante.

Mucho tiempo ha transcurrido antes de que los Gobernadores generales se hayan dignado fijar la mirada sobre aquel rincon de la provincia de Orán, cuya feracidad, clima salubre y situacion topo-

gráfica le señalan el primer puesto entre las posesiones francesas de la antigua Regencia.

Mostagan está situado á unas veinticinco leguas marinas de Oran, á cincuenta de Argel, y cuatro mas abajo de la desembocadura del Seliff, que es el rio mas importante de toda la costa norte.

Antes de dar comienzo á la relacion que vamos á emprender, estimamos oportuno describir la ciudad de Mostagan, los lugares donde han de aparecer los principales personajes de este drama, y en los cuales no solo se ha de desarrollar su accion sino las extraordinarias peripecias del suceso.

Cierto es que el comercio europeo no ha tomado posesion de la ciudad moruna; pero no podrá menos de agradecerle este abandono, todo viajero que busca donde quiera que se encuentra, los recuerdos de lo pasado. y las huellas de pueblos vencidos; porque allí hallará gozoso la verdadera ciudad berberisca en medio de los derruidos paredones de las casas del antiguo Mostagan, y verá á lo lejos entre praderas y cerros cubiertos de viñedo, ruinas de alquerías, aljibes y casas de campo abandonadas, restos del lujo de familias opulentas, testimonios elocuentes de que la sordida avaricia de la industria mercantil no ha arrasado todavía el delicioso jardin de la conquista francesa en la Argelia.

Mostagan está construida sobre un peñasco que bordea una profunda torrentera tajada, cubierta de vegetacion, alegre y amenizada constantemente con el dulce y tranquilo murmullo de

una corriente de agua límpida, fresca y abundante, que se divide y subdivide en pequeños reguerros, charcas y depósitos; según el gusto y la inteligencia de los jardineros que cultivan los vergeles beneficiados con las aguas de aquel cristalino manantial. Bandadas numerosas de alegres pajarillos, acuden, huyendo del sofocante calor de la llanura, á buscar sombra y fresco entre las ramas de la florida adelfa, de la higuera silvestre y de los arbustos y plantas odoríferas que esmaltan aquella barranca cubierta de vegetación.

La torrentera, después de haber seguido la curva del peñasco, se estrecha y acaba por desembocar en la playa marina á un cuarto de legua de la ciudad.

La situación de Mostagan, como plaza de guerra es muy desventajosa, puesto que está rodeada de cerros desde cuyas mesetas se domina la ciudad; pero considerada bajo el aspecto pintoresco, es verdaderamente encantadora según acontece con todos los pueblos berberiscos diseminados sobre las costas del Mediterráneo; semejantes á las conchas de brillantes colores esparcidas sobre la fina arena de sus magníficas playas. Los buques procedentes de Argel y de Orán ó los que atraviesan el Atlántico, no descubren los muros de la ciudad hasta que se encuentran á algunos cables de la pequeña ensenada, donde Mostagan duerme arrullada dulcemente por el murmullo de las aguas de sus fuentes, y el ruido acompasado del flujo y re-

flujo de las olas del mar. Entonces, y solo entonces, la voz del almuédano que desde el alto alminar anuncia á los creyentes la hora de la plegaria; el vuelo majestuoso de una cigüeña descolgada de la plataforma de un viejo torreón; los ganados que suben ó bajan por las laderas del enriscado cerro, y la bandera que ondea sobre el fuerte de costas del arenal; manifiestan al viajero embarcado, la existencia de aquella fortaleza que se oculta misteriosamente entre peñascos, torrenteras, malezas y jardines, como la tímida gacela en la enramada.

Si hemos de dar crédito á la tradicion y á algunos manuscritos árabes, citados por los historiadores españoles, los berberiscos fundaron á Mostagan, y la piedra fundamental de su ciudadela, fué colocada en el siglo trece por Jusuf-ben-Taschefinn (1). Esta ciudadela, hoy desmantelada, es el monumento mas antiguo de la ciudad; solo conserva un torreón truncado que domina los lienzos de muralla derruidos, en el que anidan las cigüeñas, razon por la cual la religiosa creencia del pueblo lo respeta con cierta veneracion. La ciudad está rodeada de un muro almenado, que corre por la cresta del peñasco sobre el cual está construida; muro que solo tiene una puerta que comunica con la ciudad propiamente dicha, y con

(1) Este Emir berberisco conquistó el territorio que forma hoy el imperio de Marruecos, durante la dominacion de los árabes en España; y fué fundador de algunas ciudades marroquíes.

un arrabal en que existe una plaza donde se celebra el mercado. Aquella puerta, que se llama *Bab-el-Djerad* (1) termina en una plataforma artillada, y en ella se veía hace poco tiempo, una disforme escarpía de hierro clavada en el muro frontero á la plaza del mercado, en el cual se colocaban los cadáveres de los ajusticiados y las cabezas de los enemigos que el bajá de Argel hacia prisioneros. La citada plaza está también rodeada de un muro almenado; tiene una puerta defendida por un bastion de cantería, é inmediato á ella un cuerpo de guardia, en el cual, en otro tiempo se cobraban las alcabalas, así como hoy los aduaneros franceses vigilan á los defraudadores del fisco.

La costumbre tan generalizada entre los orientales, de sentarse y formar tertulia al aire en las puertas de sus ciudades ó á la entrada de sus campamentos; ha dado ocasion para que el mercado de Mostagan sea el punto de reunion de los ociosos y de los vecinos de notoria importancia; de forma, que puede considerarse aquel lugar como el *Divan* de los indígenas, y como el *club* de los europeos de la colonia. Los *caonadji* (2) han establecido, á los dos lados de la plaza, sus humildes cafés; los bodegoneros franceses, sus figones; los españoles, sus despachos de tabacos; los genoveses, sus tiendecillas, y por último, un pro-

(1) Puerta de los cigarrones.

(2) Cafeteros.

venzal, ha abierto al público una alojería surtida de toda clase de refrescos. Como es consiguiente, esta multitud de objetos atrae durante todo el día la población ansiosa de gastar alegremente su dinero; cosa que unida á la parada diaria, á las revistas de las tropas de la guarnición y al tráfico mercantil que procede de las afueras; dan al arrabal un aspecto de vida y animación que no se encuentra en la ciudad propiamente dicha. Esta es larga, triste y silenciosa; sus calles son ahogadas, estrechas, tortuosas, malsanas y obstruidas frecuentemente con montones de escombros; las casas son ruinas, y vense en ellas muchas tiendecillas donde los judíos hacen un gran comercio de pañuelos de seda, telas de algodón, y objetos de platería, con los árabes que nunca vuelven á sus aduares (1) sin llevar á sus mujeres algún magnífico regalo comprado por tres ó cuatro pesetas.

Y sin embargo, si desde la azotea de alguna de aquellas viviendas morunas, después de haber dirigido una dulce mirada sobre el matizado verde de las plantas que dan sombra á la torren-tera, sobre los cerros cubiertos de una florida vegetación, sobre el arroyo cuyas aguas corren murmurando, sobre el mar inmóvil; cosas todas que durante la primavera transforman el nido de águila llamado Mostagan, en un nido de palomas; se contemplan las ruinas de aquella po-

(1) El aduar es el campo que habita una familia.

bre cautiva, el corazon no puede menos de oprimirse y los ojos derramar lágrimas recordando sus desdichas. Quisiérase devolver á aquellas casas ruinosas y desiertas, las familias que la muerte ó la espatriacion han extinguido; á la ciudadela, sus torreones y sus soldados ceñido el turbante; á los cañones cubiertos de orin, sus cureñas; á la mezquita, todos sus fieles creyentes; en una palabra, á lo presente todo lo pasado! Luego, la mirada curiosa que penetra y registra el patio que dá entrada al aire y á la luz en cada casa, se detiene á menudo en la contemplacion de alguna jóven, de negro y largo cabello trenzado; de mirada ardiente y sombreada por rizadas pestañas; cuyos breves piés parecen ceder bajo el peso de las ajorcas de metal bruñido, que los aprisionan por encima de los tobillos, y cuyo talle flexible ondula voluptuosamente: jóven que viste un jaique blanco, que lleva graciosamente anudado desde la garganta al talle un pañuelo de seda, que muestra sus nervudos y torneados brazos, y cuya voz, contrastando con su organizacion física, es lánguida, quejumbrosa y tierna como el canto de la curruca aprisionada.

Cuando aquella voz llama á un esclavo, á un niño ó á una compañera; cuando canta un estribillo tan antiguo como la derruida ciudad ó como el pueblo árabe; lo hace con tanta melodía, tan juvenil acento y tal encanto al apoyar ó prolongar graciosamente ciertas sílabas, que os obliga á preferir la majestad de aquellas ruinas á

la del sitio que descubre vuestra mirada, y la pobre flor perdida entre aquellos escombros á las mas hermosas flores de la primavera.

Los turcos para resguardarse de los disparos que los árabes podian hacer sobre la ciudad desde los vecinos cerros, establecieron en las alturas mas eminentes defensas atrincheradas, que andando el tiempo acabaron por transformarse en pequeñas poblaciones. La primera de estas, *Mata-moros*, está defendida por una fortaleza llamada el Fuerte del Este, y asienta sobre la parte superior de la vertiente de la torrentera, estando unida á Mostagan por una calzada y por un puente construido sobre la profunda cortadura que la divide. La otra está situada á media legua al Sur y dá vista á las praderas que se estienden hasta la costa: esta se llama Mazagran, nombre célebre por la victoria que alcanzó el ejército francés.

A diez leguas largas allende los puestos avanzados, encuéntranse quintas situadas pintorescamente. La vegetacion es allí exuberante; el cielo límpido y azul, y las brisas perfumadas, convidan á los habitantes de Mostagan á salir de sus estrechas viviendas para respirar en aquellas casas de campo la brisa del mar, el aire embalsamado de las campiñas, y el viento penetrante de las montañas del Atlas, cuyas cimas se perciben en recortes caprichosos.

Mostagan ha mejorado mucho desde la ocupacion francesa; hanse construido algunas casas dentro del recinto de la ciudad y levantado sus

murallas; pero el campo ha sido talado por la guerra, ese agente que reduce á la nada el trabajo del hombre, y aniquila las mas bellas producciones de la naturaleza. Los árboles destruidos ó arrancados de raiz; los viñedos que, en tiempos de la prosperidad del país y en la época de la dominacion romana, daban afamados vinos, solo producen en el dia tal cual racimo de una uva todavía esquisita: las casas han sido saqueadas, arrasadas; los aljibes cegados, las cañerías de riego destruidas, y los magníficos jardines, en los cuales se conservaban, hace cuatro años, señales de un exelente cultivo, están hoy convertidos en vastos eriales, en los cuales el paso de las tropas ha sepultado entre espinos y zarzas, la opulencia y la prosperidad de sus dueños.

La sensacion que experimenta el extranjero al volver la vista desde las ruinas de la ciudad á las ruinas de los campos, es melancólica, lúgubre. El inmenso mar cuyas olas bañan la playa, casi siempre desierta, es la imagen fiel, en los dias de calma, de la tétrica inmovilidad de aquella tierra devastada: pero cuando las olas removidas por la tempestad, se alzan, se encrespan con ruidosa furia y azotan como desmelenadas bacantes los peñascos de la costa; esta parece reanimarse al grito de guerra que lanza el huracan, y entonces todo alienta, todo revive entre aquellas malezas; monumentos y religion; riquezas y esplendor; guerras y tumultos; el alcazar del moro, la tienda del árabe,

y el estandarte del Profeta.

En el mes de Mayo de esta última primavera y á la caída de la tarde de un hermoso día, la ciudad cuya descripción acabamos de bosquejar, acaso con demasiada extensión, estaba en movimiento, como vulgarmente se dice. La vanguardia de una columna expedicionaria, que había salido de Mostagan para hacer una razia (1) regresaba á la ciudad, trayéndola noticia de que muy luego entraría el grueso de la fuerza. La guarnición se disponía para salir al encuentro de sus camaradas, como dice el soldado francés; los indígenas participaban del entusiasmo general, y la población toda cubría la esplanada, las azoteas y las murallas. Un buque de vapor se mantenía al paíro en las aguas del fuerte de la marina, balanceándose sobre las olas y encendida la caldera. Este buque que había traído despachos, y algunos pasajeros, que se dieron prisa á saltar en tierra; solo esperaba el boletín de aquella expedición para hacerse á la mar, tersa á la sazón como un espejo, y tinta por los últimos reflejos del sol poniente.

Entre los pasajeros desembarcados del vapor habían llamado la atención del ejército, de la población indígena y de la colonia, dos personas cuyo aspecto conviene describir. Era la una, un

(1) Razia, voz de la jerga moruna, que significa sorpresa. Es un ataque imprevisto, rápido y destructor que solo deja en pos de sí rastros de sangre, ruinas y cenizas humeantes.

jóven cuya gallarda apostura, nobles modales y elegancia en el vestir, manifestaban uno de esos hombres que pertenecen á la clase privilegiada. Su frente despejada y altiva; su cabello negro y ligeramente ensortijado; su mirada á un tiempo penetrante, dulce y audaz, y sus facciones expresivas y graciosas, daban á conocer su edad que se acercaba á los treinta años. Su estatura era mediana y su talle flexible y ligero; su andar firme y desembarazado; su actitud modesta y llena de nobleza, y su trage en fin, tan elegante y ajustado al último figurin de la moda, que manifestaban á tiro de ballesta su distinguida cuna.

Este extranjero que atraía sobre su persona la mirada de muchos ojos mal cubiertos con el velo, la mantilla ó el rebozo del jaique, venía acompañado de un hombre de edad madura, cuya fisonomía grave y austera, y cuyo rostro señalado con algunas cicatrices, lo hacian no menos digno de la curiosidad é interés que despertara el jóven en su derredor. Era un hermoso y robusto anciano. Su elevada estatura, su rostro enjuto; el juego de su fisonomía, y los escasos cabellos blancos que el viento ajitaba sobre sus sienes; hacian que se fijaran en él las miradas de los transeuntes, con una espresion mas bien respetuosa que de curiosidad. Vestía un frac azul abotonado hasta la corbata, y todo en su persona mostraba uno de esos tipos notables é inteligentes de aquellos veteranos que durante

veinte años recorrieron el mundo á la sombra de la bandera tricolor.

El jóven se acercó á un peloton de soldados de caballería, que habian echado pié á tierra para que descansaran los caballos, y dirigiéndose á un sargento, le preguntó con acento afectuoso, despues de haberle saludado cordialmente:

—¿Podría V. decirme. si el capitan de Candeuil, ha vuelto salvo y sano de la expedicion?

—Sí, señor; y á pesar de que perdió el caballo que montaba antes de ayer, en la ruin escaramuza que sostuvo la retaguardia, el capitan salió completamente ileso.

—Pláceme, porque el capitan es un militar tan valiente como experimentado. ¿No es verdad?

Al oir esta pregunta, el anciano que acompañaba al jóven extranjero contuvo una sonrisa irónica, y el sargento respondió:

—Al capitan ningún nacido se le pone delante... Usted debe saberlo si lo conoce. ¿Lo conoce Vd?

—Mucho...

—En ese caso, ármese Vd. de paciencia y dentro de dos horas podrá Vd. darle la mano supuesto que es su amigo.

El jóven dejó vagar una sonrisa desdeñosa por sus lábios. Saludó al sargento, y dió el brazo á su anciano compañero, con el cual se alejó silencioso hacia el arrabal.

En esta actitud cruzaron la plaza del mercado, pasaron bajo la bóveda de Bab-el-Djerat, y se internaron por la calle de los judíos,

II.

EL BAÑO MORUNO.

En una de las calles de la parte baja de la ciudad, hacia el Poniente, encuéntrase una casa cuya construccion original llama desde luego la atencion del viajero. Sus muros son macizos, pesados y forman un cuadrado perfecto, cerrado por una bóveda semiesférica, tal cual aparecen sobre el suelo africano, esa multitud de pequeños edificios que se llaman *Marabuts*, tomando el nombre, consagrado por su religion, de los hombres á quienes sirven de sepulcro. La puerta de esta casa es baja y maciza, su umbral triste y silencioso como un templo abandonado; que por tal se tomaría si no se viera salir por las hendiduras de sus agrietados muros el vapor del agua hirviendo que indica ser una casa de baños.

Los dos extranjeros que venimos siguiendo

por la calle de los Judíos, se detuvieron delante de aquella puerta, y como el anciano se dispusiera á abrirla, el mas jóven exclamó deteniéndole por el brazo:

—Eres muy obstinado, Muller; nos vás á hacer perder un tiempo precioso... La noche se acerca, y el capitan puede llegar mas pronto de lo que creemos.

—¡Pues qué! ¿no nos ha dicho el sargento que tenemos dos horas para esperarlo? Creedme, señor baron, soy perro viejo, y no habiéndome separado de vuestro lado desde que vinísteis al mundo, no es fácil que me equivoque. Lo que quiere decir que veo muy claro en este asunto.

—Y ¿qué ves?

—Ya os lo diré cuando salgamos de esta casa.

—Entremos, pues.

Cuando se penetra en la primera sala de una casa de baños moruna se aspira desde luego un ambiente tibio, voluptuoso y adormecedor. Esta sala generalmente de planta rectangular, está dividida en dos departamentos, uno de los cuales, mayor que el otro tiene adosado al muro un entarimado parecido al de los cuerpos de guardia. En dicho entarimado cubierto de colchones se acuestan los bañistas al salir del baño. En una de sus estremidades se encuentra el dueño del establecimiento inmóvil y silencioso como una momia, y en actitud semejante á la que los pintores dan á los chinos que figuran en los países

de los abanicos ó en los objetos de porcelana.

La vez primera que se entra en aquel lugar frecuentado por toda la poblacion musulmana, desde el gefe de tribu hasta el pobre mendigo, se experimenta una sensacion estraña que participa de la inquietud y de la sorpresa. El saludo automático del dueño del establecimiento, su rostro impasible, indiferente ó adormilado; sus cortesías heladas y monótonas, dispensadas en idéntica forma lo mismo al *kebir* ó *dervís* que al general ó al soldado; el profundo silencio en que permanecen los huéspedes tendidos sobre el entarimado, los cuales rebozado el rostro en los pliegues de largas túnicas de lana blanca, os miran y parece que no ven; la presencia de los *mozabes*, (1) casi desnudos, hombres de tez morena y nervudos miembros, afeitada la cabeza, exceptuando el *mahomet* (2), de ojos negros y mirada penetrante, lábios abultados y dientes de estremaña blancura, rasgos que los constituyen en tipos de una belleza especial; todas estas cosas en fin, sorprenden el ánimo porque dan á la escena un aspecto místico y lúgubre á la par. El

(1) Los MOZABES habitan al sur de la Regencia, del lado de Ain-Mahdi, y viven independientes: emigran con frecuencia á las ciudades populosas del Africa, para ejercer el oficio de bañeros, y muchos de ellos se dedican á mozos de carga en Argel.

(2) Los árabes se rasuran la cabeza, dejándose crecer, en la coronilla un largo mechon de cabello, en la creencia que el ángel de la muerte los ha de asir por él, despues de sepultados, para conducirlos al Paraíso.

extrangero se cree dentro de una misteriosa gruta; y cuando los *mozabes* se le acercan para recoger las alhajas que lleva, con objeto de dejarlas en poder del dueño del establecimiento, retrocede involuntariamente creyendo encontrarse en una cueva de ladrones.

Y sin embargo, los sirvientes de estas casas son las gentes mas honradas que pueden encontrarse; y su destreza, su amabilidad, la puntualidad con que proceden y la baratura con que se brindan á serviros, son tales; que darian quince y falta á todos los industriales de Europa, si la industria europea se pagase de esas recomendables cualidades.

Yà que los *mozabes* han recogido vuestras alhajas, que examinan detenidamente por pura curiosidad, colocándolas despues en lugar seguro, os conducen á una habitacion inmediata, y allí os desnudan completamente y os cubren con varios jaiques blancos como el armiño. Así vestido, apoyado en los brazos de aquel par de acólitos, y calzadas unas sandalias de planta de madera, con las cuales resbalais mas bien que andais sobre un suelo de ladrillos constantemente humedecido; os conducen á una sala, donde apenas poneis el pié comienza á faltaros la respiracion. Os señalan un lugar donde debeis sentaros; mas luego que lo habeis hecho sentís todos los síntomas de una próxima sofocacion. Aterrado os levantais dispuesto á huir de aquel sitio que mirais como un sepulcro; pero los *mo-*

zabes os detienen, y apoyando sus robustas manos sobre vuestras espaldas, os obligan por la fuerza, pero sin violencia, á permanecer sentados, acompañando su irresistible insinuacion con una sonrisa que semeja los jestos de los condenados.

Vuestros pulmones acaban por acostumbrarse á respirar aquella atmósfera parecida á la encerrada en una tina de vapor, y recobran la libertad de sus funciones. Cesa la presion, vuestro pecho se dilata, y un sudor abundante os inunda. Entonces, los *mozabes* os quitan uno por uno los jaiques que llevais sobre los hombros, y os conducen lentamente á otra sala macaldeada que la primera, y en la que os asfixiaríais irremisiblemente si no hubiéseis pasado por una gradacion de temperatura.

Allí os acostais sobre el embaldosado suelo, y los bañeros dan comienzo á su trabajo. Si dura y laboriosa es la faena para ellos, mas ruda y mas penosa es para vos, pobre víctima, que abandona su desnudo cuerpo á la furia creciente de aquellos solícitos y celosos servidores. Allí es de ver como os tuercen y retuercen, comprimen y estrujan, y como os descoyuntan y golpean hasta que no queda en vuestro cuerpo una sola articulacion que no haya castañeteado, un solo miembro que no haya sido dislocado y vuelto á poner en su natural situacion. Y mientras dura el martirio, y sin cuidarse de vuestro sobresalto, los *mozabes* entonan una cancion lenta y

cadenciosa, con un acento chillon, lastimero y desapacible al oido, en la que celebran, en estrofas improvisadas frecuentemente, la perfeccion de vuestra pierna, de vuestro pié ó de vuestro talle. Uno pondera la belleza de vuestra frente, de vuestros ojos ó de vuestro semblante, en tanto que otro se deshace en elogios exagerando vuestra musculatura, vuestra fuerza y vuestra varonil belleza.

Así fuérais mas feo que la máscara de Gorgona; mas torcido que la torre inclinada de Pisa, y mas jorobado que Esopo, es seguro que vuestros bañeros complacientes, aduladores y officiosos, os ensordecen cantando la belleza de vuestro rostro y las elegantes proporciones de vuestro torso.

Despues que os han descoyuntado, entra la mano de *bruza*, así como suena; puesto que aquellos infatigables verdugos toman cada uno en la mano un cepillo de cerdas de camello, aspero como una almohaza, y con él, aprovechando el estado de humedad y reblandecimiento en que se encuentra la epidermis que cubre todas las superficies libres de vuestro cuerpo, arrancan cuantas impurezas y cuerpos estraños teneis sobre la piel, y algunas veces porciones no despreciables de la misma epidermis: cosa que les produce una dulce fruicion y á vos un escozor de todos los diablos.

Despues, os colocan con la espalda contra el muro debajo de una llave de fuente: os enjabo-

nan desde la coronilla al calcañal, os mandan cerrar los ojos, y abren la llave para dar salida á un caño de agua caliente que os cae sobre la cabeza, se desparrama por vuestro cuerpo, y convierte el jabon en espuma con la cual recibís nuevas y repetidas fricciones.

Esto hecho, los *mozabes* os enjugan cariñosamente, os envuelven en vestidos de lana y os conducen á la sala de descanso cuyos umbrales creisteis no volver á pisar. Despues os acuestan con mucho tiento, os encargan el sosiego, os traen una larga pipa, tabaco turco, café ó un sorbete y acaban por sentarse á vuestros piés mirandoos con la ternura de una madre y sonriendo graciosamente cual si os preguntaran:—¿Estais contento?

Permaneceis acostado todo el tiempo que os conviene ó que os dura la pereza: os levantais cuando os place; os visten, os devuelven vuestras alhajas, y os echais á la calle despues de haber pagado *lo que Vd. quiera*, siempre que no sea menos de tres reales.

La civilizacion que la Francia se empeña en imponer á aquel pueblo bárbaro, por el irresistible sistema del sable, de los cañonazos, y por medio de un numeroso ejército y de una voluminosa legislacion, acabará por encarecer los baños morunos, cosa contraria á la higiene de la gente pobre.

El baron y Muller, solo conocemos todavía á los dos extranjeros por aquel título y por este nom-

bre, despues de haber sufrido todas las operaciones que acabamos de enumerar, estaban acostados el uno junto al otro sobre el entarimado, cuidadosamente envueltos en sus respectivos jaiques, graves y silenciosos como dos *santos*.

Muller apoyaba los hombros en el ángulo de los dos muros en el fondo de la sala; el baron estaba acostado á su derecha, y los colchones próximos al suyo se veian desocupados. Ambos viajeros, pues, encontrábanse como aislados entre los bañistas, escasos en número contra la costumbre, dado que, la llegada de la columna expedicionaria, habia lanzado fuera de las murallas casi toda la poblacion de Mostagan.

Los *mozabes* trajeron dos pipas, dos tazas de café, y se retiraron respetuosamente obediendo á un jesto del baron. Pocos instantes despues, los dos extranjeros aparecian envueltos en una nube de humo blanco y perfumado. De improviso el baron se incorporó sobre el lecho, disipó con la mano la ligera nube de humo que nublabá su vista, y puso el oido atento.

Muller dejó la taza de café sobre el entarimado; apoyó una de sus pesadas y musculosas manos sobre el hombro de su jóven compañero, y clavó los ojos en la puerta del aposento.

El sonido metálico que producido por la vaina de una espada arrastrada por el suelo, y el de los tacones de unas botas de montar que herian con firmeza un terreno pedregoso, se acercaban rápi-

damente. La puerta de la sala se abrió con violencia y dió paso á un jóven que tenia las insignias de capitan, y que penetró en la estancia con la cabeza erguida y la postura de un guerrero.

El baron lanzó sobre el recién venido una mirada centellante. La mano del viejo Muller comprimió fuertemente el brazo del jóven, en tanto que le decia en voz baja:

—Prudencia: tenemos tiempo suficiente.

El baron se recostó de nuevo, y se cubrió la frente con el jaique. Ambos extranjeros volvieron á su anterior impasibilidad, y continuaron fumando en tanto que dirijian furtivas miradas hacia el capitan.

—Hola! Hasan! exclamó este dirigiendo la palabra al dueño del establecimiento; dime, ¿donde están tus parroquianos?

—Señor capitan; han salido al encuentro de las tropas. Los hombres, señor, hacen lo mismo que critican á las mujeres, es decir se manifiestan ansiosos de curiosarlo todo... Pero se ha dicho en la ciudad que estabais herido... y veo que no es verdad.

—Eso se creyó porque me vieron caer con el caballo que montaba... valiente caballo me han matado.... Ah!.... Al-Arbí me lo pagará á buen precio.

—Al-Arbí, es como el sultan (1): muy astuto

(1) * Abd-el-Kader tomó el título de Sultán despues de la desgraciada accion de Mactah, en 1839.

será quien se acerque á él y muy bravo el que ose provocarlo... Es gacela y es leon... ¿Lo habeis encontrado alguna vez?

—Lo he buscado incesantemente por las montañas y por las llanuras; pero ese famoso guerrero no ha estimado prudente darse á conocer. Se parece á tu Sultan en eso de guardar su vida puesto que en todas partes se habla de él, y no se le encuentra en ninguna.

—Ese no es motivo para dudar de su poder... y sinó, mira, tu no has visto nunca á Dios, y sin embargo, todo cuanto te rodea indica su existencia.

—Si te parece, hablaremos de Al-Arbí despues que haya tomado un baño que es lo que mas me interesa ahora... Toma; guárdame esto con mucho cuidado.

—Ah, ah, dijo el moro ¿este es tu talisman?— y guardó cuidadosamente en un cofrecito, un precioso medallon que el capitan llevaba colgado del cuello.—Los cristianos todos, teneis reliquias de esta especie. ¿Por qué no llevas algun indicio, algun registro de tus libros santos, en lugar de este retrato de muger? Acaso esto te protegeria mejor en la guerra, y tu caballo no hubiera sido muerto en las montañas.

El capitan volvió la espalda sin dignarse contestar á esta fraterna del anciano moro, y se dirigió hacia el vestuario. Para salir del aposento tuvo que pasar rozando con los colchones sobre los que descansaban los dos extranjeros,

quienes, al verle venir, cerraron con presteza los ojos.

No bien se hubo ausentado el capitán, el barón hizo una seña á un *mozabe* para que se le acercara, y le dijo:

—Cuando ese oficial salga del baño, le indicarás que se acueste en un colchón, que colocarás á mi lado.

El *mozabe* inclinó la cabeza en señal de obediencia y se dispuso á cumplir la orden que acababa de recibir.

—Debiera haber terminado la cuestión en el acto, dijo el barón á media voz y dirigiéndose á su compañero.

—No, señor.

—¿Por qué?

—Por dos razones.

—¿Cuales son?

—Por que vuestros proyectos no pueden realizarse si no durante la noche, y todavía es muy de día. Esta razón me parece concluyente... Sin embargo, agregaré que el baño no os ha producido á esta hora todo el efecto que espero de él; y para mí que soy perro viejo, esta es una cuestión de inmensa trascendencia. ¡Valgame Dios y que prisa tienen siempre los niños por ir á jugar... Vuestro padre, señor, nunca fué tan impaciente.

Estas palabras pronunciadas con un acento entre severo y cariñoso, provocaron una benévola sonrisa en los labios del barón, cuya fisonomía es-

presó un sentimiento de dulce melancolía.

—Quisiera, dijo, apoderarme del medallon que ha entregado al viejo Hasan.

—Seria cometer una grave imprudencia el pedirselo. Además que Hasan no lo entregaría por todo el oro del mundo. Estos moros viejos son la misma probidad y no es posible sobornarlos.

Dile que te lo enseñe...

—Dios me libre. Eso sería despertar sospechas, precisamente cuando todo camina á pedir de boca.

—Eres terco como un profeta, querido Muller.

—Y Vd. caprichoso como una muchacha bonita. En mi juicio los profetas son mas sabios.

—O mas locos.

—Sea; pero créame Vd.: deje ahí la pipa y duérmase con sosiego un momento. La noche promete ser larga y laboriosa, y con el sueño se mata el tiempo.

—¿Has visto alguna vez al buen cazador dormirse en el aguardo?

—He visto muchas veces, señor baron, que la fiera no ha dado muerte al cazador... buenas noches.

Muller cerró los ojos, y el mas profundo silencio reinó en la sala. El baron se dió á fumar con esa indolente apatía tan característica de los orientales.

Ya hemos dicho que en la hermosa fisonomía del jóven extranjero, brillaba una espresion de varonil y noble fiereza que era el rasgo mas no-

table de su semblante. El óvalo gracioso de su rostro; su color trigueño; sus ojos negros de mirada rápida y centelleante; su frente despejada y la blancura de sus dientes, hacian de él uno de los tipos mas perfectos de la raza árabe. Al verle envuelto entre los pliegues de su jaique blanco, se le hubiera tomado por uno de los mas hermosos hijos del Profeta, si su larga cabellera negra, su barba recortada á la europea, la blancura de su pecho y la cultura de sus modales, no presentaran en él uno de los tipos mas elegantes de la buena sociedad francesa.

El capitan que tanto llamaba la atencion de los dos extranjeros, y á quien la casualidad condujera en aquella hora á la misma casa de baños donde se encontraban, era un hombre que representaba algunos años mas que el baron. Alto, bien formado, y de gentil apostura, se distinguía por la espresion enérgica de su rostro, por su mirada mas bien dulce que severa, y por su voz armoniosa pero varonil. Sus jestos, sus movimientos y sus actitudes, mostraban á tiro de ballesta al soldado; y sin embargo, notábase en él cierta afeminacion que lo embellecía por lo mismo que ponía mas y mas de relieve los rasgos de su varonil belleza.

Vestía el uniforme de los cazadores de caballería, cuerpo que desde hace muchos años es el ilustre representante de la gloria de la caballería francesa en Africa, y el cual dá testimonio á la Europa entera de que los laureles de los Lassalles

y de los Murats no se han marchitado todavía en Francia. La capa azul celeste flotante ó graciosamente plegada; el pantalon rojo; el kepi y el cinturón del sable ceñido á un talle esbelto y flexible, y un bigote sedoso unido por una bien trazada curva á una perilla perfectamente dibujada; daban al capitán el aspecto de un veterano, unido á la seductora apariencia de un perfecto elegante. En una palabra, aquella naturaleza privilegiada participaba de la fuerza, de la energía varonil, de la gracia seductora y de inclinaciones de la muger.

Cuando el capitán entró en la sala del baño, conservaba todavía sobre su rostro y uniforme el polvo del campo de batalla, sobre el cual se extendía una ligera capa de esa arenilla rojiza que el viento levanta y esparce en las llanuras; su barba y cabello habían cambiado de color. En su frente tostada por el sol de Africa se veía esa línea blanca que separa la parte del rostro constantemente espuesta á la intemperie de aquella otra protegida por la visera del kepi; línea que traza la vida del campamento, y que el soldado exhibe con orgullo porque le recuerda sus días de gloria y sus días de miseria, sus heroicos combates y sus penosos trabajos.

Todo buen patriota no podía menos de exaltarse al contemplar al capitán Horacio de Candeuil; la expresión de franqueza que brillaba en su fisonomía, denunciaba la nobleza y lealtad que anidaban en su corazón. Solo cuando uno se en-

cuentra lejos de Francia, puede apreciar el entusiasmo que produce el encuentro de un compatriota cuya presencia envanece, y de cuyo paisanage se hace un motivo de gloria y de alegría.

Muller continuaba profundamente dormido en apariencia; el baron no cesaba de fumar como un verdadero beduino, y tomaba tantas tazas de café moro, como fumaba pipas de tabaco turco. No pronunciaba una sola palabra, no hacia un solo jesto; pero sus ojos no se apartaban de la puerta por donde saliera el capitan.

Habría transcurrido media hora, cuando se oyó de improviso en la habitacion inmediata el ruido de unos pasos torpes é inseguros; y muy luego apareció el capitan, apoyado en los brazos de {dos *mozabes*, riendo de la dificultad que encontraba en andar sobre las baldosas humedas, calzadas unas sandalías de planta de madera.

—Es cosa que jamás podré acostumbrarme á caminar con estas endiabladas babuchas, esclamaba riendo de corazon; hola! muchachos ¿donde vais á dar con mis huesos?

—Aquí, cid.

—Ah!—dijo, estirando sus entumecidos miembros, á fé mia que habeis trabajado como buenos operarios... Voto al chápiro! y que buen par de mozos sois... Estoy literalmente descoyuntado.

—Buena falta te hacía, cid, dijo uno de los *mozabes*.

—Poder de Dios! ¿y porqué no acabásteis con-

migo de un solo golpe, lo cual os hubiera ahorrado mucho trabajo? ¿Y, á esto llamais tomar un baño? Pues por Dios que entre vuestro baño y una monumental paliza, la eleccion de esta última no seria dudosa para mí...Francamente, prefiero los baños chinos á los baños moriscos.

Acostose; se estiró muellemente sobre el colchon; tomó un sorbete, una larga pipa, y despidió á los *mozabes*. Para matar el tiempo, viendo que nadie le dirigía la palabra, habló consigo mismo en un monólogo en el cual espuso los inconvenientes del baño que acababa de tomar, esplanando sus observaciones críticas sobre la poblacion donde se encontraba, así como sobre las costumbres berberiscas. Cansado de tan largo soliloquio, volvióse hacia su vecino, y creyendo habérselas con algun patan del país, exclamó con acento de buen humor mientras lanzaba espesas bocanadas de humo de tabaco:

—¿Quienes son Vds., amigos?

El baron se incorporó bruscamente sobre su lecho; echóse hacia atras, con un movimiento rápido, el capuchon del albornoz; entreabriólos pliegues de su jaique, y despues de pasarse una mano por la frente dirigió una mirada de águila al capitán.

—¿Usted aquí, señor de la Garde?

—¿Le ha sorprendido á Vd., señor Candeuil?

—Sí; agradablemente, os lo confieso, respondió el capitán con voz dulce y acento indolente; he aquí un encuentro que tiene mucho de raro y no

poco de novelesco.... y como me gustan tanto las novelas....

—Y á mí me gusta darles un desenlace ¿y V., caballero?

—¿A mí? lo mismo que á V. ¡Voto á brios! pues si esta aventura llega á conocimiento de alguno de nuestros periodistas, hará de nosotros dos héroes extraordinariamente simpáticos.

—Eso dependerá de que uno de los dos le dé publicidad.

—Es muy cierto.... vea Vd., y esos pobres folletinistas que carecen tantas veces de asuntos para ejercitar su ingenio... Por Dios que la situación es tan curiosa como dramática.

—Me satisface mucho que sea de su agrado.

—Muy mucho; y en verdad que no hubiera yo tenido suficiente talento para inventarla. Estos baños moriscos, estos tipos mozabes, el viejo Hasan, aquellos beduinos que roncan como unos bienaventurados, y el disfraz bajo el cual nos encontramos despues de habernos separado en el baile de la princesa Tzaritzinn, uno de los bailes mas suntuosos que se dieron en París en el último invierno... ¿os acórdais, señor baron?

—Nuestro encuentro os probará que no lo he olvidado.

—Es muy cierto; como lo es tambien que no escito vuestros recuerdos sino con el objeto de despertar en vuestra imaginacion la memoria de tantas mugeres encantadoras como brillaron en aquel magnífico sarao... Ah! os anuncio que

vais á enfermar de fastidio en esta poblacion berberisca, por poco que conserveis el recuerdo de aquellas damas parisienses. Aquí habreis de contentaros con la música del Hacken, música tan discordante que pondría en dispersion una manada de lobos hambrientos.... Y en cuanto á las mujeres de este pais.... señor baron; son un mito.... ó por mejor decir, no las hay..... Si ha creído Vd. otra cosa le compadezco.

=He venido al Africa en busca de una satisfaccion que estimo muy superior á todos los placeres que V. echa de menos... Y, como espero alcanzar esa satisfaccion, no me cuido de lo demás.

El baron pronunció estas últimas palabras con voz lenta, acento incisivo y acompañadas de una sonrisa irónica é insinuante á la par. El capitán se estremeció, y dirigió al baron una mirada digna y fria como la hoja de un puñal. Luego llamó á un *mozabe*, le mandó llenar de tabaco la pipa, y reanudó el hilo de la conversacion en el mismo tono con que la habia empezado.

=Puede apostarse, dijo con negligencia, que los lectores de la novela, cuyo asunto traemos entre mano se horrorizarán al saber que vamos á degollarnos gentilmente: porque tal es, segun creo, la satisfaccion que Vd. ha venido á buscar á las inhospitalarias playas del Africa.

=Solo con ese objeto he salido de Paris.

=¡Como! ¿sin darme aviso de su llegada? mal hecho. Veo en su conducta una prueba de la poca confianza que le inspiro. Pues qué ¿ha podido us-

ted imaginar que reusaría el lance?

=Vine en la seguridad de encontrar á Vd., y en este supuesto ¿qué necesidad tenía de escribirle? Además, que soy poco afortunado en materia de correspondencias epistolares; esto lo sabe Vd. muy bien. El baron acentuó intencionalmente estas últimas palabras.

=Ante todo, prorrumpió el capitan; hablemos en voz baja, pues no conocemos la gente que nos rodea. Decidme, señor baron, ¿quién es ese sarraceno que duerme al lado de Vd.? ¿es amigo vuestro?

=Este sarraceno es un soldado que ha hecho la campaña de Egipto, interrumpió con vehemencia el viejo Muller, á quien sentó muy mal la ironía del capitan.

=Es un antiguo amigo, y servidor leal de mi familia.

=Doy á Vds. la mas cumplida enhorabuena, pero dispensadme esta idea estravagante; paréceme que todos esos beduinos que duermen á pierna suelta en nuestro derredor, van á entreabrir el albornos y á mostrarme ya fisonomías tan simpáticas como la vuestra, ya cerdosos bigotes republicanos como los de ese señor amigo y criado vuestro... y hasta se me ocurre que seria la cosa mas original del mundo que el invisible Al-Arbi estuviese tranquilamente acostado entre ellos.

=Paréceme que hemos divagado, y nos hemos chanceado bastante, ¿tendríais la bondad de con-

sentir en que demos un giro mas formal, mas grave á la conversacion?

=Con mil amores...Desde luego aseguro á usted que si hubiese recibido en París el cartel de desafio, en el cual me citaba para Saint-Mandé; hubiera cumplido con mi deber y hubiese tenido la satisfaccion de complacerle respondiendo á su carta con la espada ó la pistola. Pero como desgraciadamente encontré dicha epístola en lista en la administracion de correos de Argel, en ocasion en que debía incorporarme á mi regimiento que iba á entrar en campaña; no pude, á pesar de mi buen deseo, cruzar el mar para llevaros la respuesta en persona.

=Me complazco, caballero, al oir esa justificacion que acepto y que me basta.

=Usted me escribió al terminarse el baile de la princesa Tzaritzinn, de cuyos salones habíame retirado antes que Vd. y harto temprano, porque mi salida de París debia ser al despuntar la aurora. Viajé, pues, mecido solo por las mas gratas ilusiones y los mas halagüeños recuerdos de aquella noche inolvidable, ébrio de melodías, de baile, de perfumes; recreando mi alma en la contemplacion de aquellos rostros encantadores que me tenían fascinado; saboreando el recuerdo de ciertas promesas que he comenzado á olvidar, lo confieso, y acariciando la fátua esperanza de encontrar á mi llegada á Argel, algun billete amoroso que consitieron en dirigirme allí... Pero que me fusilen, si cruzó por mi imaginacion la idea de

que dejaba á retaguardia un enemigo mortal, y que podia encontrar, á mi llegada un cartel de desafio á muerte. Usted me encargaba en él no contestarle por escrito... no he podido esplicarme ese capricho; pero como tengo por regla el no contradecir nunca á las gentes; me puse en manos de la Providencia, que, al decir de alguno, ha de permitir un dia que las montañas se encuentren lo mismo que se encuentran los hombres; y paréceme que he estado acertado, puesto que nos vemos aquí... ¿Cuando le parece á Vd. que echemos mano al abanico, y perdóneme esta frase que huele á cuartel?

=Agradecería á Vd. que fuese lo mas pronto posible.

=Con toda mi alma! respondió el capitán, que tenia por estribillo esta amigable frase; á las cinco se vé claro, y acaso un poco antes: de manera que mañana, cuando se abran las puertas de la ciudad...

=Eso seria lo mejor, si no se atravesase un ligero inconveniente, interrumpió el barón, quien mortificado con que su adversario se antisipase á satisfacer todos sus deseos, queria mostrarse tan indiferente y despreocupado como él.

=¿Cual es?

=Que mañana á las tres de la madrugada debo embarcarme por razones independientes de mi voluntad.

=Bravo! perfectamente... Admiro todas esas peripecias que dan á nuestro drama un carác-

ter lleno de gentileza y coquetería. ¡Conque debe Vd. embarcarse á las tres de la madrugada...! ¡Admirable, soberbio!.. no podia Vd. decirme con mas caritativo amor ni con mas esquisita urbanidad, que debo pensar en confesarme y en hacer testamento... Pero, muy querido baron ¿será cosa que nos batamos á la luz de una bujía? ¿Qué opina de esto el valiente egipcio?

=No será cosa nueva, respondió con desabrimiento Muller, á quien la ironía del capitán empalagaba soberanamente.

=No puedo reusaros nada; dado que viene Vd. de muy lejos y no es justo que por mi causa se le malogre el viage. Además que solo á un judío le es permitido regatear con un caballero.

=¿Ha observado Vd. que ha entrado la luna nueva, y que el cielo está resplandeciente con la luz de las estrellas, hace algunas noches? replicó el baron con la misma cariñosa voz que hubiese tomado para pedir una cita amorosa.

=Dice Vd. bien, vive Dios! en estas noches se vé como si fuera al medio dia.

=¿No le parece á Vd. que sería el último toque de efecto dado á nuestra aventura el terminarla esta noche? ¿Qué opina Vd. de mi proposicion, señor de Candeuil?

=No conozco á nadie en el mundo, señor de la Garde, que os aventaje en esto de inventar raras peripecias... Acepto con mil amores, con toda mi alma, ¡Cáspita! como se dice en el teatro... será delicioso....

=¿Qué aventura para los ociosos...! ¿Donde nos batiremos?

=No tengo un conocimiento esacto de la tierra que piso; pero me parece que no estaríamos del todo mal en el cabo de la Salamandra... ¿No se llama así?

=Si, por cierto. Allí tendremos peñascos agres-
tes; la vista del mar; algunas ruinas y el recuer-
do de un antiguo naufragio (1) Cuadro bellísi-
mo y acabado. Solo echo de menos una tormen-
ta... pero como Vd. debe embarcarse á las tres de
la madrugada, renuncio á este accidente porque
seria desear á Vd. un viage penoso... Hé aquí
un episodio dramático que formará el epílogo de
la historia; es decir que en tanto que se hace us-
ted tranquilamente á la mar, mis padrinos me
traerán á casa cual otro Malborough de impe-
recedera memoria.

=Espero caballero que vuestra proverbial des-
treza en el manejo de la espada no se desmentirá en esta ocasion.

=No digo que nó, si fuera de dia; mas como no me ha acontecido nunca el batirme de noche...

Pero, en suma, todo es empezar. Y entre pa-
réntesis, ¿qué arma elige Vd?

=La dejo á su eleccion. Me han asegurado que esgrime Vd. la espada como Bertrand.

(1) El vapor de guerra, la Salamandra, se per-
dió en 1839 sobre el arenal de Mostagan, por cuya ra-
zon dieron el nombre del buque náufrago al cabo don-
de tuvo lugar el siniestro.

=Exajeraciones; lo cierto es, que cada dia me encuentro mas torpe... Dícese que Vd. tira la pistola como Saint-Georges...

=De dia no lo hago mal, pero de noche...

=Sea, pues, la pistola...

=No; la espada.

=Pues batámonos con las dos armas, y no riñamos por semejante bagatela.

=Visto que todo arreglo es imposible entre nosotros, espero que será Vd. bastante discreto para ocultar, hasta á vuestros testigos, la causa de nuestro desafío.

=Mis testigos son personas harto bien educadas, para ser curiosos... ¿La hora?...

=La luna sale á las diez.

=Hasan ¿qué hora es? preguntó el capitan.

=La *esteta* (1), respondió el moro.

=Queda convenido, prorrumpió el capitan, y llamó á los *mozabes* para que lo vistieran.

El baron y Muller le imitaron y salieron los primeros de la casa de baños.

=¿No se encuentra Vd. ágil y dispuesto? preguntó el veterano dando suavemente un golpecito en la espalda del baron: ¿no hice bien en recomendaros un ratito de sueño?

=Encuéntrome tan ágil como vigoroso, y agradezco tus consejos, porque ese hombre es valiente, y no es su brazo uno de aquellos que se desarman con facilidad.

(1) Las siete.

=Creame Vd. respondió Muller, no es hueso fácil de roer....Y ahora ¿donde vamos?

=A Mazagran, á casa de Samuel.

=Pues en marcha.

III.

SAMUEL.

Ya hemos dicho que Mazagran está situado en la vertiente de uno de los cerros que descenden hacia el mar, á media hora de Mostagan. Este ruinoso pueblecillo tiene dos puertas que se abren, la una al Sur-Este sobre una dilatada y rica meseta, cubierta de árboles frutales y de casas destruidas, y la otra al Sur-Oeste sobre unas praderas llenas de lozana vejétation que se estienden hasta la costa. La situacion de Mazagran es magnífica y revela el gusto perfectamente delicado y poético que preside á la fundacion del mas ruin lugarejo kábila, de un pueblecillo morisco ó de una villa turca, en esto de escojer el punto de localidad y en la forma de presentacion.

Cuéntase, que algunas familias moras arrojadas de España en el comienzo del siglo XV y embarcadas en tres buques pequeños, naufragaron sobre el arenal del antiguo Arzef. Estos desgraciados, perdida una parte de sus riquezas desembarcaron en la playa y desde ella caminaron siguiendo las cuestas que describen los *Mactah*, ó pantanos del *Sig* y del *Habrah*, sin guías, en un país donde dos años antes sus hermanos habían sido pasados á cuchillo: los proscritos se fiaron del instinto de sus perros, que muertos de sed los condujeron á la fuente santa de Mazagran, donde acamparon y fundaron un lindo pueblecillo, cuyas vistas daban al poniente y miraban á España su querida y abandonada patria.

Hoy, el pueblo presenta un espectáculo desconsolador, tanto por sus ruinas como por sus escombros, donde se alojan las familias mas pobres del país y donde reina la miseria, suspendida entre dos jardines, como el atahud del Profeta entre dos imanes. Un extenso prado de menuda yerba esmaltada de flores, se extiende desde la puerta del Este á lo lejos por la dilatada llanura, cubriendo con un manto de esmeralda un vasto cementerio donde reposan los huesos de muchas generaciones; y donde se mezclan y confunden los restos humanos con las ruinas y los vestigios. Al Sur se encuentra un profundo barranco del cual se estrajeron la piedra y la arena que sirvieron para construir las casas de la poblacion, y que el viento devuelve á la cantera poco á poco en forma de polvo. Las calles de

Mazagran son estrechas, irregulares y tortuosas, convertidas en movedizos arenales durante el verano, y en repugnantes lodazales en la estación del invierno. La mayor parte de las casas se mantienen en pie por un milagro de las leyes del equilibrio; y su ruina es tan inminente, que basta, algunas veces, el galope de un caballo para que venga á tierra un lienzo de muralla profundamente agrietada, ó la azotea de una casa suspendida desde muchos años, sobre la cabeza de los transeuntes.

Con el deseo de sacar partido de la posición militar de Mázagran, se han restaurado el cortonúmero de edificios habitables de tan mísero lugar; los cuales cedió la autoridad á las primeras familias moras que se acogieron á la bandera francesa, porque todas estaban reducidas á la mendicidad.

A fin de poner á cubierto este puesto avanzado, de las correrías del enemigo y para la defensa de su guarnición, compuesta de *maqrzens* (1), soldados incapaces de sostener un asalto; el cuerpo

(1) Los MARGZENS formaban un cuerpo de caballería irregular del cual se servían los turcos para mantener el país bajo su obediencia. La voz MARGZENS quiere decir arsenal, almacén, y este cuerpo era realmente el verdadero arsenal de las fuerzas del Bey. La experiencia nos ha demostrado las ventajas de esta organización, que el mariscal Bugeaud perfeccionó en su tiempo. Los turcos pacificaron la regencia de Argel por medio de aquellos soldados, calificados de tropa nacional, y cuya fuerza no escedió nunca de 4,000 hombres de infantería.

de ingenieros militares levantó una parte de las derruidas murallas, y las enlazó convenientemente, para concentrar la defensa del pueblo, en un reducto ventajosamente situado. Por último, el gobernador de Mostagan, confió la defensa de este fortín á una compañía destacada de la guarnición de la plaza, la cual se cubrió de gloria en un combate cuya importancia en vano han tratado de rebajar los envidiosos.

Es necesario recorrer durante el día las calles de Mazagran, para formarse una idea algo exacta del género de vida perezosa é indolente de los berberiscos. Véseles sentados en el suelo, con las piernas cruzadas y los hombros apoyados contra la pared en las inmediaciones de la puerta del Oeste, fumando incesantemente y bebiendo un café espeso, que abunda en heces tanto como escasea en azúcar morena (1). Inmóviles y sóbrios de palabras; catando viento al sol y á la sombra, mendigos orgullosos que aceptan todo cuanto se les ofrece, pero que nunca dan las gracias; encerrados en sus albornoces como el gran cínico en su tonel; inteligentes, pensadores, astutos y atrevidos; dispuestos para hacerlo todo, y sin embargo, no haciendo nada; tales son los árabes mientras que el grito de guerra y el olor de la pólvora no llega para despertarlos y para arrancarlos del suelo donde parece que están clavados. Entonces *maqrzens*, á caballo...! A caballo y á la guerra:

(1) Los árabes y los turcos no endulzan nunca el café con azúcar refinada.

á saquearlo todo, á incendiarlo todo, y á revolcarse en sangre...! A caballo noche y día.... Y á la manera que se vé una innumerable bandada de grajos posarse en un campo y cubrir con sus negras plumas los surcos del labrador, donde permanecen silenciosos, hasta que de improviso, abren las alas, toman vuelo, se remontan en torbellino, se ocultan en las nubes, ó desde ellas se precipitan sobre una nueva presa...así los ginetes árabes se levantan rápidamente como un solo hombre del polvo donde los vísteis acostados; dan al viento los pliegues de su albornos, derramándose á galope por la llanura cual torrente que ha roto su dique, y se lanzan ébrios de sangre y de saqueo donde quiera que su instinto salvaje les anuncia un combate, ó les señala un sangriento botín.

El baron y su compañero despues de cruzar la plaza del mercado, tomaron por la empolvada senda que flanquea las vertientes del cerro donde yace el cadáver del antiguo Mazagran. Aquel camino ceñido de espesos vallados, en los cuales las hojas del cactus se mezclan con las flores de la acacia y con la semilla del lentisco; cubierto, en aquella hora, de tinieblas, estaba desierto y silencioso salvo el murmullo que producía la brisa del mar jugueteando en la enramada.

Durante el trayecto, los viajeros solo cruzaron algunas palabras dichas en voz baja, y pronunciadas en un idioma singular que participaba del ruso y del polaco. Era una especie de jerga kal-

muca que no era fácil encontrarse intérpretes y traductores, en el camino que conduce de Mostagan á Mazagran.

—Hemos llegado, exclamó Muller; oigo el ladrido de los perros.

Así era, en efecto. Muy luego, un concierto infernal de ahullidos lanzados por diez jaurias de perros feroces y errantes, anunció á los viajeros que estaban cerca del lugarejo.

Franquearon la puerta del Oeste, á la sazón solitaria, y penetraron por las calles salvando ruinas y escombros, y perseguidos de casa en casa por el incesante ladrido de aquellos centinelas vigilantes, ingertos de perro y de chacal, que, desde el crepúsculo de la tarde hasta el despuntar de la aurora, se desgañitan con furia creciente cada vez que llega á su oído el mas leve rumor; en tanto que sus dueños duermen á pierna suelta rodeados de peligros contra los cuales no oponen mas defensa que la vigilancia de sus intrépidos é incorruptibles guardianes.

—Que me emplumen si sé donde estoy, exclamó el baron; vaya una noche oscura...

—No la apostrofe Vd., que así, negra y todo, es como nos conviene. Mi solo temor es que veamos claro antes de tiempo.

El baron sacó el relój del bolsillo, é hizo sonar la repeticion.

Las nueve menos cuarto, dijo; si ese perillan de Samuel ha cumplido mi encargo á satisfaccion tenemos tiempo sobrado.

—Samuel, es todo un judío que entiende á medias palabras con tal que se le hable con la bolsa en la mano.

—En este supuesto no tiene de qué quejarse.

—El señor baron es mas generoso que un príncipe... Pero... Silencio, ya hemos llegado.

Los dos extranjeros se detuvieron delante de una puertecita, que resistió tenazmente á los vigorosos esfuerzos que hizo Muller por abrirla. En aquel momento una dulce claridad que iluminó súbitamente el cielo, alumbró la calle y la casa junto á la cual se encontraban el baron y Muller. Esta casa tenia un aspecto menos miserable que las antiguas; sus muros y su azotea habian sido recientemente enlucidos y blanqueados, y percibíase el zumbido del viento que penetraba entre las hojas y las ramas de los árboles que adornaban su patio.

A los redoblados golpes dados por Muller sobre la puerta, solo contestó un enorme perrazo que, con el pelo erizado, las orejas y la cola altas, se asomó al pretil de la azotea, desde donde comenzó á ladrar con tal estrépito, que su voz cubria la de todos los perros del barrio.

Sin cuidarse de la furia del animal, cada uno de los dos viajeros tomó una piedra y golpearon la puerta á mas y mejor. Nadie contestó á su llamada. La calle parecia deshabitada y la casa desierta: nada, ni un rumor, ni una luz, ni mas indicios de vida que el infernal concierto de los ladridos de los perros, que el eco re-

petia en lontananza, sordamente y en todos los tonos.

—¡Soberbia gresca! exclamó Muller, no es posible que nos entendamos.

—¿Dónde demonios se ha metido ese bergante? dijo Gaston, (este era su nombre) ¿será cosa que no haya recibido mi esquela?

—Ha debido recibirla, señor... Tenga V. paciencia... El perillan debe estar en oracion ó pasando lista á sus pesos duros... Siento pasos en el patio. alguien se acerca.

—Gracias á Dios...

==¡Chucho! chuchoóó! Mascará! Mascará! gritó una voz trémula y lastimosa, que hizo callar al perro. —¿Quién va? preguntó la misma voz con pronunciacion nasal y tímido acento.

—Muller, respondió el soldado, —abre Samuel.

==Ay! Dios mio! Dios mio! Perdon Cid, perdon... Si hubiese sospechado siquiera..... Perdonadme...! Yo no sabia... ignoraba... Pero, calla Mascará, calla...

Así, disculpándose de la mejor manera que podia y con afectada humildad, el judio Samuel, pues era el mismo, franqueaba la puerta quitando cerrojos, palanca y cadena, y dando, al fin, dos vueltas á la llave para abrir á los viajeros. El perro se acercó á ellos gruñendo sorda y rencorosamente, y despues de haberlos olfateado regresó paso á paso á la azotea, donde muy luego unió su voz á la de los demás perros del pueblo que no dejaban de ladrar.

—Mucho atrevimiento ha sido el hacerme esperar tanto tiempo á la puerta, dijo Gaston, con un acento tranquilo y severo, que no era de esperar, dada su juventud y la impaciencia que manifestaba.

—Ay de mí, señor...! Como este pais está lleno de ladrones, el pobre Samuel se ve obligado á ser muy precavido.

—¿Recibistes mi esquila?

—Sí, señor; el niño Jacob me la entregó sin pérdida de tiempo.

—¿Cuándo?

—Antes de ayer.

—¿Y está preparado todo?

—Hablad mas bajo, mi buen señor, murmuró el judío. Reparad que estamos rodeados de malhechores, y que el pobre Samuel es padre de seis hijos.

—Eh! cobarde! ¿qué peligro hay en que hables en tono que solo yo pueda oir?

—Samuel dice bien, señor baron. interrumpió Muller; el éxito de una empresa tan árdua como la que hemos acometido, estriba tanto en la prudencia como en el valor.

—Dios de Abraham! Tú lo has dicho, señor Muller... y tu eres un sábio... En Mazagran hasta las paredes tienen oidos.

—¿Está todo dispuesto? preguntó en voz baja el baron.

El judío jiró la vista en todas direcciones antes de responder, y luego dijo:

Sí, todo, mi buen señor.

¿Y Kadidja? continuó el baron con acento apenas perceptible.

Acercose Samuel cuanto pudo á los viajeros, y señalando con el brazo estendido hácia la puerta de un aposento, murmuró esta sola palabra:

Allí...

Y su acento semejaba el de un criminal cuando hace una espantosa confesion.

El jóven se dirigió aceleradamente hacia aquella puerta. Muller le detuvo por un brazo, y le dijo:

—No olvide V. que solo puede disponer de un cuarto de hora.

—Me bastan diez minutos... Espérame.

Gaston desapareció detras de la puerta del aposento, y Samuel se estremeció visiblemente.

Oyose un grito de muger, que interrumpió durante un segundo el silencio de la noche.

—Dios de Israel! murmuró el judío, en tanto que cerraba cautelosamente la puerta que el baron dejara entreabierta; ¿por qué un señor tan noble y generoso es á la par tan imprudente...? Ah! señor Muller, solo tú has tenido lástima del pobre Samuel...!

—No te tengo lástima, porque eres el bribon mas rico que habita el Africa, respondió con flema el veterano.

Y dicho esto, sentóse sobre un banco de piedra, sacó la pipa y los avios de encender, y se puso á fumar.

—Estoy arruinado, completamente arruinado...! Este último negocio me va á dejar mas pobre que Job.... Y sin embargo, soy un hombre honrado.

—Ladron honrado, querrás decir...

—Oculta el fuego y el humo de tu pipa, mi buen señor Muller... el fuego se ve desde lejos... y habla bajo, te lo ruego en ademan suplicante.

—Calla, necio... Tu cobardia nos compromete más que la temeridad del señor baron.

—Ay de mi! Señor Dios de Israel! murmuró el judío, retirándose encorvado á un rincon de la estancia, mientras el bravo Muller fumaba su pipa y permanecía vigilando como un marinero durante el cuarto del alba.

El contraste que ofrecian aquellos dos hombres era notable. La hora y el sitio que los ponía uno frente al otro; el drama que se preparaba y en el cual parecían tomar una parte muy activa; la misteriosa conducta de Gaston, los terrores de Samuel y la fria impassibilidad de Muller; daban á la escena que se representaba en casa del judío un colorido lúgubre y solemne.

La luna suspendida en la inmensa bóveda del cielo, difundía una dulce claridad que eclipsaba la luz de sus mas brillantes sátelites; un enjambre de puntos luminosos resplandecían y se ocultaban momentáneamente en el espacio, y tal cual estrella errante trazaba su curva luminosa desde los tres Reyes al Carro, desde Sirio al Pastor.

Las azoteas y los edificios ruinosos de Mazagran reflejaban los rayos de luz que desde el cielo bajaban para inundar la tierra y envolverla en olas de opaca claridad. Los insectos zumbaban entre la yerba y las flores de la pradera, y el luciente gusano se ocultaba entre la maleza esperando las horas de obscuridad para exhibir su brillante envoltura. Los árboles proyectaban sombras gigantescas; y en el patio de la casa de Samuel, veíanse, inmóviles en su respectivo puesto, al veterano de Egipto, alerta y vigilante; y acurrucado como un perro al degenerado hijo de Israel.

Samuel vestia el traje adoptado por los judíos de Africa. La cabeza descubierta y el pelo cortado á punta de tijera; llevaba al cuello una corbata negra retorcida como una soga, un chaleco de cuti gris, piqueteado con trencilla tambien negra, y abrochado de arriba á bajo con una infinidad de botones del mismo color así como las presillas de seda que los enlazaban; una chaqueta cortada sobre el patron de las chaquetas turcas, pero mas estrecha y sin género alguno de adorno, otra de tela gris claro, un pantalon de paño negro, ancho por las caderas y por los muslos, sujeto por una pretina á la cintura y con un broche por debajo de las rodillas; y por último, medias muy largas y anchas babuchas morunas, completaban el traje que cubria las formas cenceñas del mayor judío, entre todos los de la Regencia. Samuel era alto, encorvado, de

andar vacilante, flaco y sucio. Sus facciones tenían esa espresion que indica la astucia, la trahición, la inteligencia y el egoismo mas refinado; sus ojos negros y rasgados revelaban la cobardía, y hacian repugnante su rostro, que las vigiliass, la codicia y el servilismo habían ajado y envejecido prematuramente. Samuel no tenía cincuenta años de edad, y sin embargo representaba mas de sesenta. Era su voz delgada, su habla lenta, zalamera y suplicante. Nunca judío alguno mereció mejor el epíteto de *ben-djifá* (1) con que los árabes califican á los israelitas, objeto constante de su soberano desprecio.

Muller no se ocupaba para nada del judío, y si por acaso fijaba los ojos en él, su mirada espresaba una desdeñosa compasion.

—Dios mio!.. dijo Samuel, el señor baron se entretiene demasiado, y se olvida de la recomendacion que le hicistes, señor Muller.

—No te mezcles en lo que no te importa...

(1) BEN, quiere decir hijo, y DJIFA, cadáver corrompido de un animal. Este epíteto ultrajante viene de muy antiguo, segun afirman los TALEBS ó sabios del pais; que pretenden que el pueb'o judío habiendo sido vencido y destruido por Abu-Bekr, en una gran batalla, Mahoma permitió á las mugeres de los muertos el ir á darles sepultura. Aconteció que estas mugeres se hicieron embarazadas, y los hijos que parieron, de los cuales, descienden los judios actuales, recibieron el nombre de BEN-DJIFA.

¿No has percibido adelantado el precio de tus servicios?

—He tomado algun dinero á buena cuenta, mi señor Muller; pero como para llevar á feliz término esta ruda faena he tenido que gastar mucho, me encuentro sin un *soltani* en la actualidad.

—Como vuelvas á encajarme otro embuste como ese, le digo al señor baron que te retenga la mitad de la suma que te ha prometido.

—Abraham!!! ¿quereís que me muera de hambre?

—Composte como puedas.

Samuel iba á continuar por el camino de las instancias y súplicas, cuando Muller le impuso silencio con un gesto imperioso y se levantó súbitamente.

Acababa de abrirse la puerta por la cual había penetrado Gaston en la casa, y el jóven apareció en sus umbrales embozado en su capa de viaje, y dando el brazo á una jóven vestida con traje moruno, la cual acompañó al baron hasta el patio, obstinándose en permanecer á su lado.

—Kadidja! exclamó Samuel manifestando el mayor sobresalto, Kadidja! vuelve á tu aposento... estamos perdidos...!

—Adios! murmuró el baron, esta vez Samuel tiene razon... Valor, hija mia, déjame marchar...

Kadidja asió con trémula mano la capa de Gaston; retrocedió un paso, y se arrodilló en la sombra de la puerta para besar el paño que

sus dedos estrechaban con fuerza.

Aquella muger así arrodillada hubiera podido servir de modelo á un estatuario para representar la imágen de la pena y de la pasión. Los tibios reflejos del astro que iluminaba sus formas elegantes; la palidez de su rostro que hacía resaltar el negro de ébano de su cabello caído en bucles sobre su garganta; su frente ligeramente inclinada y la espresion de dolor y abatimiento manifestada por la actitud en que se habia colocado; su boca entreabierta, muda, y sus lábios trémulos que parecían dirigir una plegaria mental; todas estas perfecciones, en fin, realzadas por el brillo y la opulencia del traje que vestía la jóven arrodillada en los umbrales de la puerta de una casa medio arruinada, en el silencio de una clara noche y en medio de una poblacion desierta; daban á la escena el aspecto y colorido de un sueño, de una fábula oriental, en el que aparecia Kadidja como una maga ó como el génio de lo maravilloso.

Tomó Gaston cariñosamente entre las suyas las manos de aquella muger, estrechólas con efusion, y se alejó á buen paso, diciendo á Samuel, á quien arrojó una bolsa de dinero:

—Debes ser mudo, y cumplir mis mandatos con religiosa exactitud.

El baron y su compañero se encontraban ya en la calle y la puerta de la casa de Samuel habia sido cerrada con llave y cerrojo, cuando exclamó el veterano, asiendo de un brazo á Gaston:

—El tiempo vuela.

—Marchemos; respondió el jóven, cuyo pecho exaló un hondo suspiro, en tanto que, por última vez aplicaba el oído á la puerta de la casa del judío.

En este momento dejóse oír la voz de Samuel que gritaba con angustiado acento:

—Dios de Abraham...! ¡Ha muerto...! ¡Kadidja! Kadidja...! ¿No me respondes...?

El baron levantó la mano para golpear la puerta; pero Muller se apresuró á detener su brazo y le separó de aquel lugar, diciéndole:

—El capitan, señor... el capitan...!

—Pero... ¡y esa pobre niña! respondió Gaston.

—Pero... ¿y vuestro padre, señor?

Ambos viajeros sellaron los lábios, embozándose en las capas, y se dirigieron á buen paso hácia la fuente del Oeste.

Llegados á ella, Gaston se refrescó la frente y las manos en la corriente del manantial.

Pocos minutos despues veíanse dos prolongadas sombras deslizarse sobre la menuda yerba, y sobre las zarzas y matorrales que se estienden desde Mazagran hasta el cabo de la Salamandra.

IV.

EL DESAFÍO.

La costa del mar, desde Mostagan hasta el cabo de la *Salamandra*, es alta, escarpada y peligrosa; las aguas que bañan aquella larga faja de granito se extiende sobre los peñascos que salen á la superficie, y se rompen con estrépito antes de lanzarse en chorros espumosos que inundan la maleza y los arbustos silvestres que cubren la tierra firme: las gaviotas y otras aves marinas anidan en las profundas hendiduras que los siglos y las tormentas han abierto en las rocas; y un ruido constante, solemne, inmenso como el horizonte que se pierde en las nubes, llena el aire con su voz majestuosa; voz terrible y magnífica que sale de los anchos pulmones de las tres maravillas de la creacion; el cielo, la tierra y el

mar, que revelan al hombre la omnipotencia de Dios.

La llanura comprendida entre los cerros de Mazagran y el mar, se extiende verde y florida hasta tocar los peñascos de la costa, desarrollándose en mil ondulaciones caprichosas, cuyos planos inclinados en todas direcciones, la trasforman en una alfombra abigarrada con mil colores originados por las tintas de la vegetacion, y por la variedad del cultivo. La costa desaparece súbitamente hacia la punta del cabo de la Salama-dra; y la arena de la pláya se mezcla allí con los cantos rodados, con las conchas y con la maleza, al impulso de los últimos vajidos del flujo y reflujo de las olas.

Oyese en lontananza el redoble sordo y acompasado de los tambores de Mostagan, y el sonido marcial de las trompetas que anuncia á los distraídos ó descuidados que se acercaban las diez, hora en que se cierran las puertas de la ciudad. Tambien se oye, pero mas cerca, un ruido de pasos que hacen crujir la yerba y las matas silvestres, y el murmullo de voces que sostienen una conversacion, cuyo eco se confunde con el zumbido del viento, el batir del agua contra los arrecifes y el sonido lejano de las tocatas marciales.

La luna lanzaba su mas espléndida luz sobre la tierra, y su disco de plata brillaba con soberano resplandor en aquella noche, la mas voluptuosa que haya podido soñar la imaginacion del poeta; la mas misteriosamente bella que haya

podido ser objeto de las románticas baladas.

Entre tanto, el ruido de los pasos y de las voces se acercaba á la costa, Gaston y Muller llegaban al lugar de la cita.

—Nos hemos extraviado, señor baron, y tendremos que echar á correr á campo traviesa.

—Ese es el camino mas corto.

—Llegaremos cubiertos de polvo y descalandrajados como salteadores de camino.... cosa que me mortifica muy poco, porque ni gasto botas de charol ni me cuido mucho del corte de mi frac. Pero, calla.... ahí veo la casuca de los Mochuelos.... ¿No es ese el lugar de la cita?

—El mismo.... No veo nadie.... Gracias á Dios que hemos llegado los primeros.

Despues de haber atravesado algunos matorrales y plantas de monte bajo, los dos viajeros se encontraron alfombrado de menuda y fina yerba, en un prado contiguo á las ruinas de un caseron, y rodeado de arbustos, de espinos, de lentiscos y de palmitos enanos. Detuvieron el paso; escucharon, y oyeron un ruido sordo y lejano como el que produce el trote de un peloton de caballos.

—Ellos son, exclamó Muyer.

—Están léjos todavía, replicó el baron, y tengo tiempo suficiente para reconocer el terreno. Espérame ahí, sin moverte, á fin de que te vean desde lejos.

Muller cruzó los brazos, y empezó á silvar un paso doble.

El baron se dirigió hacia las ruinas, y procurando ocultarse en las sombras, registró lentamente y uno por uno los matorrales, deteniéndose con frecuencia como para asegurarse del objeto de su inspeccion. Terminado el paseo regresó alegremente al lado de Muller.

—Todo está en regla, dijo.

—Oído; replicó el veterano, han pnesto los caballos al galope.

Oyóse, en efecto, la cadencia acompasada de un peloton de caballos que se acercaban á galope sostenido, y de vez en cuando, algunas carcajadas hijas de la alegría y la franqueza.

—Ese divertido bufon, dijo Muller, tiene el diablo metido en el cuerpo.... ¡Pues, no corre á la muerte con el mismo placer que si viniese á una boda....!

—Lo sé, respondió el baron á media voz.

—Lo que es yo, no le perdono su petulancia y desenfado.... Y por otra parte, es un mozo hecho de la madera con que se fabrican los buenos soldados.... Recomiendo á V. que no se descuide ni pierda ripio.... la mano alta y el pié firme.... esto basta para refrendar el pasaporte al mas ladino.

—Maldicion....! gritó el jóven con un acento de furor reconcentrado, que parecía impropio en su carácter sereno y en su refinada cultura. Maldicion! si yo quedo vencido....!

—Entonces entraría yo en juego, dijo el veterano, con la mayor sangre fría; y en ese caso no le arriendo la ganancia al capitan, pues

no soy hueso fácil de roer....

En aquel punto, tres ginetes que venían por la senda que conduce á Mostagan, aparecieron á veinte pasos frente á los viajeros. El capitan de Candeuil marchaba delante montado en un soberbio caballo negro, cuyas robustas ancas brillaban con los reflejos de la Luna. Luego que llegó al vallado natural de que antes hicimos mencion, el generoso bruto hizo una parada en firme y dió algunos recios resoplidos. El capitan entonces le aplicó dos vigorosos espolazos; y el caballo venció de un salto prodigioso el obstáculo ante el cual se habia detenido, viéndosele sobre la menuda yerba del lado opuesto dando saltos y haciendo corvetas.

Los dos testigos del capitan llegaron inmediatamente.

—Tento el honor de saludar á V.; señor de la Garde, dijo el apuesto oficial, y os estoy sumamente agradecido por haberme proporcionado la satisfaccion de este paseo nocturno.... Hermosa noche por cierto.... La esposa de Endimion nos alumbra como en la Opera.

—Estoy, como V. enamorado de todo cuanto me rodea.

—Al diablo si estais enamorado de mí, mi querido señor, interrumpió el capitan.

—¿Por qué no, cuando envidio las mil brillantes cualidades que os adornan....?

—Canario....! vuestro amor, querido baron, se parece mucho al de Otelo.... por mas que no ten-

ga V., al menos que yo sepa, parentesco alguno con los moros de Venecia ó con los de Africa.

—Quien sabe! respondió el baron, dando á su voz un acento que participaba de la ironía y de la cólera reconcentrada.

—Sea en buen hora, replicó sonriendo el capitán: está visto, cada uno de nosotros tiene sus frases favoritas; y puesto que es así, degollémonos gentilmente lo mas pronto posible, visto que somos real y verdaderamente enemigos mortales.... Usted beduino y yo francés.... Voto á brios! y que preciosa novela....!

—Espero á V.

—Señores; pié á tierra, exclamó el capitán dirigiéndose á sus testigos. ¿Quién de Vds. tendrá los caballos? Y luego volviéndose á su adversario, continuó; parece señores que han venido Vds. á pié? no veo por aquí mas caballos que los que nosotros hemos traído....

—Hubiéranos sido preciso alquilarlos; y esto habría dado que sospachar; además, no olvide V. que hace pocas horas hemos saltado en tierra.

—No por Dios, no lo olvido; como tampoco olvido el proyecto que ha formado V. de embarcarse esta noche despues de haberme... ¿Usted me entiende..? Y permítame V., le diga, que no sabré apreciar la franqueza y galantería de los oficiales del ejército francés, cuando no se le ha ocurrido pedir los caballos de aquellos de mis amigos que no estaban convidados á esta jira de campo.

—Doy á V. las gracias, caballero.... ¿Ha hecho

Usted ya la eleccion de armas?

—¿No estamos de acuerdo acerca de este particular? En cuanto á mí, puedo asegurarle que me gusta mucho la espada, y que no me gusta menos la pistola.... Tengamos, si á V. le parece, la una en la mano y las otras en el cinturon, y Dios sea con todos, como dicen en los *Hugonotes*.

—Acepto... Muller; dame mis pistolas.

—¿El señor es vuestro solo testigo? preguntó sonriendo el capitan.

—Pero vale por dos, interrumpió Muller con acento irritado.

—No quiere decir esto que haga yo ascos de Vd... Acaso ¿no somos camaradas...? ¿no somos ambos soldados? Vd. veterano de bigote cano, y yo militar jóven de rizada perilla... Vd. mameluco, y yo Kabila... vamos toque Vd. esos cinco sin rencor.

Muller, sin pronunciar una palabra, estrechó la mano que le presentó el capitan.

—Señores, vengan las espadas, y arreglen ustedes las condiciones del combate... Os presento señor de la Garde, mis dos testigos; ambos son oficiales de mi regimiento, y además, valientes y sin tacha.

Gaston los saludó afectuosamente.

Los testigos pusieron las espadas cruzadas en el suelo, y se alejaron algunos pasos con Muller, para arreglar las condiciones del combate.

El capitan acarició el cuello de su caballo que piafaba sin apartarse del sitio; y que con las

ventanas de la nariz dilatadas, el ojo alerta y las orejas aguzadas daba señales de la mayor inquietud.

—Mucho miedo tienes esta noche, mi pobre Agha; no parece sino que has husmeado los leones ocultos en la maleza.

El generoso bruto relinchó escitado por la voz de su amo, y dió recios resoplidos.

—Está visto, prorrumpió el capitán alegremente, mi caballo debiera haber pertenecido á un grande hombre de la antigua Roma, y hubiera labrado el crédito y la fortuna de los augures.

Los tres testigos regresaron silenciosos, graves y caminando á paso lento.

—¡Vive Dios! señores! exclamó el capitán; parecen Vds. enterradores... Veamos ¿qué se ha decidido.

—Cada uno de Vds.. respondió Muller con acento firme y resuelto, se colocará un par de pistolas en el cinturon y empuñará una espada. Se batirán Vds. al arma blanca, y el primero que caiga á tierra queda facultado para hacer uso de las de fuego. Su contrario podrá contestar. ¿Aceptan Vds. estas condiciones?

—Conforme en todo respondió el barón.

Ambos adversarios, después de haberse puesto en mangas de camisa, se inclinaron simultáneamente para recoger las espadas puestas en cruz sobre el terreno. Pusieron al desnudo hasta el codo el brazo derecho y se colocaron frente á frente. Los testigos les entregaron un par de pis-

tolas á cada uno, las cuales se las colgaron de la cintura; saludáronse recíprocamente con una galanteria verdaderamente parisiense, sin afectaciony sin orgullo, y se pusieron en guardia con gallardo continente, alta la muñeca y fija la vista.

Los testigos, desde el punto en que se habian situado observaban con creciente ansiedad todos los movimientos de los combatientes y los miraban guardando un tétrico silencio. El veterano Muller permanecía inmóvil como una cariátide de granito, cruzados los brazos sobre el pecho; la mirada ardiente y la frente alta, serena é impasible. De pié derecho como una columna de bronce, se parecía á los grandes trozos de muralla hondamente agrietados que formaban el marco del cuadro que estamos bosquejando. El soldado de Egipto tanto por respeto á las armas, como por deferencia á los dos adversarios, y por obediencia á una costumbre seguida en estos lances de honor, habíase quitado el sombrero y daba al viento sus blancos cabellos que la brisa aremolinaba sobre su frente.

El astro de la noche, próximo al cénit en aquella hora, derramaba sus nacarados resplandores sobre la yerba de la pradera, sobre las peñas de la costa; y plateaba las olas que en acompasado movimiento removian las arenas de la playa: los insectos que animan con su voz, las plantas y las matas donde se cobijan durante las claras noches del cielo en Africa, daban al aire los cantos y los gritos con que anuncian al labrador, al hombre de campo y á los pastores, que despues de aquella

magnífica noche luciría un día claro y sin celajes. Las ruinas del caseron proyectaban grandes sombras sobre el florido prado y sobre los matorrales, escuchándose á intervalos desiguales, el gemido salvaje, ora agudo, ora lastimero pero horriblemente triste, que exhalaban manadas de hambrientos chacales rondando los cementerios.

Los caballos de los oficiales mantenían la cabeza erigida, aguzadas las orejas y el cuello estirado en actitud de prestar una atención casi inteligente á lo que estaba pasando.

El baron y el capitán despues de haberse puesto en guardia á conveniente distancia, adelantaron algunos pasos hasta empuñar las espadas por el primer tercio de la hoja. Este movimiento ejecutado á un tiempo y con exacta precision, puso en evidencia el valor y destreza de ambos combatientes, revelando que la lucha sería porfiada y vigorosa.

El baron, contrariando los consejos de Muller, tenía la mano un poco baja y el brazo demasiado estirado. La distancia entre sus pies era mayor de lo que prescriben las reglas de la esgrima; pero mantenía el busto á plomo sobre las caderas, movía la muñeca con vivacidad, y combinaba con tal maestría la celeridad de sus movimientos con la inquieta y amenazadora espresion de su mirada, que era fuerza reconocer en él un temible adversario, un diestro esgrimidor, cuyos golpes casi siempre debían causar la muerte, y pocas veces una herida leve.

El capitán había tomado esa actitud indolente que engaña, distrae y escita la confianza del adversario. En todas las situaciones de la vida, mostrábase el mismo hombre, es decir, desdeñoso, oportuno, decidor y valiente. Su mirada era serena, su sonrisa franca y juguetona, y presentaba con la mas natural indiferencia su pecho al acero enemigo, en la confianza de no ser herido por él. Su manera de esgrimir era lenta en la apariencia pero rápida y precipitada en realidad. Combinaba los golpes con cierta lentitud, pero los dirigia con la velocidad del rayo. Sus pies ligeros, pero que no aventuraban un paso imprudente, retrocedían ó avanzaban sin hacer ruido alguno.

El combate duraba hacía dos minutos con alternativas de triunfo ó derrota para cada uno de los contrarios, cuando el barón, en el instante de tirar una estocada á fondo, resbaló en la menuda yerba, y cayó sobre la rodilla izquierda.

Muller se mantuvo sereno é impassible; los otros testigos dieron un paso hacia adelante.

Gaston no trató de incorporarse bruscamente; levantó la muñeca recta en tercera, y bajó la punta de la espada á fin de cubrirse el cuerpo con ella; y en esta actitud puso la mano izquierda sobre una de las pistolas que tenía en la cintura.

El capitán harto generoso y harto caballero para aprovecharse de aquel accidente, dió algunos pasos de costado, y se detuvo con las manos puestas sobre la empuñadura de su espada, cuya punta clavó en el suelo.

—La yerba de los prados en Africa está siempre húmeda y es muy resbaladiza; es necesario pisarla con cuidado, señor baron; dijo el capitán, cuya voz sonora, no parecía haberse alterado en lo mas mínimo á pesar de la sobrecitacion de la lucha.

Gaston se puso en pié.

—Estaba bien cubierto, exclamó, y no he perdido cuartel.

—Qué disparate! los hombres de vuestro temple no lo piden, ni se baten arrodillados, sino en pié. Empezemos de nuevo.

Las espadas volvieron á cruzarse con mayor empeño y energía.

El baron marcó una finta hábilmente combinada por debajo de la espada de su adversario; dobló mucho las rodillas hasta colocarse en guardia italiana, y tiró una briosa estocada en línea recta á la cintura del capitán. La punta de la espada encontró los pliegues del pantalon de Mr. de Candeuil; y este acudió con tal presteza á la parada, ligando en semicírculo muy ceñido el hierro contrario, que lo hizo saltar de la mano de Gaston y caer á algunos pasos distante sobre la yerba.

En tan crítico momento la espada del capitán dió un golpe en vago y se rompió junto á la empuñadura. La hoja cayó entre los dos combatientes, que se miraron sorprendidos y quedaron desarmados.

Fué aquel un momento solemne. Ambos adversarios vacilaron un instante, viéndose desarma-

dos y tan cerca el uno del otro, que hubieran podido asirse para luchar á brazo partido, Trascurrido aquel momento de indecision, los dos jóvenes pusieron mano á las pistolas, y en el acto se oyó el ruido seco, fatídico que produce el montar una arma de fuego.

Muller no se movió. Aquel hombre parecía en tan supremo instante petrificado ó con profundas raíces como el tronco de un roble despojado de sus ramas y de sus hojas por los huracanes.

Había en su rostro y en su actitud algo que sobrecogia el ánimo, algo semejante á la fatalidad, á la dureza y al decreto implacable del destino.

—¡Deteneos, señores! exclamó uno de los testigos del capitan. Esto ya no es un duelo, es un asesinato...! Esto no es un combate de hombres, es una lucha de fieras...! ¡Atras! ¡Tomad campo...! ¡Atrás digo...!

—Pero ¿qué mosca te ha picado? interrumpió de Candeuil con palabra tarda y acento cariñoso; no conoces que de noche hay que acercarse mas que de dia para matarse...? Si el señor baron es miope, no tiene mas remedio que tocarme con la mano para asegurar la puntería... Vuelve, pues, á tu sitio.

—Si tu estás loco, prorrumpió el oficial, yo tengo juicio por los dos... Sepárense ustedes ó me pongo en medio. Y luego, continuó dirigiendo la palabra al baron: Pero, ¿qué testigo es ese que ha traído V....? Ni habla, ni se mueve, ni da señal

ninguna de vida... Veamos, caballero, ayúdeme V. y cumpla con su deber.

El veterano permaneció mudo é inmóvil.

—No le sacaré V. una sola palabra del cuerpo, dijo Gaston, ni le verá cambiar de actitud hasta que yo muera ó quede vencedor.

—Que chusco y gracioso es todo esto, exclamó el capitán sonriendo. Creo que el señor hará uno de los primeros papeles entre los personajes de nuestra novela.

El segundo testigo que tenía los caballos por la brida, se acercó á los combatientes y dijo:

—Propongo á ustedes que se vuelvan de espaldas uno al otro, y anden ocho pasos hácia adelante; despues darán frente á retarguardia, y harán fuego á discrecion.

—Me parece bien, replicó Gaston.

—Suscribo de buen grado á lo propuesto, dijo el capitán inclinándose ceremoniosamente.

Este fué uno de los momentos mas terribles del drama que se venia representando. Al ver aquellos dos jóvenes llenos de vida y de esperanzas, que despues de haberse saludado recíprocamente con fina urbanidad, se apartaron algunos pasos en línea recta, y dieron una rápida media vuelta armados los brazos para dispararse casi á quema ropa; para darse una muerte espantosa; que provocaban y desafiaban con frente serena y lábio riente; al verlos repetimos, en esta actitud, los testigos de tan cruel escena sintieron que la angustia y el terror se apoderaban de su corazón.

—Los del capitán se estremecieron visiblemente, é inclinaron el cuerpo hácia adelante, conteniendo la respiración y abriendo desmesuradamente los ojos.

Muller desenlazó los brazos que tenía cruzados sobre el pecho, y puso la mano derecha sobre su corazón, cuyos latidos se percibían merced al silencio de la noche.

El capitán anduvo dos pasos y rompió el fuego.

Su bala se aplastó sobre la pistola que el barón tenía en la mano izquierda, y se la arrancó violentamente.

El barón dió un salto prodigioso hácia adelante, apuntó sobre la frente de su adversario, que se cubrió la cabeza con la pistola que acababa de disparar; y oprimió el gatillo.

En pos de la detonación dejóse oír un ruido sordo y fatídico... Cuando se hubo disipado el humo del disparo, vióse al capitán caído en tierra, con el rostro oculto entre la yerba... No lanzó un grito, ni exhaló un gemido.

Los oficiales se precipitaron sobre el caído para darle auxilio. Gaston hizo una seña á Muller, y ámbos se unieron al grupo. Los testigos del capitán habíanse arrodillado junto á su cuerpo que levantaron entre sus brazos; y al que intentaron en vano reanimar prodigándole las palabras mas afectuosas.

Aquel cuerpo tenía todas las apariencias de un cadáver. Su pecho y su rostro inundados en sangre, no daban señal alguna de vida... La bala del

baron le había herido en el ángulo izquierdo de la frente, y arrolládole el cuero cabelludo.

—Caballero; dijo uno de los oficiales dirigiéndose al baron, con los ojos arrasados en lágrimas, lo ha muerto V...!

Muller respondió á esta dolorosa acusacion con un silbido agudo y prolongado. En el acto abrióse la maleza por diferentes puntos á la vez, para dar paso á seis árabes que se lanzaron sobre el terreno, corriendo y saltando como fieras acosadas por los cazadores.

Los oficiales intentaron apoderarse de sus caballos para huir; pero las manos del baron y de Muller los detuvieron asiéndolos por un brazo.

—Si os moveis, ó lanzais un grito, sois muertos...! dijéronles, en tanto que les oprimían el pecho con la boca del cañon de una pistola.

—Villanos! gritó uno de los oficiales, ¿quién son ustedes?

—¿Qué falta te hace el saberlo...? respondió el baron con rudo y salvaje acento. Entrégate, perro...!

Dos de los seis árabes recién llegados. se apoderaron de los caballos; los otros cuatro pusieron las manos sobre los oficiales, á quienes ligaron réciamente por los pies y las muñecas, despues de haberles puesto una mordaza; y los arrastraron hácia lo mas apretado de la maleza, donde los dejaron imposibilitados de hacer ningun movimiento y de pedir socorro. Luego regresaron hácia el grupo que rodeaba al herido, conduciendo tres caba-

llos que habían permanecido ocultos entre las ruinas, esperando el resultado de este singular combate. Llegados que fueron, entregaron al baron y á Muller dos albornoces, que aquellos vistieron encima de su traje europeo.

Despues, el veterano, ayudado por dos árabes, puso sobre uno de los caballos tomados á los oficiales, el cuerpo del capitan, que sujetaron con correas, cuidando de que la cabeza quedase hácia la grupa.

El baron, Muller y dos árabes montaron á caballo; uno de los africanos conducía por la brida el que llevaba el cuerpo del capitan. y el otro uno de respeto.

El baron dió la señal y la pequeña tropa arrancó al trote por los senderos que se internan en el pais de los *Medgeres*.

V.

LA HUIDA.

Durante las primeras horas de camino, los cuatro ginetes no pronunciaron una sola palabra. El baron iba á la cabeza del grupo, seguido del árabe que conducia el caballo de respeto; despues, un negro encargado de vigilar al cautivo, y por último, Muller, cubriendo la retaguardia de la pequeña caravana.

Uno de los árabes que marchaban á las órdenes de Gaston, se llamaba Mahiah. Era^a un negro de diez y ocho á veinte años, cafre de origen, á quien el destino tenía señalado un papel importante en el curso de los acontecimientos que vamos á relatar. Como el mayor número de los negros de su raza, era alto y de un color de ébano charolado; miembros cenceños, largos y huesudos; ma-

nos y pies diformes; rostro diminuto y ojos vivos é inteligentes; andaba descalzo de pié y pierna, y vestia como los kabilas, un camison y un kaban negro que le llegaban próximamente á las rodillas.

Poco ántes del alba el cielo se cubrió súbitamente de nubes; las estrellas se eclipsaron y el viento de oeste comenzó á soplar con fuerza, levantando y arremolinando las arenas de la llanura y de los senderos. Algunos goterones de agua caian con ruido sordo y monótono sobre las malezas; la luna se ocultó detrás de los celajes de la tempestad, y los viajeros empezaron á caminar á tientas alumbrados solo por la incierta luz de los relámpagos, que en Africa, así como en todos los paises próximos al Ecuador, se suceden con tanta frecuencia que parecen encenderse los unos en los otros. Un calor sofocante provenía del cielo, de la atmósfera y de la tierra; y el viento que volaba sensiblemente al sud amenazaba despertar esas ráfagas abrasadoras que aniquilan todo ser animado, y que secan las plantas y evaporan el agua de los arroyos.

El baron refrenó el andar de su caballo, que marchaba al paso de andadura, como acostumbra los de todos los gefes árabes, paso menudo y rápido que obligaba á los demás caballos que formaban el peloton, á caminar al trote.

De improviso, Muller, puso el suyo al galope hasta acercarse al negro, á quien dijo con acento breve:

—Las correas se han aflojado y ese hombre va á caer del caballo.

El negro volvió la cabeza y vió, que los pies del capitan, cuyas ligaduras se habían aflojado, arrastraban por el suelo, en tanto que la parte superior de su cuerpo golpeaba desordenadamente sobre los lomos y las ancas del caballo.

En este instante el baron detuvo el suyo, é hizo seña á Muller para que se le acercara.

El negro exhaló un grito agudo que causó la mayor sorpresa en toda la caravana, y obligó á sus compañeros de viaje á agruparse aceleradamente en su derredor.

—¿Estás loco?—esclamó el baron con acento eclérico; ó crees hallarte dentro de tu gurbia..? (1)

Estas preguntas fueron dirigidas en lengua árabe. El negro espantado, solo contestó señalando con el brazo estendido hácia la cabeza del mísero capitan.

—Pero ¿qué sucede? prorrumpió Muller, haciendo un gesto de impaciencia; y luego exclamó dirigiéndose al negro: ¿Qué haces tu, escondido ahí detrás?.. ¿No te he mandado que coloques de nuevo el cuerpo de ese hombre sobre el caballo, y que aprietes las ligaduras...? Vamos, pronto, que no tenemos tiempo de sobra.. Anda, anda...

El negro se acercó trémulo y vacilante al cuerpo del capitan, asió entre los brazos sus piernas que colgaban, é hizo un esfuerzo para colocarlas

(1) Choza de los kabilas.

sobre los lomos del caballo; pero en el mismo instante exhaló un profundo suspiro, retrocedió con visibles muestras de terror, y acabó por arrojarse al suelo ocultando la faz entre las manos, y murmurando algunas palabras ininteligibles.

El baron sacó una pistola, la montó rápidamente, y la apuntó sobre la cabeza del negro.

—¡No tire V.! exclamó Muller; ese cadáver podría comprometernos poniendo al enemigo sobre nuestros pasos... Sea V. prudente.

Gaston renunció á su propósito, y acercándose al esclavo, le cruzó la cara con el latiguillo en que remata la brida de todo bocado árabe. El negro se incorporó sobre las rodillas, miró fijamente al baron y á Muller, dirigióles una sonrisa que rebosaba rencor y desden, y lesdijo con acento conmovido.

—El muerto ha hablado...! El muerto se ha movido...! Mahiah no tocará al muerto!..

—Y, ¿qué te ha dicho el muerto, mandria?

—El muerto ha pronunciado dos veces un nombre con voz fuerte... Sus ojos han brillado como un relámpago, y sus pies han golpeado el suelo...

La tormenta que desde largo tiempo venía condensándose en el cielo, estalló en este momento. Una lluvia torrencial se desprendió furiosa de las nubes, é inundó la llanura y la senda que seguían los viajeros. El trueno retumbó magestuosamente en las montañas que rodean el valle del Sig y del Habrah; y los lentiscos, los palmitos y los arbustos de la campiña, que la fuerza del vien-

to mantenía doblados contra el suelo; se levantaron para recibir la lluvia.

El baron había puesto una mano sobre el pecho del capitan; Muller acercó los lábios al oído de su señor, y le dijo en voz baja.

—El capitan no está muerto... si quiere V. que llegue vivo, mande V. que se le prodiguen los cuidados que su estado exige; si no, se espone V. á encontrarse con un cadáver antes de llegar al término de la jornada.

—Qué si quiero conservar le la vida? exclamó el jóven, que acababa de sentir bajo su mano un fuerte estremecimiento que conmovió el pecho del cautivo. Ah! esta sería la mayor alegría de toda mi vida...! Pero tu sueñas, Muller, tu sueñas...

Y esto diciendo se bajó con presteza del caballo; tomó entre las manos la cabeza del capitan; clavó en aquel rostro sus ojos desmesuradamente abiertos; tanteó la herida con los dedos; acercó el oído á aquellos lábios descoloridos, y escuchó sin respirar á fin de sorprender el mas ligero soplo, el menor indicio de vida en aquel hombre que juzgaba muerto.

De improviso, el baron exhaló un grito terrible, grito de alegría feroz, de júbilo cruel, que hizo estremecer á cuantos le oyeron, sin esceptuar al impasible Muller.

El corazon del capitan había palpitado de nuevo violentamente, y sus lábios habían pronunciado la misma palabra que tanto espanto causara al negro. Esta palabra fué el nombre de una mu-

ger; nombre dulce y armonioso que pudo pronunciar merced á un esfuerzo, en medio de su agonía.

El baron depuso el gesto altanero y el tono brusco é imperioso que usaba con sus esclavos, y su voz recobró el timbre dulce y simpático con que se nos dió á conocer en el principio de esta historia, para repetir al oido de su víctima aquel mágico nombre. Despues, levantó lentamente la cabeza del herido, la recostó sobre su pecho; la calentó con su aliento y entre sus manos; y la cubrió con la capucha del albornos á fin de preservarla de las molestias de la lluvia que seguía cayendo con violencia.

Semejante á una madre que estrecha entre sus amorosos brazos al hijo de sus entrañas, el baron prodigaba los mayores cuidados al capitan, á cuyo oido murmuraba incesantemente este nombre.

—Medina... Medina... Medina...

La inmensa alegría que tuvo al encontrar con vida al hombre que pocos momentos antes creyó cadáver, le obligó á tomar sobre sí el cuidado del herido. Al efecto, montó á caballo y mandó que colocasen el cuerpo del capitan sobre el borren delantero de su silla: hecho lo cual rodeole la cintura con el brazo izquierdo, recostó su cabeza sobre su hombro, y lo acomodó, en fin, de la mejor manera posible y con la mas tierna solicitud.

Aquel grupo remedaba la escena de un caballero de las baladas alemanas, que arrebatando á su dama presa de un desmayo, la estrecha contra su corazon, la cumbre de caricias, y para de-

fenderla de los que le persiguen y conservar el vigor necesario para resistir al cansancio y á los remordimientos, procura convertir su pecho en escudo.

Desde este momento cambi6se el 6rden de marcha. Por mandato del baron, Mahiah se situ6 6 la cabeza del peloton, caminando algunos pasos delante 6 manera de descubierta; Muller acerc6 su caballo 6 toca estribos al de su se6or, y el 6rabe que llevaba el de respeto qued6 6 retaguardia. La trocha que seguian los ginetes era tan angosta, que los caballos separaban con los brazos la maleza de las orillas. Los viajeros habian salido de un terreno montuoso y sumamente accidentado, y caminaban por una llanura inmensa, mon6tona, silenciosa y al parecer desierta.

Las nubes continuaban lanzando, 6 intervalos desiguales copiosos aguaceros; el cielo estaba oscuro y amenazador, y el viento inconstante soplabas ya en r6fagas de irresistible empuje, ya en ligeras y d6biles bocanadas. Las flores silvestres, las yerbas y los arbustos exhalaban un dulce perfume que embalsamaba el aire, cuya humedad provocaba el desprendimiento de los efluvios olorosos de la tierra y de las plantas. Los caballos marchaban 6 paso largo escitados por el ruido incesante de los *chabires* (1) aguza-

(1) CHABIR, espuela larga que usan los ginetes berberiscos sujeta al pi6 con correas: su continuo roce contra los estribos baqueros, produce un ruido que escita el paso del caballo.

das las orejas, tendido el cuello é inclinada la cabeza, dóciles y sumisos como lo son todos los corceles africanos, cuando el sonido de las trompetas, el olor de la pólvora, y el estrépito de la batalla, no exalta su valor, su orgullo y sus instintos guerreros.

—¿Dá todavía señales de vida? preguntó Muller en voz baja.

—Sí; respondió el baron en el mismo tono de voz; no aparto la mano de su corazón y siento hasta sus menores latidos. He tocado el odioso medallón, que hace pocas horas hubiera comprado á precio de toda la sangre de mis venas. Oh! continuó después de una breve pausa; el éxito ha sobrepujado todas mis esperanzas...! El cielo se me muestra propicio mas allá de mis mas ardientes deseos é ilusiones...! Y, luego, fijando en el rostro del capitán una mirada saturada de odio y de rencorosa alegría, exclamó con voz trémula por el júbilo feróz que rebozaba en su corazón: ¡Con que te tengo en fin en mi poder, vencido, aniquilado y próximo á ser miserable despojo de la muerte...! Tú, que llenastes con tu hermosa fatuidad los brillantes salones de París durante todo el invierno pasado; tú, el héroe de tantas ruidosas aventuras que trocaron en odio mi envidia, y mi odio en indomable furor...! Tú... ¡el hijo del general Candeuil...! Ah! Muller, que dulce, que embriagadora es la venganza para quien puede ejercerla sin remordimientos, sin piedad, sin obstáculos y á todo su placer como yo voy á saborearla..... yo, yo;

lo oyes capitán...? Pero no; no me oigas, continuó en pos de un breve intervalo de silencio; no me oigas, no me respondas ni abras los ojos...! Permanece así, recostado sobre mi pecho, recobrando al calor de mi sangre las fuerzas, la vida, y con ellas tu belleza, tu esplendor, tu voz dulce y armoniosa! Recóbralo todo, sí todo, á beneficio del sueño de esta noche...! Y cuando abras los ojos, cuando lleguen á tu oído extraños y nuevos ruidos para tí, cuando te despiertes y te reanimes... encontrarás á tu lado, no al amigo de estos instantes, sino verdugo vigilante, duro, inexorable y astuto... Entonces será llegada mi vez, y habremos tenido cada uno un teatro donde combatir y triunfar: tú, la Europa; yo, el Africa; tu, Paris; yo la tribu!.... Muller, Muller! creo que me ha oído... siento su corazón palpar con mas violencia.... y sus labios han dado paso á un ligero suspiro....

El barón pronunció estas últimas palabras en voz baja y con un acento que revelaba creciente inquietud.

—Por regla general, las heridas en la cabeza son mortales ó muy ligeras: y puesto que el capitán no ha fallecido de la suya en las horas que van transcurridas; es probable que lo veamos sano y restablecido pronto.

—Que Dios te oiga! tal es mi mas ardiente anhelo; mas deseo que no abra los ojos hasta mañana, para gozarme en la sorpresa que experimentará éste amigo queridísimo al encontrarse en toda la plenitud de la divertida situación que le preparo.

—Quisiera veros menos álegre en ocasiones tan graves como la presente, señor baron; eso puede traernos alguna desgracia....

—Desgracia, desgracia! interrumpió el baron haciendo un movimiento de impaciencia; no vuelvas á pronunciar esa palabra, que en boca nuestra significa ingratitud á los favores que nos dispensa el destino, y es un ultraje á la justicia Eterna... Cuando la leona despedaza entre sus garras al que le arrebató sus cachorros, olvida los ruidos de dolor y desesperacion con que momentos antes atronó los montes y los valles, haciéndolos testigos de sus lágrimas y de sus furores.... Entonces se azota los hijares con la cola y lame con delicia las gotas de sangre que chorrean de sus labios; es feliz.... Y yo me siento feliz como ella, muy feliz, demasiado feliz....

Muller permaneció silencioso escuchando las palabras de su señor, que despertaron en su alma una tempestad de pensamientos siniestros, un huracan de recuerdos de odio y de venganza.

El estallido del rayo parece atraer la tormenta que se aleja, haciendo á los ecos repetir el estampido del trueno.

—Es necesario detenernos aquí, exclamó Muller de improviso.

—Estamos todavía muy cerca de la costa, y no sería prudente hacer alto, respondió el baron en voz baja. Además, que la lluvia entorpece nuestra marcha.... Sin embargo, confieso que el júbilo ha trastornado mi memoria y no me deja reconocer

el país que cruzamos ¿Donde nos encontramos Muller?

—Hemos dejado atrás los pantanos que anduvimos costear por espacio de una legua larga, y caminamos hacia Mesera. Estamos en el territorio de los Medgeres, y aconsejo á V. que nos detengamos aquí hasta el amanecer, si es que no quiere V. que el capitán Candeuil exhale el último suspiro antes de una hora....

—Silencio...! exclamó el barón con ahogada voz; el capitán ha hablado...

Ambos raptos acercaron el oído á los labios del herido, y oyeron, en efecto, algunos sonidos inarticulados y palabras entrecortadas que salían con dificultad de su boca; luego rechinó los dientes, estiró los miembros y se estremeció instantánea y violentamente, lo cual produjo la mayor inquietud al barón.

—Se muere, Muller....! se muere....!

—No; respondió el veterano; atraviesa los momentos de una crisis suprema, de la cual han de salir triunfantes su juventud y la fuerza de su constitución.... Creame V.; la naturaleza recobra en este momento sus derechos, el síncope cesa; pero es necesario ayudar á la materia para acelerar la reacción de la vida y desistir de continuar, la marcha, cuyo traqueteo podría ocasionar un espasmo al herido, del cual no saldría sino para la Eternidad. Vamos, señor barón, echemos pié á tierra...

Dichas estas palabras. Muller castañeteó la

lengua como lo hacen los conductores de camellos, á cuya señal, el negro que iba de descubierta volvió riendas para reunirse al grupo.

—Henos aquí, dijo el veterano, en la encrucijada de dos caminos uno de los cuales se dirige á Madeyrá, y el otro á los Garabas. Es probable que se nos persiga hasta este punto; y como nuestros ojeadores no son jentes que se cansan ó desmayan fácilmente, vamos á emplear, para desorientarlos, una estratajema de mi invencion.

—Haz lo que gustes, dijo el baron.

Muller mandó al negro romper la marcha sobre la derecha en direccion á Orán, y el peloton de ginetes le siguió por el camino de los Garabas.

Había trascurrido un cuarto de hora cuando el veterano castañeteó de nuevo la lengua para indicar á Mahiah que retrocediera. Luego que se les incorporó el negro, los cuatro ginetes echaron pié á tierra.

Acto contínuo formaron un lecho con ramas y hojas de palmito, y sobre él acostaron al herido arropándolo con albornoces. Despues encendieron una hoguera junto á los piés del capitan, de la que solo conservaron las brasas, por temor de que las llamas descubriesen desde lejos el paraje en que se encontraban.

En tanto que el baron y Muller prodigaban sus cuidados al herido, el árabe y el Kábila vaciaron algunas medidas de cebada sobre una manta, para dar un pienso á los caballos rendidos por la fatiga y por el hambre.

Muller despues de haber puesto en órden todas las cosas y dado las necesarias instrucciones á los esclavos regresó al lado de Gaston, el cual mantenía sobre sus rodillas la cabeza del capitan á quien abrigaba con sus propios vestidos, y prodigaba los mas exquisitos cuidados con la solicitud de una madre cariñosa.

—Acabará Vd. por sofocarlo con tantas caricias, dijo el veterano con acento entre grave y chancero... Y luego añadió sonriendo: Parece Vd. una paloma abrigando sus pichones bajo las alas.

—¿Paloma..... ó buitre? respondió Gaston con acento saturado de odio y de rencor.

—Dejad libre la cabeza del prisionero, á fin de que respire desahogadamente; no hay que temer la lluvia cuya molestia no le será muy sensible, siempre que mantengamos su cuerpo caliente y abrigado... Respondo de su vida... Humedezca Vd. sus labios con el contenido de esta calabacita, y si Muller no ha perdido la brújula, presenciaremos la resurreccion de un nuevo Lázaro.

Así fué en efecto; apenas algunas gotas del licor de la calabaza penetraron en la boca del herido, entreabrió este los ojos é intentó levantar los brazos y separar instintivamente la mano que con tan páfida intencion le auxiliaba. Pero la intensa fiebre que aguijaba al enfermo, prodújole tan ardiente sed, que acabó por obligarle á beber con ansia el licor que le ofrecian.

Por fin, el herido alzó la frente con lentitud y paseó en su derredor miradas atónitas que re-

velaban alternativamente angustia y sorpresa. La hoguera sobre cuyas brasas caian algunas gotas de agua conque se despedia la furiosa tormenta, llamó desde luego su atencion. Despues fijó sus inquietos ojos en las personas que le rodeaban; palpóse con las manos todo el cuerpo desde la cabeza á los piés, y manifestó una estupefaccion imposible de describir. Así trascurrieron algunos segundos, hasta que el herido exclamó con voz clara y perfectamente inteligible:

—¿Dónde me encuentro? ¿Quienes son Vds?

Estas preguntas produjeron un estremecimiento nervioso que circuló como una descarga eléctrica por el cuerpo del baron.

Muller cruzó los brazos sobre el pecho, y tomó una actitud fria y severa.

Gaston dirigió una mirada de fiera al veterano, y luego volvió los ojos hacia el herido, cambiando súbitamente la espresion que brillaba en ellos; y con sonrisa placentera, con acento que parecía modulado por los labios del ángel del amoroso consuelo, exclamó, inclinándose sobre la frente del capitan.

—Está V. al lado del baron de la Garde, su enemigo, su adversario, que no tiene mas deseo que restañar la sangre que ha vertido, y cicatrizar esa herida que V. no le perdonará.

—Pero... ¿Dónde estamos...? ¿por qué me encuentro acostado en el suelo...? ¿qué significa este vivac...? no regresamos ayer tarde de la espedicion...? ¿De quién me habla V.? del señor de la

Garde...? Ah! ¿cómo he olvidado, exclamó el capitán, despues de una breve pausa, la cita que tenia con él en el cabo de la Salamandra...? Dejadme marchar... ¿Dónde están mis testigos...? Dejadme! dejadme...!

El herido se revolcó en su lecho de hójarasca hasta que se agotaron sus fuerzas.

Gastondirigió á Muller una mirada que envolvía una pregunta; y el veterano respondió con perfecta calma sin hacer un gesto ni el menor movimiento:

—La fiebre y el delirio son consecuencias inevitables de las heridas de bala en la cabeza..... Sin embargo, la crisis toca á su término..... Continúe usted hablándole con dulzura; los enfermos son como los niños: gustan de las caricias.

—¿Ha olvidado V., señor de Candeuil, el combate del cabo de la Salamandra y el esforzado valor que manifestó V.?....

El resultado de nuestro desafío ¿habrá sido tan funesto que no me reconozca V.?...

—En verdad, señor baron, que empiezo á descubrir alguna luz.... Lo reconozco á V. perfectamente.... Pero, ¿qué historia es esta. vive Dios? ¿Estamos todavía sobre el terreno?... Luego pasándose una mano sobre la frente que tenía vendada con dos pañuelos, continuó con el acento de buen humor con que se producía en todas las circunstancias. Calla, esto es nuevo y flamante.... Tengo, así, como una oya de grillos en la cabeza

que me causan un doloroso aturdimiento.... Pero en suma, caballero, ¿será cosa que nos hayamos batido realmente?

—Ha recibido V. un balazo por encima de la sien izquierda, y hemos estado en la creencia, durante mucho tiempo, de que había V. dejado de existir.

—Tá, ta, tá, exclamó el capitán volviéndose en todas direcciones para reconocer el lugar donde se encontraba: ¿Se servirá V. decirme donde mil demonios se han alojado mis testigos?

—Suplico á V. que no hable; el silencio es necesario en la situacion que V. se encuentra. Espero que la herida no será grave, y que me permitirá V. cuidarle con la solicitud de un hermano de armas.

—Acepto con todo mi corazon ¡cómo no! Pero ¿donde están mis testigos?

—Están en lugar seguro....

—¿Ellos? que gracia! pero y yo ¿donde me encuentro?... Calla! ¿qué veo allá abajo? De donde proceden aqu llos kabilas que veo acurrucados junto al fuego?... Hola! valiente ejipcio, tengo la satisfaccion de saludaros.... Pero, francamente hablando ¿le parece á V. señor de la Garde, que estamos bien abrigados en este sitio? El vivac debe tener mucho encanto para V., refinado parisien-se, y es en realidad fruta nueva y apetitosa; pero como yo he comido muchas veces esa fruta, le ruego que volvamos cuanto antes á la ciudad.

Gaston escuchaba con sereno placer y sonreía

con visible satisfaccion, saboreando sus proyectos de venganza. En su hermosa fisonomía iluminada por los azulados reflejos que despedía la hoguera mostraba su júbilo mal reprimido y tanta benevolencia; que el herido podía ciertamente abrigar un sentimiento de ilimitada confianza.

El relincho de un caballo que venía en direccion del Oeste, interrumpió el silencio de la noche y puso en pié á los dos árabes. Muller inclinó el cuerpo sobre un palmito enano que se veía cerca de la hoguera, y recogió una espingarda que el negro Mahiah le habia puesto al alcance de la mano.

El gineté descubierto mal su grado á juzgar por la prontitud con que había reprimido el relincho del caballo, podía encontrarse á cinco minutos de distancia del vivac, en cuya direccion caminaba al parecer.

De la Garde cubrió el fuego con la tierra húmeda estraida del oyo donde se había encendido la hoguera, y Muller se deslizó de mata en mata para salir al encuentro del advenedizo!

El capitan que observaba cuidadosamente todos los movimientos de las personas que le rodeaban, no sin sorpresa é inquietud, exclamó á media voz.

—¿Tendría Vd. la bondad de explicarme este cuento de hadas, en el cual represento un papel bastante ridículo?

—Silencio! silencio! interrumpió el baron con viveza, en tanto que montaba dos pistolas y armaba sus dos manos con ellas.

—Francamente, querido señor, ha escitado usted mi curiosidad hasta un punto indecible.... ¿Será cosa que estemos en tierra de Mandrit ó de Cartouche?...

—Oyóse distintamente el ruido de las pisadas de un caballo que chapoteaban en el fango que cubría el sendero. El capitán hacía esfuerzos desesperados por incorporarse, cuando la voz dura é imperiosa de Muller, gritó con acento amenazador.

—¡Alto!...

Gaston usando de alguna violencia, obligó al herido á que se recostase, en tanto que el veterano repetía la intimación.

El jinete á quien fué dirigido este quién vive, que nada tenía de tranquilizador, contestó torciendo riendas y lanzando su caballo al galope. Muller hizo fuego con tal acierto que, con el estampido de la detonación coincidió el ruido sordo de la caída de un cuerpo pesado. Muller se abalanzó sobre el jinete caído, que tenía cojida una pierna debajo de su caballo, y poniéndole el cañón de una pistola sobre la frente, exclamó con ese acento que no admite réplica.

—Dáte!....

—Con mil amores, respondió el advenedizo.... pero permítame V. le diga que ha escogido mal oficio siendo cristiano.

Los dos árabes que acudieron al oír el disparo de Muller, ataron con presteza codo con codo al viajero, desensillaron su caballo; hecho lo cual regresaron á su puesto manifestándose del todo in-

diferentes al suceso que acababa de ocurrir.

Muller, llevando al prisionero por delante, reunióse con Gaston que no se había movido del lado del herido.

Los árabes, obedeciendo á una indicacion de su amo, descubrieron y reavivaron la hoguera, cuyos reflejos iluminaron muy luego la escena.

El capitan y el nuevo cautivo esperaban con ansiedad un rayo de luz de la hoguera para mirarse al rostro y reconocerse. Así que, al primer resplandor viéronse cruzar miradas curiosas é investigadoras entre los seis actores de esta escena extraordinaria, representada en medio de la soledad de una inmensa llanura, y entre las mas calijinosas tinieblas.

—Hola! muy buenos dias, estimadísimo señor Jourdain! exclamó el capitan con regocijo: ¿qué mil demonios hace V. por estos campos á semejante hora?

—Y V. Sr. de Candeuil? pues, si no me engaño, tengo el honor de haberle reconocido á pesar de las vendas ensangrentadas que cubren su frente.... Parece que hemos tenido la misma negra fortuna....

—¿Está V. herido?

—Nó; gracias á Dios! pero este buen señor acaba de matar el mejor caballo que existía en toda la Argelia.

—Buena suerte ha tenido V.; pues su caballo debía estrellarle el mejor dia del año..... Pero ¿quién le manda á V. andar errante como un be-

duino? Esa vida es muy arriesgada para un aficionado que viene de.... ¿De donde viene V., querido señor Jourdain?

Mientras se dirigian estas preguntas que por su incoherencia revelaban los acerbos dolores del pitán, y qu^o produjeron la mayor sorpresa y confusion en el ánimo del último prisionero; el baron y Muller se miraban silenciosos, con una expresion que revelaba en el primero la alegría que proporciona el éxito de una empresa, y en el otro una indiferencia desdeñosa.

—¿Cómo se esplica que nos encontremos los dos en esta situacion, Sr. Candeuil; V. herido y yo atado de pies y manos? Al principio creí haber caido en manos de los beduinos ó de los merodeadores de Abd-el-kader; pero mirándolo despacio solo veo aquí caras europeas y aun francesas si no me engaño.

—Voto á bríos! que debe Vd. tener los ojos encandilados cuando así desconoce el lugar en que se encuentra! interrumpió el capitan.

—No hay tal, puesto que sé que me hallo en la llanura de Habrah, sobre el arrecife de Orán á Mostagan.

—A, já, já! exclamó de Candeuil, si no estuviera viéndole plantificado sobre sus dos piernas, juraría que la bala quemató su caballo había atravesado antes por la mollera de Vd. Sepa Vd. que se encuentra en la mejor sociedad de este mundo. Señor baron, tengo el honor de presentaros al Sr. Jourdain, un ex-agente de cambio, un Cresode gran

talla, venido al Africa, como Vd. para estudiar el idioma de Argel y la guerra Santa; y, además, un simpático y excelente sugeto... Sr. Jourdain, os presento al señor baron Gaston de la Garde, hidalgo de casa solariega, es decir, el príncipe de la elegancia parisiense... Así como V. nos vé, somos dos estorninos que tuvimos la humorada de querer degollarnos á todo trance, esta misma noche alumbrados por la luna, en obsequio y recuerdo de cierta graciosa aventura de carnaval, cuyo principio tengo completamente olvidado.

Cada vez mas y mas admirado, el Sr. Jourdain abría desmesuradamente los ojos como para reconocer el terreno y darse cuenta de las personas en cuya compañía se encontraba; y tanta era su sorpresa, que aun algun tiempo despues de haber cesado el capitan de dar rienda suelta á su verbosidad y buen humor, todavía prestaba oido atento á sus palabras. Por último, volvió la cabeza cual si quisiera lanzar de su mente las confusas ideas que le atormentaban, y exclamó con acento tardo y casi deletreando las palabras:

—Doy á Vd. infinitas gracias, mi querido capitan, por el nuevo amigo que Vd.... conquie usted me honra y favorece; pero confieso que la situacion en que nos encontramos se me antoja un poco turbia... Vuestro desafío, el sitio, la hora, y la manera que tiene este caballero de saludar á las gentes, son cosas todas que están fuera de los alcances de mi inteligencia.

Estas últimas palabras fueron dirigidas á Mu-

ller, quien las escuchó con la mayor indiferencia y á las cuales no se dignó contestar.

—Si se hubiera Vd. parado á la voz de alto! no hubiese Vd. recibido el disparo de nuestro centinela, replicó el baron.

—Confieso á Vd. que mi caballo tuvo la culpa de este desastre. A la voz de alto, contestó volviendo grupa y arrancando á galope tendido por mas esfuerzos que hice por contenerle.

—Por eso sufrió él solo el cástigo.

—De lo que me felicito; como me felicito tambien de encontrarme en tan buena compañía despues de haber creido que estaba en manos de una tribu. Sin embargo; me tomaré la libertad de llamar su atencion acerca de las ligaduras que me sugetan las manos á las espaldas, cosa bastante incómoda hasta para dirigir la palabra á los amigos.

Muller obedeciendo á un gesto del baron, desató al prisionero, quien estiró sus entumecidos brazos lanzando á la par un suspiro que por lo largo parecía un bostezo, y exclamó:

—Estascuerdas me han lacerado mis carnes.... Uf! me he salvado en una tabla...

—¿Qué ocurre de nuevo en Orán? preguntó Gaston aparentando indiferencia.

—El general dispone una salida para apoyar las operaciones militares que las columnas móviles han empezado á efectuar por el Oeste.

—¿Está Vd. seguro de lo que dice? preguntó Gaston con vehemencia.

—Tan seguro, cuanto que estoy encargado de transmitir una orden verbal al gefe que manda en Mostagan.

—Si no temiera cometer una indiscrecion, atreveríame á preguntar á V. de qué se trata, replicó de la Garde.

—Respondo del señor baron como de mí mismo, interrumpió el capitan, que comenzaba á debilitarse y ceder bajo el peso del cansancio y del sufrimiento; no hay en toda Francia ni en toda el Africa, un hombre que sepa guardar mejor un secreto.

—No creo que deba uno desconfiar de un francés, quien quiera que sea, replicó el señor Jourdain, con galante urbanidad; así, diré á ustedes sin rodeos, que se tienen noticias fidedignas de la llegada del gefe el Al-Arbi, al término de Mostagan, y que nuestras tropas deben combinar un movimiento que dará por resultado la prision infalible de tan osado gefe. La caballería le sigue la pista; Oran y Mascara se dan la mano, y la division de Mostagan destacará esta misma noche una fuerte columna. Para que la combinacion comience desde luego á realizarse, es indispensable que yo me presente lo mas pronto posible al general gobernador; y como me quedan todavía seis leguas por delante, me permitirán ustedes, señores, que me ponga en camino sin dilacion.

—Qué seis leguas ni qué seis carabinas...! dijo sonriendo el capitan; está V. un cuarto de hora, á lo sumo, distante de la ciudad.

—¿De qué ciudad? preguntó el prisionero en el colmo de la estupefaccion.

—De Mostagan, voto á brios!

Obedeciendo á una mera señal hecha por el baron, Muller pasó suavemente una cuerda por debajo de los brazos del señor Jourdain y se los sujetó fuertemente.

—Pero, señores, exclamó con angustiado acento el mísero ex-agente de cambio, ¿dónde me encuentro...?

—En la llanura del Sig, respondió con gravedad el baron, en tanto que con el brazo estendido señalaba las primeras tintas de la aurora que aparecían por el Oriente.

En aquel momento, los dos árabes se acercaron á Muller para preguntarle si debían poner las bridas; á lo que el interpelado contestó haciendo con la cabeza un movimiento afirmativo.

Gaston se puso de pié y arrojó en medio de un matorral sus vestidos europeos, púsose un jaique, y muy luego completó su traje elegante y grave de un gefe de tribu árabe.

—¿Quién es V...? exclamó el capitan, incorporándose sobre su brazo y fijando los ojos desmesuradamente abiertos sobre aquel hombre extraordinario.

El baron no se dignó satisfacer á la pregunta, y mandó al negro Mahiah poner al herido sobre un caballo y atarlo con firmeza, pero sin causarle daño.

El señor Jourdain montó sobre otro caballo, y

á una señal de Muller se rompió la marcha.

El peloton de ginetes y peones retrocedió, dirigiéndose hacia el Este á campo atraviesa, para no dejar rastro ni señal de sus pasos; caminando silenciosos como sombras en medio de aquella inmensa llanura donde los hombres se confunden con la vegetacion.

VI.

AL-ARBI.

El sol habíase, al fin, abierto paso entre los nubarrones que desde el amanecer lo velaran á la tierra: sus rayos acababan de romper y reducir á inmensos pedazos el velo cuyos jirones esparcidos y flotantes se movían magestuosamente y en todos sentidos sobre el azul del cielo; dispersos por el viento, empujados por los últimos gemidos de la pasada tormenta, y el arco Iris con sus reflejos brillaba en el firmamento donde todo anunciaba el triunfo definitivo del astro del día.

El suelo agostado por los grandes calores que, desde hacía mas de un mes saturaban la atmósfera y secaban la llanura, había recibido en sus quebradas y profundas grietas los torrentes de lluvia lanzados por las nubes, y dos horas des-

pues de pasada la tempestad el viento Norte llamado gráficamente, la escoba del Cielo; había endurecido la haz de la tierra, limpiado los senderos, y sacudido las doradas espigas de las mieses que esperaban el corvo instrumento del segador.

Las aves de paso levantaban el vuelo hasta perderse mas allá de las nubes ó giraban en bandadas numerosas y en rápido é inteligente vuelo, describiendo en el espacio figuras geométricas perfectamente regulares. Véase el inmenso círculo trazado por el chorlito comun; el triángulo descrito por el chorlito real, y la gigantesca cruz de los bandos de cigüeñas. Los árabes, que tienen hecho un estudio particular de estos fenómenos llamados providenciales por los hijos de la naturaleza primitiva; despues de haber consultado con la vista el cielo, el horizonte, la tierra y el vuelo de las aves; tomaban ejemplo de los habitantes del aire, echaban la silla ó se armaban del garrote, para emprender sus viajes ó correrías á semejanza de los pájaros que les daban la señal de la partida.

Era ya la hora de medio día. La pequeña caravana aprovechando la frescura del día, aguijoneaba los caballos, y se detenía pocos momentos y de dos en dos horas; para proporcionar algun descanso al capitan, que dormía profundamente desde las primeras horas de la mañana. A la sazón cruzaba las gargantas y profundos valles de la montaña, donde su lijero paso levantaba bandos de tórtolas que huían despavoridas á ocultar su

matizado plumaje, su lindo collar negro y su melancólico arrullo, en el espeso ramaje de las encinas. El peloton caminaba observando un silencio que en vano quiso interrumpir algunas veces el dolorido señor Jourdain, cuyas súplicas, preguntas y gemidos, solo obtenian por contestacion tal cual recio culatazo que le aplicaba con la mayor soltura el árabe encargado de su custodia. El prisionero, moral y físicamente estenuado, se había entregado á las mas negras cavilaciones, presintiendo un fin deplorable. Su imaginacion evocaba todos los recuerdos de cuanto había leído desde las cruzadas de Joinville... que le habían trastornado el cerebro, hasta los boletines del ejército francés de Africa que lo lanzaran desde París hasta la Argelia; desde las aventuras de Malec-adh-El hasta su propio actual cautiverio, recuerdos de historias, de leyendas, de novelas, de viajes y de descripciones que se barajaban en su imaginacion y le hacían estremecerse de espanto... Sufría todo género de tormentos á la vez; ya miraba centellar sobre su cabeza el yatagan de los *Schiaus*; ya se sentía colgado por los pies; quemado á fuego lento, descuartizado ó arrancadas sus entrañas... En vano cerraba los ojos; su imaginacion calenturienta le mostraba el horrible semblante de sus verdugos ó á sus despiadados jueces, que fumaban tranquilamente en tanto que le martirizaban, sin dejar de sorber café y chupar tabaco, insensibles á su espantosa agonía. De vez en cuando, y como para exacerbar sus atroces dolores, acudian á su

mente recuerdos de su país, de la patria, del hogar y de la familia; exhibiendo ante sus ojos los tesoros de la vida regalada que había dejado en París... París! París! murmuraba delirante el ex-agente de cambio... y este nombre despertaba en su alma un tumulto de recuerdos, de pesares y de remordimientos...! El pobre prisionero rompió en un copioso llanto; levantó los ojos al cielo, y, por último, dejó caer la cabeza sobre el pecho como un niño cansado de llorar.

¡Funesta ambición que nos cautivas bajo la fuerza de tu voluntad tiránica! Quién busca el oro con hidrópica sed, quién los honores y las dignidades con loca vanidad, sin detenerse para mirar en pos de sí. Caminamos todos hacia delante fijos los ojos sobre aquellos que nos dominan por la riqueza ó por el rango... Hay muchos que ciñendo la espada envidian la existencia tranquila del labrador, y hay, quienes gozando de todas las comodidades de una vida opulenta y sibarítica, sueñan con las emociones guerreras, con la gloria y el estrépito que acompaña á los conquistadores.

A estos últimos pertenecía el señor Jourdain. Dueño de una inmensa fortuna, había vendido el bufete de su padre después de haberlo dirigido algún tiempo, arrastrado por el deseo de recorrer los campos de batalla. Para familiarizarse con la vida militar, aprendió de memoria todos los autores clásicos que tratan de la guerra, desde Pausanias hasta los mas modernos. Sin embargo, harto muelle y afeminado para vestir el rudo ar-

nés, tuvo la feliz ocurrencia de inventar un magnífico uniforme de capricho, con el cual se presentó en Africa, y se alistó en el numeroso escuadron de esos héroes de pega, que corren valientemente desde el café de Tortoni á las azoteas de Argel y viceversa, y que tienen bastante valor para cabalgar á la sombra del estado mayor del general, con el intento de exigir su porcion de gloria sobre el campo de batalla y de ver su nombre en los boletines de las operaciones militares; gloria de que hacen imprudente alarde en los salones de Paris, luciendo una cruz en el frac, y una desvergonzada sonrisa en los lábios. El señor Jourdain figuraba en la primera línea de esos Aquiles de almidon y agua de colonia, que son una verdadera plaga en el ejército de Africa.

Como la senda que cruzaba la caravana se estrechaba notablemente y el caballo que conducía al capitan acortaba el paso, el que montaba el ex-agente de cambio vino á colocarse en la misma línea, y los prisioneros se encontraron uno al lado del otro, en tanto que el negro Mahiah caminaba delante, y el esclavo su compañero los vigilaba á retaguardia. Tantos suspiros, lamentos y congojas, hubieron, al fin, de despertar al capitan, quien incorporándose sobre un codo y levantando el pañuelo que le pusieran sobre la cara para escusarle las molestias del sol, exclamó:

—Hola! señor Jourdain; ¿cómo vá ese valor...? Pero... ¿qué es eso...? lléveme el diablo si no está V. llorando...! Bah! ¿en qué piensa V...?

—En Francia, ay de mí!

—Es V. el hombre mas inconstante que pasea las cuatropartes del mundo, estimado camarada... título que tanto ha ambicionado y que desde hoy le prodigaré á manos llenas.

—Muchas gracias, señor de Candeuil; verdad es que me alhaga mucho, pero... no es cosa que... que...

—Estoy al cabo, hombre superficial y ligero..! En París no se oía á V. hablar de otra cosa que de el Africa, de la caza de leones, de razias, tribus, camellos y beduinos... Despidió V. á su cocinero porque se negó á deshonrarse guisando un plato de alcuzcuz... No le faltará á V. alcuzcuz estos dias, pierda V. cuidado... Y ahora que estamos en Africa, en tierra de los cartagineses, en el seno de las emociones y voluptuosidades de la vida nómada, apuesto á que echa V. de menos la ópera, los paseos por el bosque de Bolonia, y.... lo demás... Todavía ayer pedía V. á todo militar el título de camarada, deliraba por las charreteras, y juraba V. por Alejandro, César y Bonaparte; y hoy que prodigo á V. aquel dictado, lo recibe como quien oye llover y le concede la misma importancia que doy yo á estos bribones que nos rodean.

—Por Dios, capitan; hable V. mas bajo... pueden oirnos.

—¿Y qué?

—¡Desdichado! va V. á dar motivo para que nos descuarticen...!

—Ese es nuestro oficio.

—¡Nuestro oficio...! exclamó el señor Jourdain con espanto.

—No somos militares! preguntó sonriendo el capitán.

—Yo soy, todo lo mas, guardia nacional... replicó el ex-agente de cambio, exhalando un hondo suspiro arrancado por los punzantes recuerdos de su bien perdido.

—En cuanto á mí, continuó el capitán, no me encuentro del todo mal en este sitio... Hubiera preferido morir á caballo en la última expedición... pero no me quejo de mi poca suerte.... Fusilado ó degollado, de todas maneras tal debe ser la muerte del soldado y esto me consuela.

—Ah! señor de Candeuil; ¿y no echa V. de menos á sus amigos de París; aquellos jóvenes á quien aventajaba V. en elegancia?

—Bah...! acaso ¿se acuerdan ellos de mí?

—¿Y aquellos bailes espléndidos...?

—Pst, hizo el capitán: pst... si, y no... Escúcheme V. señor Jourdain: si escapa V. de este mal paso donde nos hemos metido hasta la barba, espero que me hará V. un favor de buena voluntad, ¿no es esto?

—En dudarle me hace V. una ofensa... Véamos ¿qué debo hacer?

—Lo diré á V. donde hagamos noche.

—Y ¿tendremos dónde hacer noche?

—Lo que es eso no nos faltará.

—¿Qué quiere V. decir... ¡Gran Dios...!

—Digo que es muy probable, respondió el ca-

pitán con su natural despreocupación, que nos darán pasaporte antes de sol puesto.

—¡Ay de mí...! ¡Ay de mí!

—Por mi parte estoy completamente tranquilo.

—¿Quién pudiera decir otro tanto?

—Usted salvará el pellejo, y el mejor día del año será V. canjeado.

—Eso mismo le acontecerá á V.

—A mí no; porque soy algo mas que un prisionero... soy víctima de una infame alevosía... y ese cobarde y miserable que ha abusado de mi confianza me destina para el sacrificio.

—Mi querido camarada... mi querido capitán, quise decir; esto es inaudito, y le ruego que me lo explique de alguna manera. ¿No me ha presentado V. nuestro raptor conocido con el nombre de barón de la Garde, y que tanto ruido hizo el invierno último en los salones de París?

—Sí, señor.

—Qué relación existe entre ese caballero y el gefe árabe que nos ha hecho prisioneros?

—Pregúnteselo V. al mismo demonio en persona, pues á mí no me es posible satisfacer su curiosidad... Venga lo que viniere y suceda lo que quiera, esta noche daré á V. mis instrucciones respecto al favor que espero obtener de su amabilidad; y si es cosa que V. solicite igual ó parecido favor de mí, me pongo á sus órdenes como hombre de honor.

—Tengo todos mis asuntos arreglados, dijo el

ex-agente exhalando un suspiro.

—¿Es decir, que puede V. morir en regla sin dejar pleitos de ultra-tumba...? ¡Qué feliz es V.!

—¿Es posible que esté V. de humor de chancarse...?

—¿Tienen ustedes conversacion para mucho tiempo? preguntó Muller con voz imperiosa.

Jourdain aterrado dirigió una mirada suplicante hacia el veterano, y en seguida bajó los ojos, imitando con esta pantomima la sumision del niño tímido que se humilla ante la autoridad del pedagogo. El capitan, por el contrario, buscó con tenacidad los ojos de su enemigo, y habiéndolos encontrado, clavó en ellos una mirada de soberano desden.

—Mahiah! dijo Muller, ata al prisionero por el cuello, pues el movimiento del caballo le molesta mucho.

El negro obedeció con tanto celo, que por poco no estrangula al capitan, tanto quiso asegurar la cuerda.

—Miserable y cobarde...! gritó el paciente.

El veterano respondió á este insulto con una súbita contraccion de sus ojos y de sus labios, que trasformó de una manera singular los rasgos de su fisonomía; luego pasose la mano por el largo bigote gris que daba á su semblante una expresion austera y marcial; y volvió la cabeza á otro lado silbando uno de sus aires favoritos.

Al oir la voz de Muller, Gaston detuvo su caballo, dejó pasar al negro, y preguntó al capitan,

con acento que revelaba la mas tierna solicitud:

—¿Se le ofrece á V. algo, señor de Candeuil?

—Sería necesario ser el hombre mas exigente del mundo y menos fácil de contentar para desear otra cosa que no sea la continuacion de vuestro excelente proceder; señor... señor... Cuando sepa quién es V. le llamaré por su verdadero nombre...

—El baron de la Garde... ¿tan flaca tiene V. la memoria que se le haya podido olvidar en tan poco tiempo? respondió Gaston fijando una mirada centelleante en los ojos del capitan.

—Yáaa... Pues bien, señor baron, ruego á usted que se sirva dejarme dormir en paz, replicó el capitan con sonrisa desdeñosa; y luego añadió cerrando lentamente los ojos:

=Buenas noches.

—Perdonadle, murmuró Jourdain, está delirando... su herida... el sitio...

—Silencio, mandria! gritó el baron, y al mismo tiempo enarboló el latiguillo de la brida, para azotar el rostro del importuno suplicante, pero lo dejó caer sin llevar á cabo su amenaza, y se acercó á Muller con quien trabó muy luego una animada conversacion en voz baja.

El negro Mahiah ascendía, en este instante, un cerro muy pendiente, árido, y cuya tierra arenosa y rojiza contrastaba con las alturas cubiertas de vejeticion que los raptores habían cruzado hasta entonces. Pasado el cerro, los ginetes se encontraron sobre una esplanada que rodea varias alturas

sombreadas por espesos bosques, y que corre hácia el Oeste por una pendiente suave, hasta las llanuras reunidas del Sig y del Habrah: llanuras cuya vasta estension ofrece á la vista, y en todos tiempos, una inmensurable sábana florida, uniforme como la superficie de un lago tranquilo, silenciosa como el desierto, y frecuentada de trecho en trecho por grandes piaras de bueyes, carneros y camellos, que pastan en ellas guardadas por algunos pastores á caballo.

En cuanto apareció la caravana sobre la esplanada, vióse rodeada de ginetes árabes que corrían á rienda suelta lanzando gritos. Gaston se adelantó, levantó con una mano las faldas de su albornoz (1) y las agitó para descubrirse, en tanto que su caballo, obedeciendo á dos vigorosos espoleazos, se recogió y dió uno de esos botes tan maestros como prodigiosos, que tanto contribuyen á la reputacion de los buenos ginetes africanos.

Los árabes contestaron al saludo del baron con las mas ruidosas exclamaciones, y el grito *Al-Ar-bi...!* corrió de boca en boca, en tanto que los mas cercanos al gefe se apearon para besar sus estribos, sus botas y sus espuelas. Aquellos que por estar mas distantes no podían cumplir con tan respetuosa muestra de obediencia hacia el misterioso personaje; extendían el albornoz bajo los

(1) Los árabes acomodados, visten generalmente dos albornoces, blanco el uno y el otro negro. El blanco sirve á manera de forro al negro, lo cual dá bastante gracia al vestido.

pies de su caballo, para que quedase bendecido por el contacto de aquel génio divino.

Al oir repetir con tan ruidosas aclamaciones un nombre que tantas veces había estimulado su valor, el capitán sintiendo despertarse sus recuerdos guerreros y ardiendo en deseos de encontrar al fin al gefe invisible que, hacía cuatro años, era la constante preocupacion del soldado; aquel gefe extraordinario cuyos hechos daban asunto para escribir ó narrar mil y mil acontecimientos militares, mas ó menos verídicos, pero todos ellos heróicos ó sobrenaturales, hizo un esfuerzo para incorporarse y miró á derecha é izquierda para satisfacer su curiosidad, que quedó una vez mas burlada. Verdad es que la posicion del cautivo sobre el caballo, no era la mas á propósito para realizar sus deseos, pues teniendo la cabeza acostada y sujeta sobre la cruz del animal, le era fácil hacer, en esta actitud, cuantas observaciones astronómicas fueran de su agrado; pero en manera alguna podía inspeccionar las cosas que pasaban en su derredor, y menos darse cuenta de aquellas que ocurrían á algunos pasos de distancia por el frente ó por detrás de su caballo. En tal momento Jourdain, aprovechando el tumulto y una distraccion de Muller, se acercó al oficial cuya presencia de ánimo é inalterable buen humor eran el único lenitivo que encontraba en la terrible situacion porque estaba pasando, y le preguntó con acento que revelaba la inquietud de su ánimo y el sobresalto de su corazon.

—Señor de Candeuil, ¿podrá V. decirme lo que aquí está pasando, y explicarme la significacion de este tumulto salvaje?

—Y, á V. qué le importa? respondió el capitán; es V. mas curioso que una muger.

Es evidente, que en los peligros así como en todas las situaciones morales que someten al hombre á duras pruebas, los caracteres débiles se adhieren á los animosos, para tomar fuerzas con el ejemplo ó para hacer de ellos un escudo que los proteja contra los terrors de su espíritu. Así, que el ex-agente de cambio, que había recurrido á su compañero de cautividad para hacer frente de cualquier modo, á la catástrofe que los gritos y los disparos de los árabes le hacían temer, al oír la respuesta del capitán, sintió desvanecerse hasta cierto punto sus terrores, por mas que la respuesta fuese bastante ambigua y un si es no es desatenta.

—Que no pueda yo tener esa sangre fría, capitán, dijo. Es V. un hombre verdaderamente extraordinario.

—Y, sin embargo, mi querido señor Jourdain, no hay cosa mas fácil, que el tener esa sangre fría.... Parta V. del supuesto de que, hagamos lo que hagamos, antes de que se ponga el sol seremos ahorcados ó degollados... Y una vez convencidos de esta verdad, y armado de la santa virtud de la resignacion, nada le sorprenderá á V.; ni la perspectiva de la muerte, ni la gritería de esos forajidos.

—Ay de mí, señor! adquirir ese convencimien-

to y esa santa virtud, son el hito de la dificultad.

—Bah!, exclamó el capitán, dejando vagar por sus labios una tranquila sonrisa; y como si esa breve exclamación hubiera resumido todo en su manera especial de ver las cosas, guardó silencio.

—Pero, en suma; ¿en qué lugar nos encontramos? Reconozco perfectamente la llanura del Sig; pero el camino que hemos traído es tan accidentado, que, á decir verdad, ha perdido el rumbo mi memoria.

—Pues, si reconoce V. la llanura del Sig, debemos hallarnos entre los Medgeres, amigos nuestros y en cuyo territorio he vivaqueado hace dos días con mi regimiento.... ¿No ve V., hacia la derecha una montaña de peñascos cubierta de malezas?

—Sí, señor.

—Pues, nos encontramos en Sidi-Madeyr, en territorio Medgerizo,... y, ya pierdo los memoriales y no se lo que nos pasa....

—He oído decir con frecuencia, que los hombres de esta tribu, son fieles aliados nuestros, exclamó Jourdain, que parecía consolarse con este recuerdo; y creo que hemos procedido con ligereza al calificar de la manera que lo hemos hecho la conducta de nuestros raptos.

Los árabes habían salido poco á poco de sus aduares (1) y la tribu entera de los Medgeres,

(1) El aluar es la reunión de todos los individuos de una familia cuyas tiendas están situadas en círculo: una tribu, pues, se compone de un número más ó menos considerable de aduares.

hombres, mugeres y niños, se agolpaban formando una espesa muralla viviente á los lados del camino que Gaston y su escolta tenían que recorrer para llegar á la tienda del Cadí. Los gritos y exclamaciones de alegría iban en aumento. El nombre de Al-Arbi, circulaba entre la muchedumbre como una chispa eléctrica, provocando atronadoras explosiones de júbilo, produciendo frenéticas demostraciones de entusiasmo, y dando irrecusable testimonio de la inmensa significacion que tenía la llegada de Al-Arbi entre los Medgeres.

—¿Cómo se esplica que nuestros aliados invoquen con tan fanático entusiasmo el nombre de nuestro mas encarnizado y temible enemigo? preguntó Jourdain en voz baja.

—Porque nuestros supuestos aliados son realmente nuestros enemigos, mi valiente camarada, contestó el capitan.

Esta respuesta dió por tierra con las rientes esperanzas del desventurado ex-agente de cambio.

—Voto á bríos! continuó Candeuil, alzando la voz y haciendo esfuerzos por aflojar los lazos que le oprimían el cuello, á fin de levantar la cabeza; que no pueda yo echarme á la cara ese bribon de Al-Arbi...!

—Absténgase Vd. de hacer esos movimientos bruscos, caballero de Candeuil, dijo cariñosamente Gaston, quien habiendo oido la exclamacion del capitan había vuelto el rostro hacia él y le miraba con severidad; no olvide Vd. que está herido y

que su estado exige muchos miramientos.

El sarcasmo hirió en lo vivo al prisionero, que permaneció silencioso y ahogó la cólera en un estremecimiento nervioso. Empero la respuesta que sus lábios se negaron á dar, sus ojos la espresaron fijando en los del baron una mirada saturada de orgullo.

En este momento detúvose el árabe que iba de avanzada, y Gaston se adelantó, haciendo caracolear su caballo, para salir al encuentro del Cadí, que acababa de abandonar su tienda.

Los beduinos arrancaron al galope por la esplanada, formados en filas de cuatro, ocho, y diez y seis ginetes, y corrieron la pólvora disparando sus espingardas en todas direcciones, celebrando de esta manera y con sus gritos el encuentro de su gefe con el recién venido.

A la distancia de treinta ó cuarenta pasos, el Cadí y Gaston llamaron sobre las piernas sus respectivos caballos, y luego los lanzaron el uno contra el otro en actitud de combate. Llegados á conveniente distancia, hicieron una parada en firme, colocáronse ambos la mano derecha sobre el corazon para saludarse, y luego puesto al lado uno del otro, rompieron la marcha hácia el principal de los aduares, en medio de los árabes que los rodeaban y les prodigaban las mayores muestras de respetuoso entusiasmo y admiración.

El campamento de los Medgeres, estaba situado en la estremidad de la esplanada en el borde de

una profunda barranca tapizada de maleza y cruzada por algunos senderos. El aspecto de todas aquellas tiendas de campaña, espaciosas, redondas y bajas, colocadas en círculo al rededor de la del jefe, traía á la memoria el recuerdo de las descripciones bíblicas y del pueblo de Dios. Los rapazuelos azomaban su moreno semblante y cabeza afeitada bajo los haiks que cierran la entrada del *gueitum* (1) de cada familia; algunas mugeres descubierto tímidamente el rostro, contemplaban á hurtadillas las maravillas de la *fantasía* (2), y los ancianos fatigados con el peso de los años, hacían esfuerzos para levantarse á fin de tomar parte en la alegría de sus hijos. Los caballos trabados delante de cada tienda, aguzaban las orejas, y tomaban parte en la fiesta con sus frecuentes y prolongados relinchos; en fin, los perros y los rebaños mezclados en el campamento de sus dueños, tomaban parte en el concierto de gritos y voces conque recibían la tribu á los recién venidos, y formaban como si dijéramos, el eco de aquel alegre tumulto que conmovía los aduares y los cerros próximos al campamento.

Muller había tomado á su cargo el cuidado de los prisioneros, y sus ojos vigilantes no los per-

(1) Tienda construida de tela tejida con pelo de camello. Es redonda, espaciosa, baja y de color rojo.

(2) La VOZ FANTASIA, que pertenece á la jerga que habla el vulgo en Argelia, significa en general, toda fiesta celebrada con lujo, pero se aplica especialmente á las funciones militares y á los ejercicios ecuestres.

dían de vista un solo momento.

Los raptos entraron en el aduar del Cadí.

Dos esclavos se abalanzaron el uno á la brida y el otro al estrivo del caballo de Gaston, quien se apeó lentamente para dar lugar á que los árabes agrupados en su derredor besasen respetuosamente su albornoz.

El Cadí condujo al baron á su tienda, y desde el momento en que hubieron penetrado en ella dos *Schiaus* provistos de sendos palos, arrojaron de las inmediaciones la multitud de curiosos que se agolparon sobre el terreno.

Muller permaneció á caballo á la distancia de veinte pasos de la tienda del Cadí, con los dos esclavos que vigilaban á los cautivos.

Terminados los saludos, felicitaciones y preguntas acerca de la familia, que son los preliminares de toda conversacion entre amigos que se visitan despues de una ausencia mas ó menos larga; Gaston se recostó sobre una alfombra al lado del jefe de la tribu, y tomó una taza de café que un niño le ofreció, en tanto que un negro le descalzaba las botas de montar y las espuelas. Concluidos todos estos preliminares, el baron dijo al Cadí, en el mas culto árabe.

—Antes de que tratemos de negocios, es preciso, cid, que dispongas alojamiento para mis prisioneros; advirtiéndote que no quiero que los vea ninguno de los tuyos.

—Los Medgères, respondió el gefe, tienen vista de lince, pero son mudos como las piedras: sin

embargo para evitar toda sorpresa, voy á enviar á mis mugeres en casa de mis nueras, y los encerraremos en la tienda de aquellas... Es lugar seguro é impenetrable.

—Gracias... Deseo tambien que llames á tu médico; pues uno de esos cristianos está herido;

El Cadí pronunció algunas palabras al oido del muchacho que había servido el café, y aquel se dirigió inmediatamente hacia una cortina que dividía el interior de la tienda en dos partes y desapareció detrás.

El gefe y Gaston permanecieron silenciosos. El Cadí fumaba y saboreaba una taza de café y Gaston, que había bebido la suya de un solo trago, mascaba los granos á medio moler contenidos en las hezes, (1) como entusiasta de gusto delicado.

Pocos momentos despues, el muchacho que recibiera las órdenes del gefe, llegóse á Muller y le dijo que le siguiera. Los pocos curiosos que permanecían junto á los prisioneros se dispersaron viéndolos marchar.

Gaston alzó los ojos y paseó una mirada investigadora sobre todos los objetos que decoraban la tienda del Cadí. Esta, bastante modesta y humildemente alhajada, era una doble marquesina sostenida sobre dos pies derechos, semejante á las que los gefes aliados exigen de la gene-

(1) El café de los moros y de los árabes es una mezcla de la infusion con las heces. Despues de beber el café propiamente dicho, mascan los granos que quedan en el fondo de la taza.

rosidad francesa; y la tela estaba cubierta por la parte de afuera, de un tegido de pelo de camello impenetrable al sol y á la lluvia. La puerta de entrada sostenenida por dos asnas inclinadas y movibles, se prolongaba, levantada hacia el oriente para proyectar mucha sombra sobre el umbral y para mantener una corriente de aire fresco en el interior. Una hermosa alfombra de Kalah, (1) algunos almohadones forrados de terciopelo, y magníficas armas colgadas formando trofeos en el pie derecho central; completaban la decoracion del interior de la tienda de aquel gefe que tenía renombre en la provincia.

Cuando el baron hubo terminado su minucioso exámen, exclamó, con acento que revelaba disgusto:

—Los franceses te enriquecen mas y mas cada dia...

—La astucia quiere que aceptemos todo lo que se nos dá, respondió el Cadí, bajando humildemente los ojos.

—'Todo...! hasta las armas de que se sirven los aliados para combatir á sus hermanos.

—Esas armas se volverán un dia contra los mismos que la dieron.

—Sí! la sabiduría de Dios lo quiere! y, ¡desgraciado de aquel que se muestre sordo á la voz de Al-Arbi, cuando Al-Arbi haga su llamamiento á todos los fieles creyentes..... cuando el ángel del

(1) Kalah, ciudad de la provincia de Oran, célebre por la fabricacion de alfombras.

dia último (1) aparezca sobre su caballo de fuego, llevando en una mano el *libro* (2) y en la otra la espada; bien aventurados los que hayan escuchado aquella voz!.... Bienaventurados, porque tendrán su parte en el Paraíso!... Su felicidad será interminable, voluptuosa, suprema en proporcion al número de cristianos que hayan encontrado la muerte en sus manos en la batalla.... serán reyes entre los ángeles!.... Pero aquel que se haya corrompido con alianzas impuras que el Profeta ha consentido á su pueblo, para los fines de su venganza; aquel que haya perdido la fé, viviendo entre los condenados al fuego eterno, será maldito!... ¡Desgraciado de él!....

El Cadí se inclinó hasta tocar con la frente el suelo y lo besó con humildad.

Gaston había pronunciado aquellas palabras proféticas con solemne é inspirado acento y escuchádolo su huésped con profunda sumision. No era ya el baron de la Garde; no era ya aquel jóven que vimos en Mostagan de fisonomía movil, fina y simpática; de mirada melancólica, acento afectuoso, gracioso andar y vestido con la mas refinada elegancia... era el tipo del musulman fanático y sombrío cuya frente severa, mirada fija, gesto inmóvil y voz alta é imponente, anuncia la cólera y la misericordia de un Dios ultrajado. Los perfiles delicados de aquel rostro que rebozaba entusiasmo y juventud,

(1) El ángel que debe tocar la trompeta el dia de la resurreccion.

(2) El Coran.

habíanse trocado súbitamente, velados por una palidez mate que los envolvía como en un sudario. Bajo los pliegos del jaique que le servia de marco, la cabeza del baron había perdido todos los rasgos característicos de la raza europea; é imagen fiel del corazon, su semblante rebozaba odio implacable y altanera fiereza.

—¿Alá ha protejido tu largo viaje? preguntó el Cadí.

—Si.... puesto que vengo á predicar la guerra santa y la implacable venganza.... He visto de cerca ese pueblo orgulloso y enemigo nuestro, y tengo sus destinos en mi mano.

El Cadí inclinó la frente y dijo:

—¿Quiénes son esos prisioneros que has traído en tu compañía?

—Son dos grandes enemigos del Profeta quien me ordenó apoderarme de ellos y he obedecido....

—Eres grande, piadoso y justo!... ¿cómo has podido llevar á cabo esa empresa peligrosa?

—El ángel me habló en sueños, y me mandó apoderarme de esos dos cristianos en medio de sus hermanos, atarlos sobre los caballos, y presentárselos á mi padre.... He obedecido.

—¿Sin riesgo?

—Sin riesgo.

—Eres el hijo predilecto del Profeta; los ángeles son tus amigos!

—Soy un esclavo del Todo Poderoso.

El Cadí inclinó la frente.

El baron continuó:

—¿Tuvistes noticias del judío Samuel?

—Me ha enviado un mensajero que llegó esta madrugada y me dijo que pasaría por mi territorio en la noche de mañana para cumplir ciertas órdenes que le has comunicado.

—Está bien... Te prevengo. y es mi deseo, que la persona que le acompañará sea tratada con las mayores consideraciones.... Es mi esposa.

—Se le harán los mismos honores que á las del Profeta.

En este momento llegó, galopando á toda brida, un ginete que se apeó precipitadamente de su caballo á la entrada de la tienda, y exclamó con voces descompasadas:

—¡Los franceses se acercan!.... ¡Los franceses han llegado ya!... ¡Ocultate Al-Arbi!... ¡Guardate Al-Arbi!....

Al oír estos gritos de alarma, Gaston se puso en pié con celeridad é hizo una señal de inteligencia al Cadí.

Este se puso una mano sobre el corazón é inclinó la cabeza.

El baron desapareció detras de la tapiceria que dividia la tienda del gefe de la tribu.

El Cadí esperó inmóvil y sereno la llegada de sus nuevos huéspedes.

VII.

MAHIAH.

A cincuenta pasos de la tienda del Cadí alzábase las de sus mugeres.

Un banderín verde y blanco ondeaba en su vértice y algunos *haiques* cerraban sus entradas, ocultándolas á los ojos de los profanos: una negra, de fisonomía indijesta, estaba sentada á la sombra de la tienda, moliendo silenciosamente entre dos piedras algunos puñados de cebada. De vez en cuando esta muger, vieja, fea y horriblemente pintarrajeada, á la usanza de los salvajes, alzaba su repugnante rostro; y entonces, sus ojillos vivos y lucientes como los del gato montes, dirigían miradas maliciosas en derredor de la tienda cuya guarda exterior le había sido confiada.

La presencia de aquel centinela vigilante era la mejor defensa de la tienda de las mujeres del Cadí, y el tenaz obstáculo que encontraban los curiosos indiscretos.

Esta tienda estaba bastante mejor alhajada que la del Cadí. Una magnífica alfombra tunecina sobrepuesta á otras dos de inferior calidad cubría todo el suelo; y el reflejo de sus vivos colores apagaba el brillo de las lentejuelas de plata, bordadas sobre la tapicería que guarnecía el interior y la cúpula de aquel pabellon elegante.

Varios vestidos de muger puestos al desgairre sobre taburetes, y algunos pares de babuchas ricamente bordadas de canutillo de oro, pequeñas, entrelargas y graciosas, esparcidas por la alfombra; manifestaban á las claras que la tienda había sido desalojada precipitadamente por sus verdaderos moradores.

Una pipa turca provista de tres largos tubos flexibles, rematando en boquillas de ambar y sumergida en un globo lleno de agua, en tanto que su hogar, encendido todavía, exhalaba el perfume de la rosa; un espejito de acero con un marco tallado segun el estilo del renacimiento. arrojado sobre un cojin; almohadones de seda, de terciopelo y tapicería puestos aquí y allí, con indolente desórden; sandías, naranjas, granadas y limones, esparcidos sobre una esterilla de palma puestas junto á un divan entre flores y yerbas olorosas.... tal era la decoracion, el lujo, el mo-

biliario y la coquetería de la tienda de las mujeres del Cadí.

En tanto que el mayor número de los Medgeres acudía al encuentro de los franceses, acercábase Mahiah, con precaucion á la tienda descrita. Sus miradas inquietas y la movilidad de sus ojos manifestaban el cuidado que ponía en no despertar la atencion de los Schiaus y de los individuos de la tribu que permanecieron en los aduares. Fingiendo buscar con ahinco un objeto extraviado, el negro ganaba terreno poco á poco, andando ya de espaldas, ya de costado, á paso corto ó á pasolargo, hasta que estuvo próximo al sitio donde la vieja trituraba la cebada, silenciosa, cabizbaja y sin interrumpir su trabajo.

Así que estuvo á pocos pasos de la negra, Mahiah castañeteó la lengua é hirió el suelo con el encallecido talon de su desnudo pié. La esclava no movió la cabeza; mas púsose á cantar con acento nasal una cancion cuyas palabras eran ininteligibles. Mahiah avanzó un paso mas; infló sus gruesos labios, y silbó como las serpientes cuando se ocultan huyendo en la maleza.

La negra volvió la cabeza al lado opuesto; y continuó cantando y moliendo aceleradamente la cebada.

—Me hicistes seña para que me acercase..... Heme aquí, dijo Mahiah.

—¿Eres tú el hijo de mi hermana? murmuró la esclava, sin interrumpir á penas su cancion y fingiendo volver la espalda á su interlocutor.

—Sí.

—¿Eres siempre leal servidor del Haitlausfan? (1).

—Sí.

—Tienes fé, todavía en el poder del Djelep? (2).

—Sí.

—Pues bien; en nombre y por la virtud del *Sambel* y del *Calcari* (3) escucha, hijo de mi hermana, y guarda en tu memoria todas mis palabras como otras tantas órdenes sagradas que voy á comunicarte en nombre de nuestra raza.

La esclava cambió de idioma y continuó en lengua cafre.

—¿Donde vas?

—Lo ignoro.... mi amo tiene proyectos que solo Dios puede penetrar.

—¿No caminais hacia el Oeste?

—Eso creo.

—No pierdas tiempo en el camino; anda via recta y de prisa, y no descanses sino lo estrictamente necesario á fin de que antes de quince dias te encuentres en la tribu de los Beni-kiza.

—¿En el país de mi padre? preguntó Mahiah, besando el suelo sobre el cual se arrastraba con las rodillas y las manos desde el principio de la conversacion.

(1) EL HAITLAUSEFAN, este es el título del gefe de los negros dispersos en los estados berberiscos.

(2) EL DJELEP es una ceremonia que tiene por objeto invocar al demonio.

(3) El SAMBEL es una esencia, y el calcari es una madera que juegan un gran papel en el DJELEP.

—Allí verás á tu madre.

Un grito se escapó del pecho de Mahiah: grito que partía de lo mas recóndito de su corazon y que la esclava trató de cubrir subiendo las notas agudas de su canto gutural; luego continuó:

—Sobre nuestra raza ha caido una maldicion... ¡Tú lo sabes, hijo de mi hermana... No puedo volver los ojos hacia tu rostro para contemplarte con orgullo.

—¡Harto lo sé y lo lloro!

—¡Hemos sido vencidos...!

—Lo sé.

—Hemos sido vendidos...!

—Lo sé....

—Tú has nacido en el oprobio de la esclavitud... Tu madre era hermosa, su belleza no tenía rival en todo el curso del rio Amarillo... Su padre era rey de Litakú... Tienes sangre real en las venas; y, sin embargo, te tratan como á un perro...! Tus mejillas no llevan impresas las señales de la esclavitud (1)... ¿Tendrás valor para obedecer al Grande Espíritu? (2)

—Obedeceré.

—Si así lo hicieres, ¡gloria á tí, hijo de mi hermana, porque vengarás á tu madre, hija de los reyes Gaikas, y á tu tia. muger del gran Makha-

(1) Los negros emancipados en Marruecos y en la regencia, llevan en las mejillas, en señal de su antigua esclavitud profundas incisiones cruzadas ó paralelas.

(2) El espíritu invisible de los cafres.

ba (1) hoy esclava abyecta y miserable como tú, y volverás al Kraal (2) regenerado de tu familia, y las mugeres del Monte-Luciente celebrarán con danzas tu regreso (3).

Mahiah escuchaba con el mayor respeto las predicciones de su tia, é inclinando la cabeza, le preguntó con acento que revelaba su profunda resolución:

—¿Qué me mandas tú?... ¿Qué quiere mi madre...? Habla, obedeceré.

—El Grande Espíritu me tenía anunciada tu visita y te esperaba. Si tu no hubieras venido, habría ido á buscarte hasta el gran desierto, no obstante estar encadenada por esta argolla de hierro de la esclavitud..... Tu madre está de regreso entre los Beni-kiza;... Ha llegado allí para morir...

Mahiah exhaló un gemido prolongado.

—Tu madre es sabedora de muchos secretos; ha visto y oído mucho en este mundo donde hemos padecido tan acerbos dolores, nosotros pobres hijos de los Boshuanas... Tiene muchas y terribles cosas que revelarte; y si llegas á tiempo para escucharlas, tú serás el glorioso salvador de nuestra

(1) GAIKA y MAKHABA, dos razas de reyes de los cafres rojos, que avecinan el Cabo.

(2) El KRAAL, es la tribu cafre.

(3) La Montaña-Luciente, DGEHEL-BLINK, llamada así á causa de las piedras brillantes que la cubren y que se parecen al plomo con que se fabrican los lápices ingleses. Está situada á ocho jornadas del río Oranje en el territorio de los Bushuanas.

familia proscrita y deshonrada...

—¿Debo ponerme en camino esta misma noche?

—No; porque serías detenido y preso aun que tuvieras la agilidad del avestruz y del zamba (1). Todos los hombres de este país son leales partidarios de Al-Arbi, tomarían por un espía... y te cortarían la mano derecha que debe herir sin tregua ni misericordia, y la cabeza que debe concebir la venganza prometida.... Sigue mis consejos que son seguros é hijos de la prudencia.

—Los seguiré puntualmente.

—El Djelep me ha revelado que Al-Arbi, á fin de burlar á los cristianos, se pondrá en camino para Marruecos. Siendo así, no te faltará un pretexto para dirigirte á la tribu de los Beni-kiza... Pocas horas te bastarán para oír las revelaciones de tu madre... pero toda tu vida no será bastante para dar cumplimiento á la voluntad del Grande Espíritu... Te apresuraras....

—¿Dónde encontraré á mi madre...?

—En la gurbia (2), donde has nacido... Ahora, pues, á Dios... Nos observan; vete... Te veré otra vez antes de morir...

La esclava entonó de nuevo la canción que había interrumpido durante algunos instantes.

(4) El zámbo es un animal casi fabuloso, del cual se alimentan los cuentos y consejos de los negros. Algunos viajeros pretenden que este nombre es del elefante, en dialecto cafre. No estamos lejos de participar de esta opinion.

(2) Gurbia, choza de los kabilas.

—¿Habré de seperarme de tu lado sin darte un beso en la frente?

—Acaso ¿no he abandonado yo el hogar de mi familia sin recibir esa caricia de mis deudos?

—¿Están las mugeres del Cadí dentro de la tienda con los cristianos prisioneros cuando así permaneces de centinela?

—Las mugeres han salido; los prisioneros están solos... Estoy aquí para distraer las sospechas de los cristianos que acababan de entrar.... Aléjate de mi lado... huye... no busques ocasion para hablarme... Sé mudo... vete...

Mahiah no se hizo repetir la órden. Deslizóse como una culebra entre los palmitos enanos que rodeaban el campamento de los Medjeres, y, dando un gran rodeo, regresó á la miserable choza donde se alojaban los esclavos.

Durante el diálogo entre la negra y su sobrino, en el interior de la tienda de las mugeres del Cadí se representaba una escena á la vez grave y cómica.

El capitan estaba acostado de espaldas, con la cabeza apoyada sobre un cojin y el cuerpo estirado sobre la alfombra. Sus ojos contemplaban con deleite y sus lábios sonreian con gozo, estasiados ante la graciosa perspectiva de aquel encierro secreto de las damas africanas, y solo de vez en cuando dirigía una mirada de profunda conmisericion sobre su compañero de cautiverio.

Este, sorprendido tambien por la rareza y no-

vedad del lujo que le rodeaba, había desechado sus terroríficas aprensiones, y recobrado un poco de buen humor y un mucho de su fatuidad *suig'neris*. Miraba complacido al capitán y respondía á las chistosas o urrencias del mismo, con algunas agudezas mal traídas que anunciaban cierta perturbacion en las facultades de su inteligencia. Sin embargo, el ex-agente de cambio procuraba no dirigir la vista hacia un extremo de la estancia donde se encontraba Muller grave, silencioso é impasible.

El veterano vestía un traje completamente árabe; y su rostro tostado, frío é inmóvil se destacaba sobre el fondo blanco del capuchon de su jaique, de modo que hacía mas imponente su austera, y á la par simpática figura. Desde el punto en que se había colocado de centinela miraba de vez en cuando, y con la mas desdeñosa indiferencia, á los dos cautivos; atento solo, al parecer, á fumar su gran pipa, que, sin consideracion á la rica alfombra de las mugeres del Cadi, había abarrotado de tabaco y la chupaba, escupiendo y sacudiendo la ceniza del hogar, con el mismo desahogo que si estuviera en un cuerpo de guardia. Por pura precaucion había puesto en el suelo donde estaba sentado y al alcance de su mano, un par de pistolas de dos cañones, cuyo cebo había renovado con sumo esmero.

—Se ha vuelto V. alegre y vivaracho como un escolar en vacaciones, señor Jourdain, exclamó el capitán, y doy á V. por ende mil y mil enhorabue-

nas... Soldados ó paisanos, ambos somos franceses y debemos recibir la muerte con gentil continente, sin poner mal gesto y sin refunfuñar.

—Hay algo de monomanía en esa tenacidad con que espone V. sus siniestros presentimientos, mi querido capitán... Pero hombre; ¿cree V. que nos tratarían con tantos miramientos si estuviésemos condenados á muerte...? ¿No está V. viendo que nos ahogamos, nos esparcimos aquí entre seda, oro y terciopelo...? Por Dios! he aquí una riquísima alfombra, que sentaría muy bien á mi saloncito de estilo Luis XV... Curaos pronto, capitán, y solo nos quedará un vivo recuerdo de esta extraordinaria aventura, que me propongo publicar en un libro lujosísimo cuando estemos...

—En el otro mundo, interrumpió de Candeuil, riendo á carcajadas.

—No por cierto, prorumpió el ex-agente de cambio, que dió á la interrupcion del capitán un sentido muy diferente; recuerde V. si nó, que el charlatan que le hizo la primera cura pronosticó su pronto restablecimiento.

—Pregunte V. mas bien; señor Jourdain, dijo de Candeuil, en tanto que señalaba con el brazo estendido hacia Muller, si la ciencia de los médicos de Abd-el-Kader, alcanzará á reponer su cabeza y la mía sobre nuestros hombros.

Jourdain volvió los ojos maquinalmente hacia el veterano; y al ver que en aquel semblante severo solo se manifestaba una espresion de soberano desden, sintió un espeluznamiento en todo su cuer_

po, y el terror volvió á apoderarse de su imaginacion. Iba á balbucear algunas palabras, cuando de improviso llegó á su oído el sonido de una trompeta que anunciaba la entrada de un cuerpo de tropas francesas en el aduar del Cadí.

El capitan se incorporó con presteza é intentó ponerse en pié; pero las ligaduras que sujetaban sus piernas le imposibilitaron para realizar su intento, y tuvo que recostarse mal su grado sobre la alfombra, donde el desventurado Jourdain se retorcia y daba vueltas, como el demonio caído en una pila de agua bendita.

—¡A mí, franceses...! á mí...! gritó de Candeuil con voz de mando.

—¡Socorro...! ¡Salvadnos...! prorumpió el ex-agente de cambio, aspirando con fuerza el aire para aumentar la estension de la voz.

A los gritos de desesperacion de los dos cautivos, solo contestó, como un eco indescifrable, el canto nasal de la esclava que trituraba la cebada; canto cuyas notas se hacían mas estridentes, mas agudas y mas vivas á medida que la voz de los presos subía de tono.

Muller se levantó, desató el cordon de una de las ganduras morunas que las mugeres del Cadí habían dejado en la tienda y se dispuso para amordazar al capitan, quien hizo una vana pero tenaz resistencia, y cubrió de improperios á su verdugo que los oyó impasible como quien oye llover.

Durante la briega, el agente de cambio, alentado por la resistencia que oponía su compañero

de infortunio, chillaba á mas y mejor pidiendo socorro; pero el canto de la esclava cubría y dominaba con su creciente y monótono zumbido los gritos de las víctimas. Imaginándose que la calma aparente del veterano procedía del miedo que le infundiera la llegada de los franceses, el cuitado Jourdain se disponía á subir el diapason, cuando Muller, habiendo concluido de amordazar al capitán, recogió sus pistolas y las montó sin proferir una sola palabra. Esta sencilla pero elocuente demostracion, bastó para que el ex-agente de cambio ahogase los gritos en su garganta y muy luego reinó en la tienda un silencio lúgubre al cual se condenaron aquellos tres personajes movidos de sentimientos diversos.

El capitán, reducido á una impotencia absoluta, mordía con rabia la mordaza que ensangrentaba sus lábios, en tanto que sus ojos lanzaban sobre Muller miradas de ódio é insultante desprecio. Jourdain se revolcaba sobre la alfombra, á la manera de los niños coléricos y medrosos á la par, que en todas las ocasiones no se conceptúan con bastante razon para callarse ni con suficiente valor para gritar; y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas mientras gemía y suspiraba ruin y cobardemente.

Muller se mantenía en pié entre los prisioneros, armada cada una de sus manos con una pistola pronto para disparar sobre el mas indócil de los dos, y sonriendo ante las impotentes explosiones de la rabia del uno, en tanto que empujaba con

el pié el cuerpo inerte del otro.

La esclava seguía cantando, de improviso su voz se debilitó y su acento se hizo tan débil y monótono que un niño se hubiera dormido al eco de su canción.

Una mano levantó por la parte de fuera el paño que cubría la entrada de la tienda, y un hombre cubierto con un albornoz negro se deslizó rozando la tapicería del pabellon.

Aquel hombre vino á situarse al lado del capitán. Echóse hacia atrás el capuchon que cubría su cabeza y los cautivos vieron el rostro descompuesto y lívido del baron de la Garde.

VIII.

EL BARON.

Interrumpida la conferencia que celebraba con el Cadí, por la llegada de los franceses, precisamente cuando estaba ejerciendo sobre aquel gefe de tribu su influencia sobrenatural, el baron de la Garde se retiró apresuradamente de la tienda, para no dar motivo á las sospechas que los cristianos pudieran concebir de la presencia de un personaje desconocido en la tribu de los Medgeres.

El conocimiento del peligro que le amenazaba; el temor de perder sus prisioneros y la emocion fanática que había puesto en juego para atraer á sus miras y fascinar aquel gefe árabe aliado de los franceses, habían producido una profunda alteracion en su fisonomía ordinariamente tranquila y serena.

Sin embargo, tal era el imperio que aquel hombre tenía sobre sí mismo, que apenas se vieron aparecer sobre su frente las señales de la borrasca que trastornaba su corazón.

La inesperada presencia de este personaje fatal en la escena que hemos descrito al final del capítulo precedente, imprimió en ella un nuevo carácter. Un terror pánico se apoderó del cuitado Jourdain, quien clavó en el baron una mirada entre idiota y esquivada. El capitán, por el contrario, experimentó un sentimiento de repugnancia instintiva, y su hermoso semblante, ya bastante pálido, se tornó lívido y expresó el sufrimiento y la humillación.

Muller hizo un gesto á manera de respetuoso saludo, y obedeciendo á una indicación de su señor, fuese á sentar en el sitio que anteriormente ocupaba; llenó su pipa de tabaco, la encendió y cruzando las rodillas balanceó una de sus largas piernas, indiferente, en la apariencia, á todo cuanto pasaba en su derredor.

Fuera de la tienda solo se oía el frotamiento de las dos piedras con que la esclava, que había cesado de cantar, trituraba y molía la cebada. Dentro, reinaba un silencio tétrico, lúgubre, el silencio que precede á las catástrofes que se apagan como brazas encendidas en sangre humana.

Gaston dió algunos pasos por la tienda mirando alternativamente sus dos víctimas. La actitud del ex-agente de cambio le inspiró tanto desden, que se encogió de hombros y le volvió la espalda.

Sus ojos abiertos desmesuradamente, se fijaron en el capitán.

Aquellos dos hombres cambiaron entre sí una mirada rápida, penetrante, en la que rebozaban el desprecio y la cólera.

Candeuil experimentó una sensación extraña, nueva para él; su corazón palpitó con violencia y tuvo como un presentimiento de los proyectos del barón.

Este, con los dientes ligeramente apretados y los labios contraídos por una sonrisa nerviosa, saboreaba con delicia su venganza y paseaba su mirada centelleante sobre el enemigo caído á sus pies, deteniendo su imaginación en cada pensamiento rencoroso que despertaba en su mente aquella contemplación.

Por último, sentóse en la alfombra junto á la cabeza del herido, que á su vista hizo un inútil gesto de horror; é inclinó el cuerpo hacia adelante hasta empañar con su aliento el rostro del capitán.

— ¡Te tengo al fin, exclamó, vencido, rendido, humillado á mis pies, y entregado á mis ultrajes...! Debiera yo tener valor suficiente para mantener el velo misterioso que me oculta todavía á tu insensata curiosidad... ese valor no lo tengo, no quiero tenerlo...! Ardo en deseos de decirte quién soy, de humillar esa frente altiva que me es odiosa...! Ardo en deseos de hacerte sonrojar y palidecer alternativamente... de hacerte expiar en un solo instante todos los crímenes de tu fa-

milia... Ah! todos los dias de tu vida, á contar desde hoy, serán un suplicio renovado de hora en hora, serán un tormento repetido cada minuto... Y para que mi venganza sea cumplida, para que tu agonía sea interminable, Dios nos hizo nacer casi al mismo tiempo; y nos ha puesto frente á frente casi á la misma edad; tú como esclavo, yo como amo; tú como víctima, yo como verdugo.

El capitán escuchó con dignidad tan extraño discurso, y opuso la calma y la indiferencia al fogoso transporte de su enemigo.

—No podrás decir, insistió Gaston, con tu lenguaje afeminado y con tu apariencia teatral, que me he apoderado de tí traidoramente, que me he valido de la astucia y de la alevosía para rendirte á mis piés. He aceptado las necias costumbres que la tradicion ha erigido en leyes, de vuestra caballería francesa; y pudiendo hacerte prisionero á mansalva, me he dignado jugar la vida lealmente contra la tuya. Quedaste vencido, luego me pertenecías segun las reglas caballerescas que hacen dueño al vencedor de los despojos del que sucumbe... confiesa que nadie se conduce con mas cortesía en tu país maldito...

Candeuil dejó oír una sonrisa ahogada á través de la mordaza que oprimía sus labios.

—Esa risa encontrará muy en breve su sepulcro...!

El barón echó hacia atrás con un movimiento de rabia convulsiva el capuchon de su albornoz, y exclamó con ronco acento:

—Me conoces....!

En estos momentos, el hermoso semblante de Gaston iluminado por el fuego de las pasiones mas vehementes, ofrecía un estudio admirable al pincel de un gran maestro. Sus labios se contraían y dilataban alternativamente, y su color violáceo se resaltaba siu gradacion de tintas con el color bronceado de su rostro. Su frente afeitada hasta el primer tercio del cráneo, se levantaba orgullosa y revelaba el gozo con que las ideas de sangre y esterminio bullia en su cerebro. El desprecio y la venganza satisfechas, y la cólera y el júbilo concentrado, la satisfaccion cumplida y el sueño de toda la vida realizado; brillaban en sus ojos, estremecían sus labios, y daban á su sonrisa, ordinariamente melancólica, una espresion singular que participaba del éxtasis y de la locura. Su mirada era fija, penetrante y salvaje; los músculos de su rostro aparecían tirantes y su cuerpo todo permanecía inmóvil.

El capitan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

El ex-agente de cambio se revolvió sobre la alfombra, y quiso romper sus ligaduras aterrado y palpitando como una oveja al sentir rozar por su garganta la cuchilla del carnicero.

—Sea V. prudente delante de esa culebra, dijo Muller señalando con el brazo y la mano estirada al mísero Jourdain; y no diga V. mas que aquello que pueda saberse.

Gaston se recobró; y ya dueño desí mismo, miró

con desden y encogiéndose de hombros, al ex-agente de cambio, y contestó al gesto afirmativo del capitán, en términos mas templados que los que había usado hasta entonces; pronunciando lentamente las palabras á fin de graduar todo su alcance.

—No; no me conoces... no puedes conocerme... Tú has visto en mí dos hombres, dos naturalezas... el parisiense elegante, lanzado en el torbellino de las fiestas, amigo de miserables desafíos y sediento de placeres afeminados... A este has conocido, sí...! y este es el que te aborrece, porque te has atravesado en su camino para disputarle el premio de la elegancia, de la destreza y del placer... Te aborrece con todas las facultades de su alma, con todas las pasiones de su corazón...! ¿lo entiendes...?

Gaston se interrumpió para gozarse en la impotente cólera, y en el acervo dolor de su víctima. El capitán alzó los ojos manifestando la mayor indiferencia, y el barón continuó en el mismo tono:

—Tu émulo, tu rival en la vida disipada y galante, se llamaba... se llama el barón de la Garde... Lo conoces... ¿no es verdad...? Ahora, escúchame bien; el jefe árabe ante quien toda la Regencia dobla la cabeza; el morabito piadoso y fanático; el jefe de los jefes; el brazo derecho del Sultán; el personaje sagrado para todas las tribus aliadas de la Francia; la palabra viva del Corán; el sable del Profeta... el enviado de Allah...! Al-Arbi, en fin...! ¿Le conoces...? ¡Mírame bien...!

El capitán hizo esfuerzos tan violentos, que lo-

gró desligar uno de sus brazos é intentó arrancarse la mordaza.

Gaston detuvo su brazo con mano poderosa y le obligó á permanecer inmóvil.

El cautivo rechinó los dientes y se le oyó balbucear con voz ahogada:

—¡Mientes...!

—Recóbrate, continuó Gaston con acento fogoso: es verdad que empleo el engaño y la mentira; pero es con este pueblo que solo se puede gobernar por medio de la astucia. Estoy constantemente en escena en todas las tribus, pero es porque mis intereses y ambicion así lo exigen... He engañado á toda la Francia tomando entre sus hijos un nombre que los ha alucinado, y con ellos he luchado en la molicie y el libertinage, como lucho aquí en valor y austeridad con los mas valerosos y con los mas santos... Pero, en cuanto á engañarte á tí, hoy que te tengo bajo mis plantas, no lo ereas, no lo temas... Ardo en deseos de aniquilarte... de destrozar tu alma como el leon del desierto despedaza el cuerpo del inesperto y torpe cazador...! Si! soy Al-Arbi...! el caudillo implacable; la espada de fuego de la guerra santa; el enemigo de tu culto; el espanto de tus soldados...! *La serpiente de la montaña*, como me llaman entre los kabilas... El *Aguila de la llanura*, como me apellidan los árabes... (1) ¿No has oido los gritos de guerra y

(1) Los árabes, como todos los pueblos bárbaros, dan á sus jefes y guerreros famosos nombres con los cuales designan su cualidad sobresaliente.

de alegría que han exhalado todos los hombres como uno solo, cuando he penetrado en el campamento de los Medgeres....? ¿No me has visto apear me en la tienda de su jefe el amigo, el aliado de los franceses...? ¿No estamos dentro de la tienda de sus mugeres, asilo inviolable é impenetrable para los tuyos...? ¿No adivinas por qué te han dado esta espléndida cárcel...?

Un leve grito de sorpresa y horror que exhaló de improviso Jourdain, interrumpió los violentos apóstrofes de Al-Arbi. Los ojos del ex-agente de cambio que vagaban delirantes por la tapicería del interior de la tienda, tropezaron con la cara horrible de la esclava cafre; quien, al oír la voz de Gaston, hizo esfuerzos desesperados por recoger en su memoria hasta la última sílaba de la conversacion que llegaba confusamente á su oído; y no pudiéndolo conseguir se aventuró á cortar la tela con su cuchillo; hecho lo cual, introdujo la cabeza por la abertura y permaneció en esta actitud, aprovechando la coyuntura de que todos los actores de la escena que queda descrita, estaban vueltos de espaldas; hasta que el grito de Jourdain le anunció que había sido vista. En su consecuencia retiró apresuradamente la cabeza y volvió á su trabajo de moler cebada y á su cancion cafre, cuyos acentos lastimeros resonaron de nuevo en el aduar.

Al-Arbi había vuelto el rostro con prontitud; hizo una seña de inteligencia á Muller, y puso el oído atento al rumor de la tribu que llegaba muy

debilitado al interior de la tienda. El resultado de sus investigaciones debió ser, sin duda alguna, satisfactorio; pues que su semblante recobró en el acto la calma y serenidad de que quería revestirse en aquellos solemnes momentos.

Muller se acercó á Jourdain, lo empujó rudamente con el pié, y despues de amenazarle con un tremendo castigo si continuaba cometiendo actos de insubordinacion, regresó á su puesto y continuó fumando tranquilamente.

El baron continuó:

—He dispuesto que seas conducido á esta tienda porque es inviolable, y en tal virtud los cristianos no pueden profanarla pisando siquiera sus umbrales... Tus hermanos, tus amigos, tus soldados, y hasta tu padre, podrían venir al aduar para buscarte; y es muy seguro que no osarian levantar la cortina que cierra la entrada de este pabellon, aun sospechando que te encontraras dentro. Estás en la tienda de las mugeres del Cadí; y en la de este gefe, se encuentran en este momento, cien ginetes del ejército francés.... El Cadí es aliado de los franceses; pero es mi esclavo...!

Gaston se interrumpió de nuevo, para estudiar en el semblante del capitan el efecto que en su ánimo producían las palabras que acababa de pronunciar. De Candeuil permanecía inmóvil, y sumirada había recobrado la calma y la dulzura que se reflejaba habitualmente en ella.

Al-Arbi se estremeció y á duras penas pudo

contener un arranque de cólera.

Al oír la revelación de su raptor. Jourdain intentó exalar un nuevo grito de angustia; pero su voz que el terror tenía anudada en la garganta, se negó á secundar su deseo. El veterano que observaba sin pestañear todos los movimientos de los prisioneros, montó una de sus pistolas y la apuntó sobre la cabeza del ex-agente, quien se arrojó de cara sobre la alfombra temblando como la hoja ajitada por el viento.

—Ahora bien; continuó Gaston, después de un corto intervalo de silencio; quiero que sepas que Al-Arbi te odia mucho mas de lo que te odió el joven y elegante baron de tus fiestas parisienses... Te odia, porque te ha encontrado en su camino, á caballo y armado contra él, saqueando su pueblo, y ultrajando á su Dios...! Porque en la guerra Santa, te has granjeado la reputación de valiente y de hombre de talento...! Porque en una escaramuza, tu espada, sin conocerme me hirió aquí... mira...!

El capitán cerró los ojos á fin de escitar mas y mas el furor de su enemigo con esta desdeñosa manifestación. Al-Arbi dejó vagar por sus labios una acerba sonrisa, y continuó:

—Cuanto mas entero se muestre tu valor, cuanta mayor resistencia pasiva opongas al ímpetu de mi cólera, tanto mas la escitarás y harás crecer su inmenso poderío. Mi cólera es como los torrentes de nuestras montañas, que acrecen en su impetuoso arroyo cada vez que tropiezan con

un p ñasco que intenta oponerse á su paso....
Nó, tu no me conoces todavía, porque solo me has visto bajo dos aspectos, ni me has conocido sino bajo dos naturalezas y tengo tres... No has encontrado en mí mas que dos hombres, y, sin embargo, como el Dios de tu pueblo maldito, somos tres en una persona... tres para aborrecerte á fin de que el odio sea mayor... Soy el baron de la Garde, aquel jóven libertino, insustancial y ocioso que no te aborrece él solo, bastante: soy el árabe feróz, cuyo rencor no es asaz violento; soy... ¿has oido alguna vez, en el discurso de tu vida, hablar de un cierto baron de Ulm....?

Para hacer esta pregunta, Gaston, bajó la voz y dió á su acento una modulacion á la vez triste y solemne.

El capitan se estremeció, arrugó el entrecejo, y fijó una mirada atónita sobre aquel hombre extraordinario que le dirigía la palabra.

De la Garde, al ver la súbita emocion de su víctima, manifestó señales de júbilo mal reprimido; de embriaguez, de hartura del licor de la venganza tanto tiempo deseada. Sus facciones se dilataron, veláronse sus ojos, y, cosa inesperada, oyóse en la tienda el eco de dos suspiros lastimeros. Muller que escuchaba en silencio los arranques de la fogosa elocuencia de su señor, enjugó con el dorso de la mano dos lágrimas que brotaron de improviso de sus ojos. Este hombre austero cuyas acciones llevaron, hasta aquel momento, impreso el sello de la crueldad y hasta de la bar-

barie; acababa de ser herido por algun tierno y doloroso recuerdo evocado por las palabras de Gaston. Así que, al acento trémulo, á la palabra lenta y reprimida del uno, contestaron como un eco los suspiros del otro.

Este movimiento de involuntaria sensibilidad, fué inmediatamente reprimido por ambas partes.

Al-Arbi, continuó:

—Puesto que has oido hablar del baron de Ulm, debes conocer una triste y lamentable historia que se relaciona con él. Aquellos que te la contaron, estarían muy lejos de creer que te estaba reservado un importante papel en su desenlace, que estabas señalado por el destino para ser la víctima espiatoria del crimen de tu familia, para ser el consuelo, hasta donde en lo humano cabe, de un inmenso infortunio... Soy Gaston, baron de Ulm, hijo de aquel cuyo solo nombre es un oprobio para tu raza....! No me preguntes, pues, porqué te odio, porqué te maldigo...!

Pronunciadas estas palabras con voz sorda y terrible acento, Al-Arbi se puso de pié: su rostro tenía una espresion feroz, y en el juego de su fisonomía se notaba una cosa que tenía mas de la fiera montaraz que del hombre. Acercose á Muller, quien, abriendo un zurrón de piel curtida; sacó de él un albornoz negro, sucio y hecho jirones, una cuerda blanca (1) de cerdas de

(1) Los árabes *TAKER* (sábios) es decir, los que saben leer y escribir, usan ordinariamente, la cuerda de

camello retorcidas, y un par de babuchas viejas y agujereadas que presentó á su señor: este se vistió aquel disfraz, quitóse del cuello el rosario que tomó en la mano, y se armó de un palo largo y nudoso.

Mientras vestía el baron aquel disfraz, el capitán que seguía con mirada inquieta todos sus movimientos, se esforzaba inútilmente en dominar el sobresalto que se había apoderado de su ánimo: las últimas palabras de Al-Arbi, pesaban sobre su corazon como una loza sepulcral. El valor audaz é impetuoso que le caracterizaba sobre el campo de batalla y ante todo género de peligros, parecía haberle abandonado á impulsos de un solo recuerdo.

La escena que acabamos de describir fué larga, solemne é imponente. Aquellos dos hombres á quienes el destino acercaba con lentitud, habíanse encontrado, al fin, frente á frente; el uno vencido y aterrado; sin auxilio humano, agarrotado y amordazado de manera que no podía moverse, hablar ni exhalar un grito: su enemigo le martirizaba, le ultrajaba sin tregua ni piedad, y obligábale á derramar lágrimas de rabia, que no pudiendo aparecer en su semblante caían como lava encendida sobre su pecho. Para su mayor desesperacion, en el mismo instante en que creyó llegar á saber una historia terrible, de la que solo conocía el prólogo, en el comienzo de su propia

cerdas de camello blanco; los demás la gastan de cerda oscura.

aventura, y cuyo desenlace, cualquiera que fuese deseaba con impaciencia; su verdugo se apartaba de su lado y le dejaba profundamente abismado en un mar de conjeturas.

Esta escena horrible era la exposicion de un drama mas horrible todavía.

El baron transformado en dervis, peregrino y morabito mendigo, dió dos vueltas en derredor de la tienda andando á grandes pasos, á fin de reponerse y mostrar en su fisonomía la calma y la beatitud; luego lanzó una mirada de desprecio sobre el capitan que no le perdía de vista, separó la tapicería que cerraba la entrada de la tienda y salió.

Apenas estuvo fuera, recogió del suelo un puñado de polvo, y se ensució con él la cara y las barbas; despues se dirigió á paso lento á la tienda del Cadí.

La esclava negra cesó de moler cebada, fijó sus ojos en el falso Dervis hasta que lo hubo perdido de vista, y luego murmuró entre dientes:

—Lo he reconocido, hermana mía..... Hace oficio de la mentira para engañar á los hijos del Islam... ¡Muere en paz, hija del rey Gaika, los Bushuanas serán vengados...!

IX.

LA PERSECUCION.

Un fuerte destacamento de Spahis había llegado al campamento de los Medjeres. Los árabes, sentados á la entrada de sus tiendas, cambiaban algunas palabras en jerga moruna (1) con los soldados franceses ó conversaban á voces en su propia lengua con aquellos que eran de su nacion. Los caballos de la tropa habían quedado trabados fuera del recinto, y los de los oficiales se confiaron á algunos muchachos beduinos, que los paseaban

(1) Los árabes, para hacerse comprenler de los soldados franceses, les hablan una jerga mezcla de español y de moro vulgar. Los franceses se ponen muy luego al corriente de esta gerigonza en toda la costa de Argel y Marruecos.

por delante del gueitum del gefe de la tribu.

Los Medjeres acogieron, al parecer con satisfaccion á los recién venidos; tanto que nuestros soldados comían higos chumbos en amor y compañía de sus aliados, ó tomaban café en la tenducha de un viejo caonadji, lugar donde se reunían los ociosos.

Los Spahis indígenas jugaban á las cartas, á las damas, al ajedrez y á la taba con sus hermanos los Medjeres, en tanto que los franceses apuraban con alegría sus calabacitas de aguardiente ó se paseaban del brazo unos con otros, registrando y curioseando por todas partes, y perdiendo el tiempo en buscar alguna muchacha beduina descarilada.

Al primer toque de corneta de la caballería francesa, las mugeres todas de la tribu, viejas, jóvenes, feas ó bonitas, habíanse cubierto con sus velos y huido á ocultarse en sus tiendas, para ponerse á cubierto de las indiscretas miradas de los infieles.

Sorteando los grupos, encorvado sobre su nudoso palo y empolvado desde la cabeza hasta los piés; el baron se dirigió hacia la tienda del Cadí, en cuya puerta se detuvo, tomando una actitud humilde, frente á dos centinelas Schiaus y el Cadí que estaba sentado en medio de los oficiales franceses sus huéspedes.

—*Los que den limosna noche y día, en público ó en secreto, serán recompensados por Dios,* dijo el falso Dervis con voz trémula; *no co-*

nocerán el temor, ni serán aflijidos (1).

Los oficiales arrojaron algunos cuartos al mendigo, con la misma desdeñosa compasión con que se practica la caridad en Europa. El Dervis se bajó con dificultad para recoger del suelo la limosna de los cristianos, y besó su mano derecha en muestra de agradecimiento: entre tanto, el Cadí se levantó y respondió á la cita santa con el siguiente versículo:

—Si alguno os tiende la mano, llenádsela: Dios lo cuenta todo.

El Dervis dejó sus babuchas en el umbral de la puerta de la tienda, y fuese á sentar enfrente del Cadí, con la misma franqueza y desembarazo que si hubiese entrado en su propia tienda.

Los oficiales franceses hicieron un movimiento como para evitar el contacto de los harapos de aquel hombre.

El Cadí, por el contrario, le acogió con las mas señaladas muestras de respeto y le ofreció su propia taza de café, que estaba medio vacía.

El mendigo la acercó á sus lábios con ansiedad, y, á pesar de que el líquido estaba muy caliente, se lo bebió de un sorbo y se puso luego á masticar los granos de las heces, haciendo visages para manifestar el placer que experimentaba con manjar tan regalado.

Uno de los oficiales, que hablaba bastante bien el árabe para servir de intérprete á los demás, ofreció una pipa al Dervis que la rehusó cortésmente.

(1) Versículo del Coran.

si bien tomó una segunda taza de café.

—¿Por qué no quiere fumar? preguntó el oficial.

—Los morabitos se privan de ese placer, respondió el Cadí; son hombres de Dios á quienes ama el señor.

—¿Luego es un morabito? (1)

—Morabito y peregrino (2) que ha hecho dos veces el viage á la Meca.... Bienaventurados aquellos á cuya tienda llega...! Su visita hace madurar las mieses de las tribus y dá fuerza y salud á los niños y á los ancianos.... Desgraciadamente no viene con frecuencia.

—¿Es decir, que viaja continuamente?

—Continuamente... apenas descansa algunas horas para prodigar sus beneficios. Donde le coge la noche, allí se acuesta; donde el soplo de Dios lo empuja allí se dirige... ¡Es un gran Santo...!

Durante este diálogo, el mendigo no había cesado un momento de dar vueltas al rosario de cuentas negras, separadas de diez en diez por un pedazo de coral, que tenía en la mano, en tanto que confirmaba la exactitud de cada palabra del gefe con la sílaba, eh! eh! eh! que los árabes repiten incesantemente, y que quiere decir, sí.

—¿Con qué se mantiene? preguntó el oficial.

—Con lo que halla y con lo que la caridad le

(1) Los morabitos son hombres inspirados á quienes Dios se ha revelado.

(2) Los peregrinos ó ADJI son aquellos musulmanes que han visitado la Meca.

suministra; y, sin embargo, suele repartir su alimento con los pobres que encuentra en los caminos.

—Me parece muy joven á pesar de su larga barba y de la capucha de su albornoz.

—Dios le ha *iluminado* (1) muy temprano.... Es un verdadero elegido del Señor.

—¿Crées tú que podemos obtener de él noticias de lo que buscamos?

—Lo ignoro.

—¿Es partidario de Adb-el-Kader? ¿Está por la guerra?

—Trabaja solo por la paz general. Abd-el-Kader lo respeta mucho, pero no se sirve de él. En cuanto á darte noticias y conocimiento acerca de las llanuras y de las montañas, nadie mejor que él puede hacerlo. Tiene vista de halcon y oído de gacela.

—Dios nos lo envía, dijo el oficial; y luego volviéndose hacia el Dervis, continuó: ¿Vienes del lado de Mostagan?

—Vengo del Oeste.

—¿Has oído hablar de la desgracia acaecida al *Hackem* (2) de Mostagan?

(1) Los iluminados son los morabitos que tienen la vision de las cosas del cielo; su crédito es inmenso en las tribus. Los ambiciosos que han trastornado el AFRIKIA, propiamente dicha, han representado, todos ellos el papel de iluminados. La tierra que los árabes llaman AFRIKIA es la zona comprendida entre el Atlas y el mar Mediterráneo.

(2) HACKEM, comandante de la milicia indígena de una ciudad. Es una dignidad militar de la antigua Regencia que los franceses han restablecido.

—He oído decir entre los *Eachem-cheraga*, (1) que habían robado la jóven esposa de aquel gefe... Los malos llenan la tierra del Dios verdadero..... ¿Te refieres á este rapto?

—Sí.

—¿Cuando se egecutó?

—Hace tres dias.

—Entonces los raptores están lejos; pues en la mañana de ayer encontré en mi camino un grupo de ginetes que escoltaban una mula que llevaba una litera.

—¿En qué te fundas para suponer que fuesen esos los criminales?

—En que se apartaron de mi camino, en lugar de venir á mi encuentro... *Solo los perversos se apartan del camino de Dios..... Soy el hombre del Dios clemente.*

—¿Cuántos giretes eran?

—Seis. Caminaban muy de prisa, y sobre la mula lloraba una muger; y digo muger, porque los gemidos no eran de hombre ni de niño.

—¿Dónde los encontrastes?

—Cerca de la fuente de El-Aluf, á diez horas de Mostagan. Iban camino de Oran.

El oficial tradujo á sus camaradas las noticias que acababa de adquirir y les pidió su parecer. Estos respondieron únicamente que los he-

(2) HACHEM-CHERAGA, tribu al S. E. de Mostagan que no debe confundirse con la gran tribu de los HACHEM-GRERIS, cerca de Mascara, donde nació el Emir Abd-el-Kader.

chos referidos por el Dervis no dejaban género alguno de duda acerca de la direccion que llevaban los raptos, y que ya era completamente inútil ocuparse de este asunto.

—Puesto que vienes de Mostagan, dijo el Dervis, con tono zalamero, ¿podrías darme noticias del judío Samuel? Me escusarías las fatigas de un largo viaje.

—Samuel se ha embarcado para Tunez, hace tres dias. ¿Qué negocios tienes tú con ese bribon?

—Tengo encargo de algunos gefes de tribu para decirle que les compre ciertas mercancías: y esto diciendo, el morabito ocultó bajo su barba y entre los pliegues de su capucha una sonrisa de satisfaccion y de orgullo.

El oficial, exclamó:

—Necesito algunas noticias importantes; si tú me las suministras te recompensaré generosamente.

—Dios ha dicho: Haz el bien por el bien, sin el estímulo de la recompensa.... ¿Qué quieres que te diga?

—¿Sabes que Al-Arbi, se encuentra en este pais?

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—¿Dónde?

—Al-Arbi, es el amado de Dios clemente y

misericordioso; aquel que le haga traicion será atado por toda la eternidad al *Zakouns* (1) Malek (2) será el encargado de su suplicio, y jamás se mantendrá derecho sobre el *Alaraf* (3) porque no anduvo por el camino recto (4)... Gloria á Dios Señor del Universo.

Y al pronunciar con énfasis estas palabras, el Dervis tenía clavados los ojos sobre el rostro del Cadí.

—¿Por qué, habiéndome dado informes acerca de los raptos de la esposa del Hackem de Mostagan, te niegas á dármelos sobre Al-Arbi?

—Los raptos son malvados; Al-Arbi es morabito.

—Al-Arbi mantiene la guerra y arruina al pueblo del Profeta.

—Al-Arbi, es justo, es piadoso y obedece al Dios que dispone de nuestros destinos.

—Si no quieres darme los informes que solicito, voy á mandar á mis Spahis que te conduzcan preso á Mostagan.

—El Angel Gabriel me prestará sus alas, y escaparé de tus manos como un pájaro sale volando de un zarzal.

—Eso lo veremos; dijo el oficial volviendo el

(1) EL ZAKOUNS. Arbol maldito que crece en el fondo de los infiernos.

(2) MALEK; es el angel que preside á los tormentos de los condenados.

(3) EL-ALARAF, es el muro que separa el infierno del paraíso.

(4) El camino recto: es el Islamismo.

rostro hacia sus camaradas para disimular una sonrisa.

Al oír la amenaza del oficial, el Dervis se repuso, si bien fingiendo no haber comprendido el *á parte* de su interlocutor. Recogiose mentalmente durante breves segundos, y luego besó tres veces la tierra, levantó los brazos al cielo, y exclamó con fé y palabra ferviente, gesticulando como un verdadero iluminado:

—Al-Arbi es inviolable, Mahoma le protege... Su camino está alumbrado con la antorcha de las revelaciones... un simple mortal como yó, no puede perjudicarlo... Dios me permite decir cuanto sé.. ¡Dios es Dios! El lo oye todo...

El oficial tradujo al pié de la letra esta respuesta al comandante del destacamento que le dijo:

—Ah! ¡báh! ese es un farsante iluminado como V. y como yó, que nos vá á contar alguna historia del otro mundo. Lo mejor será subirlo á la grupa de uno de los soldados y hacerlo trotar... Ese galopin sabe mas de lo que parece, pues que no ha tomado el partido de cantar hasta que se ha visto amenazado de ser preso, cuando V. se volvió hacia nosotros.

—No creo que me haya comprendido este viejo desharrapado; es harto buen musulman para saber una jota de francés.... Ved, sinó el aire entontecido conque nos escucha... ¡Qué cara; qué cabeza...! No, no es posible que la astucia se haya alojado en ella siquiera una hora.

En efecto, en tanto que el intérprete hablaba, el Dervis permanecía con el cuello estirado, la frente inclinada, la boca entreabierta y los párpados en continuo movimiento como un imbécil ó un inepto; sin que en su semblante se pintase otro sentimiento que el de la curiosidad, y esta, espre-sada con la torpeza y la manera de poner el oído, propias de un bobalicon á quien interesa, por mas que no lo comprenda, lo que se dice á su lado. Sin embarco, algunas veces inclinaba la frente cuanto podía, para ocultar bajo la sombra de la capucha una sonrisa de triunfo que estremecía sus labios, ó un relámpago de luz que brotaba de sus ojos.

—Pronto veremos si nos engaña, insistió el oficial; que no se diga que este camueso nos la ha jugado de puños.... vamos á ver ¿dónde has encontrado Al-Arbi?

—En Surkelmitú (1).

—¿A qué hora y que hacía allí?

—Por la mañana al salir el sol. Estaba rodeado de veinte ginetes y algunos esclavos. El gum (2) entero rodeaba una grande hoguera alimenta-

(1) SURKELMITU, fuente inmediata á la orilla izquierda del Chetif. Cuéntase que veinte mil moros desterrados de España fueron derrotados en aquel lugar, y todos pasados á cuchillo por los berberiscos. De esta espantosa carnicería toma origen la palabra SURKELMITU, que quiere decir, TODOS MUERTOS.

(2) El GUM es la reunion de un número cualquiera de ginetes. El AGHA puesto al frente de su caballería, marcha con su GUM.

da con ramas de algarrobo y de lentisco.

—Eso es; interrumpió el comandante; el rapto se egecutó durante la noche... Pregunte V. á ese hombre que hacían con aquella hoguera.

Hecha la pregunta, el morabito contestó:

—Los esclavos habían dispuesto la leña y sobre un lecho de hojarasca que la cubría, velase tendido el cuerpo de un cristiano que el fuego no había consumido todavía, cuando por voluntad de Dios llegué á Surkelmitú.

Al oír la traduccion de estas palabras, todos los oficiales se estremecieron de horror y prestaron la mas viva atencion á los acentos del morabito, fija la mirada en sus ojos y en sus labios; cual si quisieran comprender el sentido de sus palabras, aun antes de que les fueran traducidas.

—¿Qué cristiano era ese?

—Vestía un uniforme azul como los soldados de caballería de la mezquita de Oran (1). Su rostro era el de un hombre jóven y noble, llevaba una cinta encarnada en la casaca, y tenía la frente manchada de sangre.

—El es, nuestro desventurado amigo! exclamó el comandante; pregunte V. si estaba muerto.

—La palidez de la muerte cubría sus facciones... inertes sus miembros... Su lengua estaba

(1) El cuartel del segundo regimiento de los cazadores á caballo, está construido en Oran, sobre las ruinas de una antigua mezquita cuyo nombre lleva. Es el mayor edificio militar de la Argelia.

muda... y frío su corazón... Sidjil le había abandonado... (1).

—Acaba!!

—Las llamas penetraron muy luego por entre los troncos del algarrobo; chisporrotearon sobre las ramas del lentisco, invadieron el lecho de hojarasca é hicieron presa en el cuerpo de la víctima...! Al-Arbi, hizo oración á Dios vuelto el rostro hacia el templo de la Caaba...! (2).

—¿Y despues?

—Los esclavos avivaban la hoguera, y los ginetes de Al-Arbi recitaban versículos del Corán...! Muy luego solo quedó de la inmensa pira y del cuerpo del cristiano un monton de cenizas que los esclavos aventaron prorrumpiendo en imprecaciones contra Satánás y en alabanzas al Profeta.

—Despues...!

—Al-Arbi y sus ginetes montaron á caballo y todo el gum tomó la direccion del Dahra sin decirme quien era el cristiano cuyo cadáver aca-

(1) El ángel SIDJIL, es el encargado de escribir todas las acciones del hombre sobre un largo pergamino, que enrolla á su muerte. Al espirar el moribundo el angel le abandona.

(2) El templo de la Caaba, en la Meca, es el punto del horizonte hacia el cual los musulmanes deben volver el rostro para rezar sus oraciones. Emplearemos tambien el nombre KEBLA, cuya significacion viene á ser casi la misma. La KEBLA, es, por regla general, el punto hacia el cual todos los hombres, sean cristianos, judíos ó musulmanes, deben dar frente para recitar sus plegarias; pero la KEBLA de un Mahometano ha de ser siempre hacia la Caaba.

baba de ser quemado; sin revelarme el punto á donde encaminaba sus pasos el gran morabito amado de Dios.

—¿Vistes entre los ginetes de Al-Arbi, dos hombres vestidos como los cristianos que no son guerreros.

—Nó.

—¡Que extraordinaria aventura, dijo el comandante: los testigos del capitán encontrados entre las malezas del cabo de la Salamandra, afirman que la cuestión fué con dos franceses cuyos nombres no recuerdan... ¿Dónde se encuentran? ¿Qué se ha hecho de esos dos franceses? ¿y como concordar la relación de los testigos del capitán con la que nos hizo el pastor que nos aseguró haber visto pasar, cerca de Mazagran, á las once de la noche, Al-Arbi escoltado de unos veinte caballos y conduciendo el cuerpo de nuestro desventurado camarada?

—Esa relación está perfectamente de acuerdo con la que nos acaba de hacer este mendigo, observó uno de los oficiales.

—Por eso debemos renunciar á proseguir nuestra escursión... Es desgraciadamente cierto que de Candeuil ha sido muerto en el desafío... Y cosa extraña, muy extraña... nunca he oído decir que los árabes quemasen los muertos.... Sin duda ha sido con objeto de borrar todas las huellas de su crimen...! Señores, vamos á marchar. Trompeta, toca á caballo.

El trompeta que se encontraba cerca de la tienda, dió el toque que reprodujo alegremente el eco

del valle y de las alturas. Al punto se oyó un ruido confuso de sables arrastrando y de espuelas, que puso en movimiento todo el campamento de los Medgeres.

El falso Dervis inclinó la cabeza para ocultar la sonrisa que le rebosaba en los lábios.

—Pregunte V. á ese majadero, dijo uno de los oficiales, si nos ha dicho la verdad, y que lo jure.

—Juro por la kebla que he dicho la verdad.

El Cadí se inclinó profundamente y esta afirmación sancionó el juramento del morabito quien exclamó en el acto:

—Al-Arbi es grande, es justo y es piadoso: su brazo es terrible: su ojo seguro... Es la antorcha de Mahoma, el águila de la llanura y la serpiente del desierto.

—Bueno, Bueno! murmuró el teniente; que tenga yo la buena suerte de poner la mano sobre tu serpiente y veremos.

Los oficiales se pusieron en pié y estrecharon, uno despues de otro la mano del Cadí. Este los despidió con una graciosa sonrisa y los acompañó hasta la salida de su aduar, con la urbanidad y cortesía de un gran señor europeo.

Al-Arbi recogió su palo que había dejado en el suelo; acompañó algunos pasos á los franceses y luego se fué á tomar asiento junto á la esclava que continuaba moliendo cebada, y que cantaba á grito herido.

Oíase en el interior de la tienda un ruido sordo y una voz ronca semejante á la de un hombre á

quien se estrangula, por mas que la voz laguda y chillona de la esclava procuraba cubrir aquel siniestro rumor.

Algunos oficiales que pasaron cerca de la tienda oyeron los quejidos que salian de su interior y quisieron acercarse á la entrada: pero la negra levantó los brazos con un movimiento de desesperacion y se puso á gritar, haciendo visajes y contorsiones como una furia.

—Atrás, atrás, atrás...! Fuera, fuera...! no os acerqueis...!

Algunos árabes acudieron á la carrera atraídos por aquellos desatentados gritos.

—Qué nos quiere esta endemoniada vieja? preguntó un oficial.

—Pronunciémonos en retirada si no hemos de empeñar una refriega con estos beduinos, respondió otro; estamos delante de la tienda de las mujeres del Cadí, que es un lugur sagrado.

El destacamento estaba á caballo; los oficiales salieron del aduar y saludaron por última vez al Cadí, gefe de los Medgeres que los esperaba situado junto á las primeras tiendas. Un instante despues emprendían el camino de Mostagan.

Al oir la señal de marcha tocada por los clarines, el falso Dervis arrojó lejos de sí el descalandrajado albornoz con que estaba cubierto, y señalando con la estremidad del palo los últimos Spais que iban á desaparecer detrás de un cerro; exclamó dirigiendo la voz con acento profético á los árabes que le rodeaban respetuosamente:

—Mahoma, ha dicho: *Te servirás del sable contra los infieles y los combatirás lo mismo con la astucia que con la fuerza: los infieles son malditos y están condenados al fuego eterno, Maleck les prepara los tormentos! Dios ha dicho: Sean pasados al filo de la espada todos los infieles que encontreis, y apretad las ligaduras de los cautivos que tomeis... Dios es todo poderoso; el castigo en la otra vida será terrible y permanente.*

Al-Arbi, fija la mirada, alta la frente, y con gesto de autoridad grave, simpático, y, sin embargo despótico; extendió los brazos y las manos sobre las cabezas de los árabes que se habían inclinado respetuosamente al escuchar sus palabras.

En esta forma debieron hablar al pueblo los apóstoles del islamismo; con la palabra del Profeta en los labios y la espada en la mano; aquella ardiente, fanática, sembrada de imágenes; esta tinta en sangre y levantada para herir.

El Cadí se acercó Al-Arbi y los Medgeres se retiraron silenciosos.

—Tienes el valor del leon, dijo el gefe, y la prudencia de la serpiente.

— *Combato en la senda de Dios; (1) he aquí el secreto de mi poder... Cuento contigo para el*

(1) La frase COMBATIR EN LA SENDA DE DIOS es la consagrada en la guerra Santa y en todas las ocasiones en que se defiende la causa de Dios. Abd-el-Kader la emplea en Argel, en la guerra contra los franceses, en observancia de los preceptos del Coran.

dia señalado... Manda preparar mis caballos, pues voy á ponerme en camino.

Esto diciendo, Al-Arbi entró en la tienda de las mugeres del Cadí.

La esclava negra exhaló un hondo suspiro.

Muller permanecía sentado en el mismo sitio donde lo había dejado cuando salió; los dos prisioneros habían sido amordazados: el capitán jadeaba y la horrible palidez que cubría su semblante revelaba los atroces dolores que estaba sufriendo; revolcábase en su propia sangre que salpicaba la alfombra y veíanse dispersos, arrojados con violencia en todas direcciones, cuantos objetos amueblaban el interior de la tienda.

Al contemplar aquel espectáculo, Al-Arbi dirigió al veterano una mirada que envolvía una interrogación.

—Bastante me han dado que hacer este par de corderitos, respondió Muller. Este, añadió señalando á Jourdain, trató de insubordinarse; y he tenido que hacerme mucha violencia para no darle pasaporte para el otro mundo... En fin, después de pensarlo mucho, resolví aplicarle una paternal corrección y amordazarlo bonitamente para enseñarlo á callar.

—¿Y el otro? preguntó Al-Arbi.

—El otro ha bramado como un toro enlazado y arrastrado hacia el matadero... Cuando oyó los clarines tocar la señal de marcha botó como una pelota sobre la alfombra; se revolcó como un demente, se mordió las ligaduras, y rodó en todas di-

recciones derribando y destrozando cuantos objetos encontraba por delante en sus furiosas convulsiones... En tal apuro no tuve mas recurso para sujetarle, que darle dos sangrías en los brazos con mi puñal... Esta medicina le proporcionó algun alivio y se sosegó.

—¿Estará en estado de ponerse en camino?

—Sí, señor... Vaya! como que en seguida le atajé la sangre...

—Está bien, mi buen Muller... muy bien, querido amigo... Ahora, pues, dame mi albornoz y mis chabiras... ¿supongo que habrás comido?

—Sí, señor; lo he hecho á las mil maravillas en amor y compañía de los prisioneros, en tanto que se encontraba V. en la tienda del Cadí, antes de la llegada del destacamento de Spais.... Y bien, señor baron, ¿qué noticias ha traído aquella gente?

—Los he capeado á mi satisfaccion. Creen que el capitan ha sido quemado despues de muerto; creen al judío Samuel en Tunez y van persuadidos de que el Haken de Mostagan tendrá que buscar á su esposa del lado de Oran.... Por consiguiente podremos proseguir con toda seguridad nuestro camino.

—Bravo! se pinta V. solo para maniobrar con ese acierto.

La voz de su implacable verdugo y las indicaciones contenidas en el diálogo que sostenía Muller, despertaron de tal manera la cólera en el pecho del capitan, que levantó su cabeza desfallecida y trato de incorporarse.

Al-Arbi exclamó:

—Vamos, Muller, déjalos respirar y gritar cuanto quieran... Sus gritos y lamentos alegrarán mi alma.

Muller quitó la mordaza á los prisioneros.

El ex-agente de cambio respiró fuertemente, y movió la cabeza de un lado á otro, abriéndola boca cual si temiera no encontrar bastante aire para llenar sus pulmones.

El capitán miró á sus enemigos sin odio y sin rencor y cerró los ojos aparentando la mayor indiferencia.

—¡Qué hombre! murmuró Al-Arbi; nada le intimida, nada quebranta su entereza.

—Ese mismo es el temple de alma del barón vuestro señor padre, respondió Muller con sombría tristeza. Ah...! si le hubiera V. visto en la batalla de Borodino, el 7 de setiembre de 1812...!

La tapicería que cerraba la puerta de la tienda fué levantada lentamente; Mahiah apareció en el umbral y dijo con voz respetuosa:

—Los caballos están ensillados, señor.

—Marchemos dijo Al-Arbi.

En tanto que amo y esclavo se dirigían estas breves palabras, una mano seca y arrugada se apoyaba en el brazo del segundo, y le oprimió tres veces á intervalos desiguales para llamarle la atención y recomendarle al mismo tiempo la prudencia.

Mahiah volvió la cara con disimulo y vió á la negra cafre, quien, levantándose sobre la punta

de los pies y volviendo el rostro para no mirarle de frente le dijo en voz baja:

—No pierdas tiempo, hijo de mi hermana... Vete en paz y camina bajo la mirada del Grande Espíritu, nieto de Caika... No olvides mi palabra, es sabia y experimentada... Vete en paz... Adios.

Muller y Gaston salieron de la tienda vestido un traje de camino á la usanza berberisca.

Un cuarto de hora despues, los raptores y sus prisioneros salían del campo de los Medgeres, guardando el mismo órden de marcha con que habían entrado.

—La tribu toda salió á despedirlos entre aclamaciones é invocaciones á Dios para que les diera un buen viaje.

La caravana se dirigió al este de Mascara, hacia el territorio de Tekedempt.

X.

LA CITA.

Doce dias despues de la salida de Al-Arbi del campamento de los Medgeres—(de aquí en adelante solo llamaremos á Gaston Al-Arbi) á despecho de Muller, quien le daba constante y respetuosamente el título de señor baron,—un hombre caminaba lentamente por los senderos pedregosos y cubiertos de zarza que cruzan en todas direcciones el pais casi desierto, de los *Chots*, (1) próximo á la montaña Baghara en los confines del Angad y de la Yagubia. (2)

Este hombre se apoyaba para andar en un pa-

(1) Lago pantanoso.

(2) La YAGUBIA fué ocupada militarmente, la primera vez, por las columnas al mando del general Lamoriciere.

lo mas alto que él y armada una de sus puntas de un largo gancho; vestía un cumplido kaban de tela listada, formando rombos de vivísimos colores sobre fondo oscuro, traje que le daba el aspecto de un arlequin. El viajero llevaba caido sobre la espalda el ancho capuchon de su kaban que dejaba al descubierto su cabeza tocada con un *Chechia* (1) y un turbante negro, muy retorcido y apretadas sus vueltas; debajo de este turbante asomaba un rostro tostado por el sol, amarillo, macilento y sucio, y dos ojos enfermizos de mirada inquieta y cobarde.

Este viajero era el judío Samuel.

Detras de este y casi pisándole los talones caminaba una mulita de España, viva regordeta y de pelo gris y lustroso.

La mulita iba aparejada con una albarda sobre la cual habían colocado esa especie de jaula en que los árabes encierran sus mugeres cuando pasan de una provincia á otra. Estas jaulas son de forma cuadrangular, labradas con cañas cuyas estremidades superiores se doblan hacia un centro comun, figurando una cúpula semi-esférica y están cubiertas de haiks blancos sobre los cuales refractan los rayos del sol: tienen en cada cara, un ventaniilo ó respiralero, merced á los cuales se establecen ligeras corrientes de aire para comodidad de las viajeras.

La mulita llevaba una cabezada de cuero mar-

(1) CHECHIA, casquete que sirve para asegurar el turbante.

roquí rojo, adornada con fiekos, caireles y borlas de estambre blanco; colgábale del pescuezo un amuleto hecho de un pedazo de suela; una media luna formada con dos colmillos de javalí y una chapita de plata cortada en figura triangular.

Samuel tiraba del ronzal y la bestia caminaba lentamente al paso de su conductor, mordiendo los cardos y las alcachofas silvestres que encontraba al paso.

El sol comenzaba á ocultar su disco de fuego detras de las cimas de los montes Smiel, importante cordillera de montañas que detienen los inmensos torbellinos de arena que levantan los vientos del Sur, y que de ese modo protegen los fértiles campos de Tlemsen. El cielo hacia el occidente se teñía del mas hermoso color naranjado; y las nubes, reflejando las tintas del astro próximo á su ocaso, flotaban sobre su inmenso fondo de oro y mezclaban alejadas del horizonte, sus reflejos de púrpura con el azul del cielo.

Había sido el dia bochornoso, y la brisa de la tarde participaba todavía de aquel calor, y soplabá lentamente impregnada de esos densos vapores que ni los insectos ocultos en la maleza, pueden respirar sin angustia. Los cerros y las llanuras estaban sembrados de esos largos filamentos blancos que los campesinos en Francia llaman *hijos de la Virgen*. El viento tibio é imperceptible arrastraba algunas partículas de polvo, y los saltamontes revoloteaban de mata en mata, rozando con sus grandes alas de color violáceo las yerbas

agostadas. Hacia el Sur y á la izquierda del viajero, la vista se extendía sobre las inmensas estepas del Angad y sobre los pantanos cubiertos de junco: el cielo, velado hacia este punto, por grandes masas de polvo arremolinado, aparecía del rojo color de sangre.

Samuel aceleraba el paso cuanto podía por atravesar las pendientes meridionales del monte Behgra, en que había ya penetrado, teniendo á su frente hacia el Oeste las estrechas gargantas de las fuentes del Iser; gargantas que parecen impenetrables por lo próximas que están unas á otras las ramblas que forman aquellas angosturas, y que las oprimen entre sus rocas y sus precipicios cubiertos de árboles, malezas y enredaderas espinosas.

En aquellos lugares agrestes y desiertos, el eco repite incesantemente el ruido de las aguas de los torrentes y cascadas, y el grito del ave de rapiña, cirniéndose en los aires ó revoloteando sobre su nido. Algunas veces, cuando el cielo anuncia la tormenta, óyese en los valles el rugido del león cuya imponente voz domina todos los ruidos.

Hacía algunos instantes que el judío parecía haber cobrado nuevo vigor, pues alargaba el paso en términos de hacer trotar la mula. Sin embargo continuaba caminando silencioso y cabizbajo. La senda se estrechaba cada vez mas é indicaba desaparecer muy luego: la vegetacion cambiaba sensiblemente el color de su vestido de esmeralda... El país mudaba de aspecto y al mismo tiem-

po de naturaleza; á los árboles, al monte y á las peñas tapizadas de muzgo, reemplazaban el canto rodado, el suelo rojizo, y las arenas movedizas.

De improviso, una voz fresca, timbrada é indolente pronunció el nombre de Samuel y lo repitió por tres veces.

El sonido de esta voz melodiosa, resonó en medio de aquella naturaleza agreste, en medio del ruido de los torrentes, y del mugido del viento, entre las ramas de los árboles seculares; como el canto del ruiseñor entre el bramido de una tempestad. Diríase que el céfiro envidioso se llevaba sobre las alas aquel sonido claro y argentino.

—Samuel...? Samuel...? repitió la voz.

El judío que se había hecho el sordo á la primera llamada, hubo de obedecer á la segunda y detuvo el paso.

—¿Qué quieres Kadidja? respondió; no me entretengas, por Dios, pues la noche se acerca.

—Recoge estos haicks... quiero respirar el aire... Recógelos que me ahogo...

—Kadidja, te lo ruego por el Dios de las alturas, no cometas una imprudencia al fin de nuestro viaje...! Dios castiga á los temerarios.

—Obedece, te lo mando...! mira que me ahogo...

—Pero...

—¿Acabarás... perro judío...?

Aquella voz cariñosa habíase tornado de improviso en despótica y altanera, sin perder por eso su timbre sonoro y metálico.

—Ay de mí! murmuró Samuel; y comenzó á recoger los haiks que cubrían la jáula donde yacía recostado á cubierto de los ardores del sol el déspota que acababa de significarle su voluntad en términos que no admitía dilacion.

En tanto que soltaba los nudos y lazadas de los cordones, el pobre judío tuvo que contestar á un diluvio de preguntas que le fueron dirigidas con tono de autoridad.

—¿Se ha puesto el sol?

—Muy pronto se ocultará detras de las montañas.

—¿Nos falta mucho camino?

—Nó.

—¿Donde nos encontramos?

—Entramos en la garganta de Beni-Smiel.

—¿Hemos llegado, pues? dijo Kadidja, quien desembarazada al fin, del velo que la cubría, salió como un pájaro de su jáula dando las alas y su voz al viento, y mostrándose á la dorada luz del sol poniente, hermoso el rostro, radiante de felicidad, alta la frente, la mirada centelleante; la tez sonrosada y el seno palpitante á impulsos del cansancio del viaje y del júbilo que le produjo la noticia que acababa de oír.

—Conque ¿hemos llegado? repitió paseando su mirada brillante y cariñosa por el árido desierto y por la magnífica vegetacion de las montañas.

—Una hora mas de camino, y te apearás de una vez.

—Todavía una hora murmuró Kadidja con sentido acento.

—Una horita... y nada mas.

—Paciencia, Dios lo quiere... pero ¿saldrá á mi encuentro? Sí, le oigo... le siento llegar... Oh! que feliz voy á ser...! Pero... anda, judío... anda á prisa...!

Kadidja, esta muger á quien vimos de pasada, una noche en Mazagran, tenía una de esas fisonomías especiales que impresionan, sorprenden desde la primera mirada y subyugan el alma dejando en ella un recuerdo indefinible y que nunca se puede olvidar. El óvalo de su rostro era poco prolongado, y carecía por lo tanto de la belleza verdaderamente típica; pero su altiva, tersa y hermosa frente, espejo de sus pensamientos; sus negras cejas, arqueadas y movibles que anunciaban, al acercarse los primeros impulsos de la cólera encendida en su corazón, ó que al separarse perezosamente se abrían como las nubes en un cielo tempestuoso para dar paso á un rayo de sol, nuncio del buen tiempo; sus ojos de azabache, grandes, rasgados y de admirable limpieza, donde se reflejaban el amor ó el odio, el desden ó la piedad, el valor ó los celos en su mas gráfica manifestacion cuando cualquiera de estas pasiones atormentaba su alma; sus largos cabellos á medio trenzar y esparcidos en bucles de un negro aterciopelado sobre su cuello blanco y modelado, y sobre su seno palpitante; suplían con su gracioso conjunto, con su encantadora originalidad y con su seductor

atractivo, la distincion que le robaba el óvalo poco prolongado de su rostro, que por otra parte hubiera podido servir de modelo á un gran maestro para representar la varonil belleza de la heroína ó la dulce languidez de la tímida vírgen.

Kadidja tenía de diez y seis á diez y siete años; pero en la zona ardiente de la comarca en que había nacido, las mugeres lo mismo que las flores exhalan todo su perfume, se visten con sus mas brillantes colores en edad temprana, y se ajan, languidecen y sucumben, mucho antes del tiempo que la naturaleza tiene señalado para morir á las mugeres y á las flores de los climas templados. Kadidja, nació de familia árabe; su padre era agha de la llanura, cerca de Ain-Madhi (1) y sus abuelos tenían un origen que se perdía en la noche de los tiempos.

El Hacken de Mostagan, que había oido celebrar la belleza de Kadidja, la pidió á su padre por esposa y la obtuvo á pesar de la negativa de la jóven. Salió de su tribu con un acompañamiento digno de su rango y de sus riquezas, y llegó á la casa de su futuro, dos dias antes de que anclara en la rada el vapor que conducía al Al-Arbi. Su prometido salió á recibirla lejos de Mostagan, seguido de los numerosos esclavos de su casa y de los ginetes

(1) Ain-Madhi, villa situada en los confines Sur de la Regencia de Argel, y tributaria de los beyes de Oran bajo la dominacion de los turcos. Las tropas francesas no han penetrado todavía en aquel país que dicen es rico y fértil.

de su milicia. La *fantasía* con que se celebró la llegada de la hija del Agha, fué de las mas espléndidas y ruidosas: disparáronse en ella mas de mil tiros de espingarda y de pistola, y se arrojaron innumerables puñados de monedas á los asistentes. Las matronas atronaron el aire con el *yu, yu...* (1) agudo y penetrante, y la desposada entró en Mostagan, sobre los lomos de una camella blanca ricamente enjaezada, entre los gritos de la multitud que celebraba su incomparable belleza, no obstante estar cuidadosamente velada.

Fijose para el siguiente día la ceremonia del casamiento; y entretanto, Kadidja fué confiada al cuidado de sus esclavas, recomendándole muy particularmente que se entregase al descanso tan necesario despues del largo viaje que acababa de hacer.

La jóven debió cumplir tan al pié de la letra la recomendacion, que á las doce del siguiente día la puerta de su aposento permanecía cerrada, y la esclava que hacía centinela juró que su ama debía estar todavía dormida, pues que continuaba reinando el mas profundo silencio en su estancia.

El enamorado y galante Hacken, respetó el sueño de su desposada hasta que llegada la hora de mostrarse en público, fué indispensable llamar á la puerta del aposento de la jóven.

(1) Las mugeres árabes en todos los festejos celebran las proezas y las gracias de los ginetes y de los bailarines con un grito agudo que sirve de estímulo á los actores de la fiesta.

Nadie respondió.

Renováronse los golpes cuyo ruido aumentaba sin que se obtuviera una contestacion mas satisfactoria... La inquietud se apoderó de las esclavas del hacken, quienes por órden suya echaron la puerta abajo...

Ni una paja se movió en el aposento á pesar del estrépito que se hizo al derribar la puerta.

El hacken se precipitó hacia la alcoba donde Kadidja debió pasar la noche... describió las cortinas bordadas con lentejuelas de plata que ocultaban la alfombra, los cojines, el lecho, en fin de su desposada y... quedó mudo, inmóvil, anonadado, y contemplando con espantados ojos aquel tálamo no solo vacío, sino en un estado que manifestaba no haber servido un solo instante.

Recobrado de su aturdimiento, el hacken paseó una mirada investigadora sobre todos los objetos y todas las riquezas que el día anterior había amontonado en aquella estancia para regalo de Kadidja y, por último, se inclinó para recoger del suelo una babucha bordada de oro y perlas, tan diminuta, que parecía destinada para el pie de un niño. El hacken la contempló estático algunos momentos hasta que lanzó un leve grito en que se mezclaban la cólera, la sorpresa y la indignacion.

—Sobre el terciopelo rojo del talon de esta babucha, había leído, escrito con menudas perlas blancas; el nombre de *Al-Arbi*.

En pos de la sorpresa y de la indignacion esta-

lló la cólera mas violenta. El hacken prorrumpió en gritos furiosos y desesperados. La esclava á quien se encomendó la guarda de la puerta del aposento de Kadidja fué sometida al tormento, y recibió cien palos sin que pudiera obtenerse de ella mas indicios ni noticias, sino que su jóven ama no había hecho el menor ruido ni intentado evadirse.

El burlado esposo destacó sus ginetes en todas direcciones para buscar la bella fujitiva; él mismo montó á caballo con objeto de activar las diligencias y envió espías á las tribus vecinas. Trabajo en vano... De la hermosa Kadidja solo quedó en la casa del hacken una magnífica babucha, cuyo diminuto tamaño y el nombre bordado en ella, fueron dos suplicios para el que debió ser su esposo.

El suceso llamó extraordinariamente la atencion en Mostagan: los oficiales franceses de la guarnicion decían que la historia era nueva y divertida, y que merecía llenar las ocho columnas del folletin de un gran periódico.

Reciente la aventura del hacken, recibióse la noticia del fin trágico del capitan de Candeuil, y se supo con sorpresa que el nombre de Al-Arbi figuraba tambien en este desgraciado acontecimiento.

Tocole al burlado esposo tomar el desquite.... Toda la poblacion de Mostagan se manifestó consternada. El jefe audaz, sombrío é implacable que había llevado á cabo estos dos atrevidos golpes

de mano, fué maldecido y condenado al suplicio. El hacken puso precio á su cabeza, y los amigos del capitan juraron vengarle.

¡Qué hermosa jóven es Kadidja...! Miradla en el instante en que Samuel ha descubierto su palanquin paseando su curiosa y brillante mirada sobre los objetos que la rodean. Fijaos en el imperceptible jesto desdeñoso que se dibuja en el labio superior de su boca, entreabierta para respirar la brisa de la tarde, que juguetea entre la yerba que tapiza los bordes del sendero, y para mostrar sus dientes blancos, menudos, iguales y nacarados. Su cutis es fino, trasparente y despide un dulce calor. En su frente se manifiesta que tiene el corazon de la muger amante, y el alma indómita del guerrero.

Es una hija nacida de las arenas del desierto y del Simun que las anima; que lleva en su alma un rayo del sol ardiente que reina en aquel Océano de polvo y de huesos humanos: es la paloma que moja sus alas en los manantiales sagrados del Oasis, que canta sus amores en la copa de la gigantesca palmera, y que duerme y arrulla en su lecho de hojas de musgo.

Kadidja viste una larga túnica blanca, sujeta al talle por una faja de seda encarnada con filetes amarillos. Las mangas que son anchas forradas de brocado flor de amaranto, pueden quedar sujetas á la muñeca por medio de una presilla; pero como Samuel á sus ojos no es un hombre, déjalas flotar á merced del viento y mues-

tra el desnudo brazo, blanco, torneado y suave, coloreado por los reflejos del sol.

Una cadenita de plata ostiene en su cintura un pequeño puñal de hoja triangular y dos filos, cuya empuñadura es un trozo de coral artísticamente tallado con incrustaciones de nácar. Sobre esta empuñadura se lee, lo mismo que en la babucha de Mostagan, el nombre de Al-Arbi.

La voz, la mirada, la actitud y el gesto de Kadidja, revelan que su mano carnuda y de afilados dedos, suave y cruzada por multitud de venas azules; lo mismo puede blandir aquel puñal, que prodigar amorosas caricias.

Samuel había emprendido de nuevo el camino llevando la mulita del ronzal. El sendero que cruzaban los viajeros comenzaba á perderse, y tuvieron que torcer casi en ángulo recto á la derecha, para entrar por una estrecha garganta de la montaña, dominada por enormes peñascos y envuelta en las primeras sombras de la noche.

La mula andaba á saltitos entre los carlos silvestres y las ramas espinosas que le arañaban las piernas. Kadidja impaciente y enojada por las cortas y frecuentes detenciones del animal, sacó el puñal y se sirvió de él á manera de espuela para acelerar el paso de la bestia. Samuel temeroso de sufrir un pisotón en los talones, aventuró tal cual palabra para refrenar la impaciencia de su ama; pero viendo que todas sus observaciones se las llevaba el aire, resignose á menudear el pa-

so, hasta que mohino y cansado, exclamó con voz apesadumbrada:

—Kadidja; no tienes compasion de tu pobre guia... Mis piernas se niegan á llevarme, mi cuerpo está destrozado y sin embargo me haces correr.

—Te pagará bien. Al-Arbi es generoso.

—Y ¿podré llegar hasta donde se encuentra? Kadidja, no me mates en el camino; mira que tengo los pies ensangrentados y las piernas doloridas con tanto tropiezar contra las peñas... Recuerda que hace doce días con doce noches que no he cerrado los ojos, atento solo á servirte y á vigilar.

—Respondes de mí con tu cabeza; luego vigilabas por tu propio interes.... Pero descuida que tus vigiliass entrarán tambien en la cuenta.

—Ay de mi...! mal aventurado Samuel! exclamó el judio. Y, esto diciendo, detuvo el paso de la mula, se apoyó sobre el palo que llevaba en la mano y continuó, dando á su voz un acento plañidero:

—Descanse nos un momento antes de subir ese empinado cerro... No puedo mas... y si muero rendido por la fatiga, ¿quien te servirá de guia?

Samuel se dejó caer sentado sobre un pedrusco que se encontraba á un lado de la senda, y permaneció inmovil, agoviado y con la frente apoyada entre las manos.

La mora detuvo su cabalgadura; dirigió al judío una mirada de desprecio, hizo un gesto de

impaciencia, contempló con ansiedad febril el camino que le quedaba por andar, y, después de transcurridos algunos minutos, volvió el rostro hacia Samuel y le dijo con reposado acento.

—Vamos, ¿estas dispuesto?

El judío se levantó acercó á sus labios una calabacita que contenía una mezcla de aguardiente anisado y ginebra; bebió un trago, y echó á andar, murmurando: gracias Kadidja, gracias...

Llegados á la cima del cerro de rápidas pendientes, que cierra la entrada de las gargantas donde nace el Iser, los viajeros se encontraron en una reducida meseta de forma triangular cubierta de arbustos, entre los que se veían algunos árboles frutales. Esta meseta tiene á dos lados barrancas y derrumbaderos bastante profundos; sus laderas, cubiertas de plantas trepadoras, de hojas anchas, de zarzas y matorrales impenetrables, descienden hasta dos arroyos que serpenteando sobre un álveo de guijarros cuyo murmullo cadencioso presta cierto encanto á aquellos agrestes lugares, se reúnen en el ángulo mas agudo de la meseta, y se precipitan confundiendo sus aguas en una hondonada mas profunda y mas estrecha que los derrumbaderos. Sobre uno de los lados de este precipicio y entre la profunda sima y una gigantesca muralla de granito, baja una senda estrecha, pedregosa y alfombrada con menuda yerba que tiene impresa la huella del pie de algun viajero.

Samuel se internó por tan peligroso camino:

la mulita se negó á seguirle; pero estimulada por la punta del puñal de Kadidja, hubo de renunciar á su resistencia y caminó en pos del guía con las orejas yertas, la mirada recelosa y dando tal cual recio resoplido.

La senda estaba oscura y sombría, no obstante que el crepúsculo de la tarde iluminaba todavía la llanura. Oíase el ruido de las alas de los buitres y de los mochuelos entre las ramas y las hojas de los árboles, ó lanzar sus gritos ásperos y monótonos desde los picos de las rocas.

Después de haber caminado por espacio de un cuarto de hora por la senda abierta en la vertiente del precipicio por donde corren las primeras aguas del Iser, los viajeros desembocaron en un ameno vallecito cerrado por cuatro montañas de figura cónica cuyos vértices reflejaban las últimas tintas del sol poniente. En este sitio, el Iser se precipita con estrépito en un profundo abismo en donde desaparece para mostrarse de nuevo á unos trescientos pasos de distancia, aumentado su caudal de agua, con la de algunos arroyuelos y manantiales que lo transforman muy luego en uno de los afluentes mas importantes del rio Taina.

El valle circular donde se encontraban los viajeros, era en realidad, un Oasis en medio de aquella naturaleza árida: su suelo aparecía cubierto de arbustos y plantas floridas que la vista distinguía con dificultad por la proximidad de la noche. Samuel y la mula se hundían en la yerba

hasta las rodillas; y caminaban con mucha prudencia y no poca dificultad.

Kadidja suspiraba y quería penetrar con la vista las rocas, los cerros y los matorrales; manteniéndose silenciosa á pesar de su creciente ansiedad é impaciencia.

De improviso la mólita dió una huida de costado y luego retrocedió con el cuello erguido, las orejas empinadas y dando recios resoplidos.... Un hombre apareció, como salido de las entrañas de la tierra, á veinte pasos del judío y se dirigió precipitadamente hacia él.

Kadidja exhaló un grito inesplicable de alegría; echose abajo de su montura y corrió lijera como una corza hacia aquel hombre, que la recibió con los brazos abiertos, y la tuvo largo rato estrechada contra su corazon.

Samuel se apartó á un lado, y permaneció silencioso apoyado sobre su palo.

—¡Gracias á Dios!, exclamó Kadidja, así que hubo recobrado el uso de la palabra; ¡Llegastes, al fin, señor...! Ah! cuantas inquietudes, cuanta fatiga é impaciencia he sufrido, esperando la llegada de este suspirado momento...!

—Mucho ha debido molestarte tan largo viaje, amiga mía, interrumpió Al-Arbi; tu delicado cuerpo habrá sufrido grandes dolores.

—Mi cuerpo, es verdad, no tiene el vigor y la energía que el tuyo; pero mi alma participa de la fortaleza de ese corazon que late ahí, respondió la mora poniendo su blanca mano sobre el ace-

rado pecho de Al-Arbi; siempre que trate de reunirme á tí, mi señor, la gacela me dará sus ligeros pies y la leona me prestará su impetuoso valor... Viéndote no recuerdo el pasado y solo pienso en tí, en el presente...

Kadidja acompañaba sus palabras con miradas amorosas, y estrechando entre las suyas las manos de Al-Arbi.

—Samuel está ahí... nos mira y nos escucha... Ven, amada de mi corazón, ven á descansar bajo el techo del proscrito...!

—Dices bien; habíame olvidado de Samuel; y aunque ese no sea un hombre, nadie ni nada debe ser testigo de nuestro amor... Vamos, pues, te sigo... Pero no, no; prorrumpió Kadidja con exaltación creciente; no debo seguirte, quiero caminar á tu lado, apoyada sobre tu brazo, cubierta con tu albornoz y encorvada bajo el peso de mi dicha...! Ya no me separaré de tu lado,... soy tu esposa, tu compañera, tu esclava y tu sombra...! ¿No es verdad, amado mío?

—Dios ha recibido nuestros juramentos .. ¡Tú eres mi vida...! y, como el destino, eres inseparable de tu esposo...! El Señor ha formado el cielo para reunir aquellos á quienes una vida hartobreve separa en el mundo, donde todo acaba tan pronto.

Luego, acercándose á Samuel, continuó dirigiendo la palabra á Kadidja.

—¿Estás satisfecha del cumplimiento y celo de tu guía?

El judío dirigió una mirada tímida y suplicante á la mora, para pedirla que diera una contestacion favorable.

Kadidja manifestó que solo tenía que lamentar la lentitud con que el judío había caminado; pero que por otra parte no podía dirigir cargo alguno contra él y que había ganado su salario.

—Mi lentitud era prudencia, balbuceó el judío; pues jugaba algo mas que mi cabeza en tan largo viage: esponía la libertad de la esposa del mas grande entre todos los gefes..

Al-Arbi recibió con una sonrisa esta humilde adulacion y respondió con acento benévolo:

Síguenos; serás bien pagado.

Al-Arbi, dando la mano á Kadidja y seguido de Samuel atravesó la meseta en su mayor longitud, luego rodeó uno de los cuatro cerros, y, por último, se internó por un sendero pedregoso que despues de subir por los dos tercios de la ladera, descendía rápidamente hacia un estrecho regajo por donde corrían inquietas y bulliciosas las aguas de uno de los ramales del Iser.

Despues de caminar durante un cuarto de hora por un terreno escabroso, en el cual la mula resbalaba y tropezaba con mucha frecuencia, los viajeros entraron en una senda que se nivelaba suavemente y se perdía bajo una bóveda formada de enredaderas y plantas trepadoras, fresca, húmeda y perfumada con las emanaciones de la acacia y del granado; que mezclaban su aroma con el de las plantas y flores silvestres que matiza-

ban aquellos lugares inhabitados.

Los viajeros se vieron en la necesidad de encorvar las espaldas para caminar por aquel sendero, en el cual sus pies resbalaban sobre la menuda yerba. La noche envolvía en su negro manto la naturaleza, y la soledad y el silencio aumentaban la tristeza del lugar... Solo los dos amantes se regocijaban en medio de aquella naturaleza virgen, melancólica y silenciosa al despedirse del astro del día; en medio de aquellas rocas gigantes que se alzaban como fantasmas entre las sombras.

Un grito ronco, penetrante y siniestro turbó de repente el silencio de aquellas soledades.

—¡Dios de Abraham! ¿qué ruido es ese...? exclamó Samuel, acercándose azorado á Al-Arbi, y tirando del ronzal á la mula que se había encabritado.

Un nuevo grito mas fuerte y mas agudo que el primero, resonó entre los matorrales, hizo vibrar los ecos de la montaña, y se perdió luego en los abismos y en las cimas de las mas altas sierras. A este grito sucedió inmediatamente un ruido sordo, semejante al que produce el javalí acosado por la jauría, y se abre camino por medio de los jaras y del monte alto.

—¿Qué ruido es ese? preguntó Kadidja sin manifestar sobresalto.

—Es Yacub, mi centinela que ha sentido nuestra llegada, respondió Al-Arbi. Acortemos un poco el paso, pues la senda es peligrosa... Tú, Samuel, anda con mucho cuidado: á la izquierda

existen unos cuantos silos abiertos, donde cabes cómodamente con la mula... Sería ese un gravísimo contratiempo, porque necesitaremos mañana esa bestia.

—Ay de mí! señor...! ¿Dón le nos llevas? La noche en los infiernos no puede ser mas sombría que lo es aquí.

—No tardarás mucho en encontrarte en el caso de hacer la comparacion.... Pero, entretanto anda derecho, pues el menor paso en falso, podría precipitarte á trescientos piés de profundidad, en paraje á donde no sería ciertamente yo quien bajara á buscarte.

—¡Señor Dios de Israel! tened misericordia de mí...! balbuceó el pobre judío.... ¡Que mal comercio he emprendido!

—¿Qué centinela es esa de que nos hablastes. mi señor? ¿Es un esclavo ó un amigo? preguntó Kadidja manifestando ese cariñoso interés que se toman las mugeres por todo aquello que atañe al hombre que aman noble y desinteresadamente.

—Yacub, es el amigo del proscrito, r spondió Al-Arbi con dulzura: pero es un amigo mas leal de lo que generalmente son los hombres... Escucha... ¿oyes esos gritos de alarma, de cólera y de furor? Es Yacub que sacude sus alas en la espesura, porque ha oido el ruido de nuestros pasos y dá la voz de alerta á mis compañeros... Yacub, es un buitre salvaje... tan sentido y tan leal, que cuando la gravedad é inminencia del peligro no me permite confiar á nadie el cuidado de velar

mi sueño, lo pongo de centinela á mi lado, y entonces cierro los ojos y me duermo tranquilo para soñar contigo, con nuestro amor, con los destinos del pueblo de Dios y con los dastres de la guerra santa.

En este momento dejáronse oír nuevos gritos. pero apagados, casi tiernos, y acompañados de un alegre aleteo, que ponía en movimiento las ramas y las hojas de un alto tamarindo que se alzaba frente á los viajeros.

—Yacub nos ha conocido, dijo Al-Arbi. He aquí el viejo Muller... Hemos llegado ya... Kadidja, amor mío; dentro de dos días estaremos al lado de mi padre y del Califa,... en la tribu, y rodeados de la familia...

—Unidos para siempre! exclamó Kadidja con amoroso orgullo.

—Para siempre! repitió Al-Arbi.

Un hombre se adelantaba con paso cauteloso hacia los viajeros. Era Muller, quien, con el fusil preparado, oído atento y ojo avizor se había puesto en emboscada, preparado para recibir á su señor ó dispuesto á hacer fuego si el que se anunciaba era un enemigo.

Después de haber cambiado algunas palabras con Al-Arbi, el veterano llamó á parte á Samuel y le dió instrucciones. Entretanto, Kadidja y su amante habíanse acercado á un grupo de peñas gigantes y deteniéndose de lante de una cueva inmensa, trabajo formidable de uno de esos espantosos cataclismos que trastornan de arriba

á bajo ciertas comarcas.

Uno de los manantiales del Iser, que brota al pie de un montecillo de rápida pendiente, se precipita, despues de haber corrido un corto trayecto, en una sima profunda cuyos bordes están cortados en ángulo recto. La vista no puede penetrar en el fondo de ese abismo, por el cual corren mugiendo las aguas de un torrente; por oponerse á ello la vegetacion silvestre que crece en los planos verticales de aquellos bordes, tan copiosa, exuberante y apretada; que forma una cúpula impenetrable á la luz.

Esta magestuosa torrentera tiene sus bordes equidistantes en toda su estension; y esta equidistancia medirá unos treinta pies. Uno de aquellos bordes parece que la continua hacia el fondo del abismo, gracias á una roca gigantesca que se levanta cortada á pico, mas de trescientos pies, y que se vé coronada de un cerro cubierto de matorrales, de zarzas y de árboles. Algunos estrechos senderos ascienden en zizag alrededor de aquel colosal pedazo de granito, en el cual la naturaleza ha abierto una inmensa caverna. Penétrase en ella por una larga galería cuya entrada es una boca cortada sobre el plano vertical del peñasco perpendicular al torrente, y en situacion tal, que ninguno de los senderos laterales puede llevar hasta ella por el derrumbamiento de la borgia que le sirve de asiento.

Hacía mucho tiempo que los pastores habían construido un puente, que ponía en comunicacion

los dos bordes de la profunda torrentera; es decir, la boca de la caverna con el lindo valle que se extiende á su frente: este puente era pura y simplemente un bastidor ó emparrillado de madera, cubierto de ramas y tierra apisonada, bastante sólido sin embargo, para permitir el paso de un caballo.

La caverna de *Arudj* (este es su nombre), ha dado origen á muchas tradiciones y leyendas terroríficas, que hacen de aquel subterráneo un lugar maldito y abandonado. Su entrada estaba oculta, no hace todavía mucho tiempo, por un tamarindo secular, extraordinariamente copudo, cuyas emanaciones balsámicas se aspiraban desde larga distancia.

Al-Arbi y Kadidja detuviéronse un instante delante de la boca de la caverna, y muy luego cruzaron el puente que conducía hacia las profundidades del subterráneo. Muller encendió una resinoso tea; y Al-Arbi, enlazando á su brazo el de Kadidja, la condujo con paso rápido por aquella inmensa y sombría gruta, diciéndole, con el acento mas grave de su voz entera y varonil:

—Ven á contemplar el asilo donde han obligado á refugiarse al enviado del profeta...! Ven á ver el espacio donde se cierne el águila...! el hueco donde anida la serpiente...! ¡Maldicion sobre todos los cristianos...! que *Ebli* (1) los mire sin piedad ni misericordia.

Samuel, tras largos esfuerzos, logró hacer en-

(1) *EBLI*, el ángel caído.

trar la mula que daba recios resoplidos, en tanto que él invocaba todos los patriarcas y hasta la burra de Balaam.

.

El buitre recogió las alas y se encaramó sobre una de las ramas mas altas del tamarindo, para dormir y hacer centinela simultaneamente.

Un momento despues, oíase solo el murmullo de las aguas de los manantiales y de vez en cuando el ahullo de los chacales hambrientos.

XI.

LA VELADA.

La caverna en que Al-Arbi, Kadidja y su acompañamiento se encontraban, tenía una entrada estrecha con relacion á sus dimensiones interiores: esta boca, recortada en la peña viva en forma de puerta, estaba casi obstruida por las ramas mas altas del colosal tamarindo que la protegía, y daba sobre una galería entapizada de brillantes estalactitas y de yedra. Su piso, ligeramente inclinado, era duro, húmedo, y estaba alfombrado de menuda yerba. Los reflejos de la tea que llevaba Muller ponían en dispersion las pequeñas sabandijas rapantes sobre las paredes de la roca, y los murciélagos que colgaban en las asperezas de la bóveda.

Samuel andaba mas muerto que vivo por aquella

lóbrega galería, en la cual no podían marchar dos personas de frente. La mulita asombrada habíase vuelto respingona, y se negaba con la cabeza y con las cuatro patas, á continuar un viaje tan nuevo para ella; lo cual obligó al mísero judío á pasar á retaguardia para vencer á palos y empujones la resistencia del animal.

A medida que adelantaban por la galería, su espacio se ensanchaba redondeándose la planta de sus muros para aproximarse de nuevo á unos veinte pasos por delante, y formar un recinto elíptico en el centro del cual se detuvieron los viajeros.

—Clava una estaca aquí, dijo Al-Arbi á Samuel, y ata la mula: la yerba es buena y abundante y el animal podrá pacer mientras no llega Mahiah que te traerá un pienso de cebada, y te ayudará á quitar el aparejo.

Muller ofreció al cuitado judío la tea que llevaba, y este la tomó en la mano, temblando como la hoja agitada por el viento y mirando con terror á sus compañeros de viaje que muy luego desaparecieron en un recodo de la galería.

—¿Podremos caminar á oscuras? preguntó Kadidja estremeciéndose imperceptiblemente, mas bien por efecto de la fría humedad de la gruta que por miedo á la lóbreguez del sitio.

No bien hubo hecho la pregunta, cuando vió brillar un vivísimo resplandor á la estremidad de uno de los recodos de la galería. Este rayo de luz que disipó las tinieblas lejanas, dibujó sobre las paredes que limitaban el recinto, sombras gigan-

tescas y fantásticas que se movían lentamente en todas direcciones. Al mismo tiempo se oía chisporrotear la leña seca que alimentaba una hoguera, y se vieron columnas de humo blanco y ligero esparcirse por la galería, perfumándola con los olores desprendidos de las maderas en combustion.

—Kadidja, dijo Al-Arbi, cúbrete con el velo, pues vamos á pasar entre cristianos.

—Cristianos! cristianos aquí! exclamó la mora echándose sobre el rostro su *taklilah*. (1)

—Tranquilízate; son dos prisioneros... Hélos, ahí.

Al-Arbi se detuvo.

En el sitio en que se encontraban los viajeros, el subterráneo ofrecía un aspecto aun mas lóbrego y siniestro que todo cuanto en él habían visto hasta entonces. La bóveda profundamente agrietada en varias partes, y mostrando grandes piedras exentas que parecían prontas á desplomarse; era inmensamente alta. Por una de aquellas dilatadas hendiduras, veíanse brillar algunas estrellas; y apercibíase á manera de un jiron del firmamento, débilmente alumbrado por la luz de la luna. Aquel pequeño espacio de cielo, visto desde la lúgubre y horrible cárcel subterránea, aparecía como una vision fantástica.

El perfume de libertad que se exhalaba de las alturas infinitas, y penetraba por la grieta dentro

(1) El TAKLILAH es el velo ó manto con que se cubren las moras y tienen cierta analogía, por su corte y longitud, con la mantilla española.

de aquella prision-sepulcro, debía exaltar el espíritu y embriagar el alma y el corazon de los míseros cautivos; tántalos condenados á ver y á no tocar la libertad; á recrear sus ojos contemplando el cielo azul durante el día y tachonado de estrellas durante la noche, y á sufrir la presion y los dolores de las ligaduras, que los tenían como clavados en el suelo del subterráneo de *Arudj*.

Los árboles nacidos en la superficie exterior de la gruta, se alimentaban allí con una savia mas nutritiva y vigorosa; algunas de sus grandes raíces atravesaban las grietas de las piedras que formaban la bóveda, y se torcían y retorcían contra las paredes interiores, describiendo figuras estravagantes y caprichosas.

El suelo de la galería en aquel sitio se ensanchaba unos diez pasos, y tenía la figura de un trapezio perfectamente dibujado. Oíase caer gota á gota el agua límpida de un vasero perdido procedente de algun manantial próximo; y esta resudacion monótona que interrumpía sola el silencio de la noche, hacía la mas lúgubre y fatídica.

La vivísima claridad que vino á disipar de repente las tinieblas que envolvían á los viajeros, procedía de una hoguera encendida en el centro de uno de los ámbitos mas espaciosos del subterráneo. En derredor del hogar veíanse tres hombres que estaban sentados ó acostados, dormidos ó téttricos y silenciosos. Mahiah, puesto de cuclillas, atizaba el fuego y solo interrumpía su trabajo para apoyar la frente entre sus manos ó para

mover la cabeza de un lado á otro con desaliento.

A pocos pasos del esclavo, el capitán y su compañero de infortunio, yacían sobre una mala estera de palma y vueltos de espaldas el uno al otro.

Jourdain dormía profundamente.

El capitán, sentado y echado de codos sobre las rodillas, permanecía en completa inmovilidad. Los dolores físicos, los sufrimientos de tan larga y penosa cautividad, la falta de los cuidados que exigía el estado de su salud y, por último, el desaliento, habían transformado cruelmente aquel hermoso jóven, tan altivo no ha mucho, y tan distinguido por su valor y por la nobleza de su corazón.

Sus vestidos en desórden, rotos y cubiertos de polvo: su barba larga y desaliñada; sus ojos que vencidos por el dolor habían perdido el brillo y la vivacidad: su frente todavía manchada de sangre y su rostro descolorido y enfermizo; mostraban su postración física, y revelaban que solo el vigoroso temple de su alma podía contener aquel cuerpo desfallecido y quebrantado.

Al entrar Al-Arbi y Kadidja en aquella lúgubre estancia, el negro se puso en pié respetuosamente; pero el capitán ni se movió ni hizo gesto alguno; mantuvo la mirada fija y penetrante.

Al-Arbi volvió el rostro hacia la joven mora, y le dijo acompañando sus palabras con una amarga sonrisa, en tanto que le mostraba con el brazo y mano estendidos su orgulloso prisionero:

—Mi corazón abriga un sentimiento no menos intenso y profundo que el amor que te profeso....

acaso mas imperioso, mas exigente, del cual temo que llegues á estar celosa...!]

Kadidja levantose bruscamente el velo, y fijó en los ojos de su amado una mirada brillante que los celos hacían centellear.

—Este sentimiento, continuó Al-Arbi, es un odio profundo, inestinguible que alimento desde la cuna contra ese hombre...!

—Quiero participar de él, respondió la mora con vehemencia; porque si aborrezco todo aquello que puedas amar, no siendo yo, ¿juzga como maldeciré todo lo que tú odies?

Al-Arbi estrechó la mano de la jóven; cruzó la estancia con paso acelerado y desapareció con ella por uno de los recodos de la galería.

Despues de dar órdenes á Mahiah, Muller examinó detenidamente las ligaduras que aseguran á los prisioneros, y luego se tendió junto al hogar donde no tardó en quedarse dormido envuelto en su albornoz.

De allí á poco; Mahiah regresó seguido del judío y ambos se acomodaron cerca del fuego. Samuel sacó de unas alforjas una torta amasada con harina de cebada, la partió y ofreció la mitad al esclavo, quien, cosa estraña, reusó el obsequio moviendo la cabeza tristemente.

El judío no insistió en su ofrecimiento, pero preguntó al esclavo la causa de su inapetencia.

—El corazon de Mahiah no tiene hambre... respondió este exhalando un suspiro.

Samuel, que tenía bastante que hacer con dar

satisfacción á su apetito, no quiso saber mas, y se comió la torta despacio y á grandes bocados hasta el último pedazo: despues bebió un buen trago de su calabacita, se arropó lo mejor que pudo en su kaban, tendiose al lado del hogar y se quedó profundamente dormido.

Mahiah echó en el fuego la última brazada de leña, y puso el oido atento á los ronquidos ó á la respiracion de los que dormían. Durante dos horas largas, el esclavo estuvo acechando como el gato acecha al raton, el sueño de sus compañeros, inmóvil el cuerpo é inmóvil la cabeza, y con los brazos estendidos y apretados contra el torso. A no ser por el movimiento semicircular de sus ojos que se fijaban alternativamente sobre cada uno de los que dormían, y por la dilatacion y contraccion incesante de las anchas ventanas de su nariz; hubiérasele tomado por la estatua informe de una divinidad egipcia.

Todos dormían á pierna suelta, haciendo retumbar el ámbito de la caverna con el ruido acompañado de sus sonoros ronquidos: todos, menos el capitan y el negro. En el alma de aquellos dos hombres de naturaleza tan opuesta reinaba un mismo sentimiento, un pensamiento idéntico y una desesperacion análoga.

El capitan, creyéndose solo despierto, dirigió sobre sus compañeros una mirada impregnada de desden y repugnancia á la par: Sus ojos se encontraron con los de Mahiah, que rebozaban malicia, inteligencia y astucia. El negro puso uno de sus

largos y huesudos dedos sobre sus labios, como para recomendarle la prudencia; y á pretesto de reavivar el fuego, se acercó arrastrándose sobre las manos y las rodillas hasta ponerse al lado del capitan, á quien dijo aparentando la mayor indiferencia, en tanto que empujaba hacia el centro del hogar las cenizas esparcidas y las brasas dispersas.

—¿Piensas en tu madre...?

El capitan se estremeció y levantó los ojos al cielo sin pronunciar una sola palabra.

—Al-Arbi es un gran gefe...! continuó el negro alzando progresivamente la voz; y tu eres un perro indigno del Schiaus que cortará tu cabeza.

El prisionero dirigió al cafre una mirada de compasivo desden, y resignado como estaba á sufrir todo género de ultrages; volvió la cabeza al lado opuesto y permaneció silencioso, indiferente y apático.

Con las últimas palabras del esclavo coincidió la presencia de Al-Arbi en uno de los ángulos de la estancia. El gefe apareció, embozado en un amplio albornoz negro armado con una lujosa espingarda, inmovil y silencioso como un fantasma.

—¿Estás de guardia, durante la primera vela-da, Mahiah? preguntó Al-Arbi.

—Sí, mi amo.

—¿Con quien hablabas cuando llegué aquí?

—Con el oficial... Lo denostaba para distraer el sueño...

El capitan no hizo el menor movimiento; sus

labios dieron paso á una sonrisa melancólica, y su fisonomía expresó la dulzura angélica del martir que compadece á sus verdugos, y que les perdona los dolores de su suplicio. Su alma, en pensamiento habíase alejado de su cuerpo; aquella levantaba su vuelo libre hacia el cielo, en tanto que este permanecía adherido á la tierra, quebrantado, encadenado, envilecido y amarrado al potro.

Al-Arbi, sin dignarse fijar la vista en su prisionero y sin responder al esclavo, tomó del hogar un tizon que flameaba y con él se internó en los recodos de la galería.

El negro puso atencion al ruido de sus pasos, y cuando dejaron de sonar, paseó una mirada curiosa sobre los que dormían y se acercó al capitán hasta tocarle con la mano.

De Candeuil retrocedió cual si hubiera visto acercársele un reptil venenoso. Mahiah hizo un nuevo signo de inteligencia para recomendarle el silencio, y luego pronunció en voz baja, tan baja que solo el prisionero pudiera oirlas, las siguientes palabras:

—Yacub no ha chillado todavía.

En el mismo instante oyose el ruido que produce el sacudimiento de las alas de un pájaro grande, y seguidamente penetrantes gritos.

Samuel se ajitó sobre su duro lecho; mas habiéndose restablecido el silencio fuera de la caverna, volvió á quedarse dormido roncando sonoramente.

Mahiah desarrugó el entrecejo que los movimientos del judío le hicieran poner, y exclamó, dirigiéndose al capitán con la mayor cautela.

—El buitre es un centinela vigilante; pero yo conozco la significación de todos sus gritos.... Al-Arbi está ya lejos en el campo.

El prisionero se hizo el sordo á estas palabras.

—Los cristianos tienen duro el oído y su espíritu parece huir lejos de ellos... Mahiah oye todo cuanto se mueve en su derredor: su mirada penetra los muros, su palabra engaña al enemigo.... Su corazón es bueno...

Sorprendido el capitán, volvióse hacia el esclavo.

—Mahia también piensa en su madre...! Su madre es anciana y está moribunda.... ¡Mahiah no la verá mas...!

El negro exhaló un profundo suspiro y continuó:

—Tú no habías oído las pisadas de Al-Arbi... Si hubiera escuchado lo que voy á decirte, me hubiera dado muerte.

—Luego ¿tus insultos fueron disimulo?

—Mahiah es mas astuto que el chacal, prorumpió el negro, cuyos ojos brillaron con siniestra luz, en tanto que una sonrisa de orgullosa satisfacción entreabría sus labios, y ponía al descubierto sus dientes blancos y puntiagudos como los de las fieras montaraces.

—¿Qué tienes que decirme y por qué me hablas de mi madre?

—Porque estoy prisionero como tú.... Porque soy pobre como tú y porque mi madre me espera.

—¿Prisionero tú...? Pues, acaso ¿tienes las manos agarrotadas como yo...? ¿No tienes sueltos los pies... no eres libre,... no te encuentras agil...? ¿Porqué no huyes...?

—No es hora todavía.... El Grande Espíritu no me ha animado con su soplo; y mis pies permanecen adheridos á la tierra...

—¿Qué esperas?

—El día de mañana.

—No te será fácil huir con la claridad del día.

—La serpiente es valerosa; pero muy cauta... Mahiah no quiere huir: hará que le pongan en libertad.

—¿A qué desgracia debes el ser esclavo?

—Mi madre era reina de Litakú... Mis desdichas son inmensas y no pueden contarse... Toda mi raza jime bajo el yugo...! Al-Arbi es mi amo... un mal amo, duro, y colérico. Porqué...? He soñado que su sangre es enemiga de mi sangre. Si mi sueño sale cierto, me vengaré.

—¿Qué esperas para vengarte de los ultrajes y de los golpes que te prodiga?

—Cuando el tigre tiene hambre, sabe esperar... Al-Arbi me ha comprado, quizá le compre yo á él.

—¿Por qué me has comunicado tus proyectos?

—Porque eres valiente y eres bueno... Durante la noche te he oído hablar en sueños... yo

no duermo nunca... Te he oído llamar á tu madre... Me inspiras lástima.

Los ojos del capitán se humedecieron y dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Esta es la primera vez que te veo llorar, dijo el esclavo; tu llanto alivia mis penas.

—¿Por qué?, preguntó el capitán con visible emoción.

—Mahiah llora hace tanto tiempo...! respondió el negro levantando los ojos. hacia la bóveda de la caverna.

El capitán inclinó la frente sobre el pecho.

El negro continuó:

—No es solo el nombre de tu madre el que has pronunciado en sueños... Muchas veces, entre suspiros, tus labios trémulos han invocado otro...

—¿Qué nombre?

—Mas tarde hablaremos de eso... Las alegrías del amor vendrán despues de las alegrías de la libertad.

—¿Puedes proporcionarme esa libertad? preguntó el capitán con vehemencia.

—Habla mas bajo... Si ese judío nos oyera, nuestra perdición sería inevitable.

Esto diciendo el esclavo se dirigió andando á gatas hasta la estera que servía de cama á Samuel. Acercó su cara á la cara del judío y le tocó con la punta de un dedo. Convencido de que dormía, regresó al lado del prisionero á quien hizo con la cabeza ese movimiento que equivale á una

afirmacion en todas las lenguas.

—Corta estas ligaduras que me oprimen! exclamó con impaciencia el capitan; á fin de que pueda estirar los miembros.

—Eso sería perdernos miserablemente los dos... Escucha; conozco á Al-Arbi: tu eres su enemigo desde la cuna.

—Pero ¿qué le hice..? ¿Qué hombre es ese...?

—Al-Arbi es valiente, pérfido, generoso é implacable. Es hijo de un gran gefe desterrado de Francia, y es un guerrero terrible, fuerte como el leon y ágil como el ciervo. Las tribus le temen.... En cuanto á lo que hayas podido hacerle, lo ignoro; á nadie se lo ha dicho, pero te aborrece mas que nada en el mundo... Dá gracias á tu Dios del rencor que te profesa, porque ese rencor te salvará la vida.

—¿Cómo?

—Los blancos no saben leer en el corazon del hombre...! Tu muerte privaría á Al-Arbi de su mayor satisfaccion, que es la de verte padecer y tenerte sugeto á la argolla para humillarte y envilecerte.

—Si no quieres ayudarme á recobrar la libertad, dame la muerte al menos, dijo el capitan con perfecta calma.

—Escucha: he sufrido con paciente resignacion hasta este dia porque vamos caminando hacia nuestras montañas, hacia la *gurbí* (1) de mi ma-

(1) GURBI, choza de los Kabilas.

dre... Mi madre me mandó decir por su hermana en el campamento de los Medgeres, que fuese á verla en la tarde de mañana sin falta, pues morirá la noche siguiente.

—¿Cómo ha podido conocer tu madre su última hora?

—El Grande Espíritu se lo ha revelado por medio del Djelep.

El capitan sonrió con bonlad al oír semejante superstición.

—Debo pues, encontrarme en la gurbi de mi madre antes de la noche. Solo diez horas nos separan de ella y este viage es un juego para Mahiah. Cuando haya oído la última palabra de la voluntad de mi madre, cuando haya dado sepultura á su cuerpo, volverá á tu lado.

—Si huyes á tus montañas ¿podrás volver aquí sin esponerte á sufrir un castigo cruel?

—Mahiah es astuto como el javalí... Sabe cuando puede volver á la guarida.

—Cuando estés de regreso ¿me ayudarás á recobrar la libertad?

—En cuanto hayas visto á tu amante, si prefieres la libertad al amor... Mahiah es un amigo leal.

—¿Qué amante? interrumpió con vivacidad el capitan, cuyas mejillas se tiñeron de un color de carmin.

—La que llamas en tus sueños.

—Medina!

—Medina... el ángel bueno del pobre Mahiah..!

—Pero ¿estás loco...? murmuró el prisionero fijando en el negro una mirada triste y desconsolada.

Las palabras de Mahiah, sus promesas y la esperanza de recobrar la libertad, habían reanimado el espíritu del capitán y héchole entreveer la posibilidad de una evasión, á la manera que el moribundo contempla las alegrías de la vida un minuto antes de espirar. Pero la última revelación del negro, volvió á abismarle en el horror de su triste estado, y vencido por la repugnancia, la vergüenza, y el espanto de su mísera condición del momento; ocultó el rostro entre ambas manos y permaneció inmóvil, silencioso y sin fuerzas ni aun para exhalar un gemido.

Mahiah contempló en silencio al capitán durante breves instantes, y luego dijo:

—Sus cabellos son mas negros que el negro de mi frente; sus ojos grandes, rasgados, tiernos y cariñosos como los de la corza; su rostro es blanco; su voz es un arrullo, y sus dientes son perlas: es alta, esbelta, y su talle es flexible como la hoja de la palmera.... Es buena, como Dios es bueno... su corazón es un manantial de caridad para los pobres.... Oh! Mahiah la conoce.... Sí, la conoce Mahiah...

El capitán hizo un esfuerzo poderoso para incorporarse; fijó una mirada llena de asombro y estupor en los ojos del negro, y en el momento de entreabrir los labios para dirigirle un diluvio de preguntas, oyose en la galería por donde se había

retirado Al-Arbi con la jóven mora, un ruido de pasos precipitados.

Kadidja apareció en medió de la estancia.

Ligero como un gamo, en dos saltos el negro había vuelto á su sitio, y acostándose sobre la estera al lado del judío dormido. Con la misma prontitud borró de su fisonomía la espresion que pocos momentos antes la animara, y recobró el aspecto casi estúpido que á manera de máscara cubría su semblante y ocultaba hasta el último relámpago de esa inteligencia viva, natural, instintiva y rápida; que poseen en el mas alto grado los pueblos salvajes.

El capitan abismado en un mar de reflexiones melancólicas, no fijó la atencion en la jóven mora, quien se acercó rápidamente al hogar y cojió un tizon encendido.

Un grito de aquella muger, despertó á Jourdain y á Samuel, que se incorporaron sobre el lecho y dirigieron sus ojos espantados en su derredor.

Kadidja se mantenía en pie, vuelta la espalda al hogar, muda é inmóvil, blandiendo en la mano derecha un puñal, cuya hoja herida por los reflejos de la hoguera, despedía chispazos de luz; y levantaba con la izquierda el tizon encendido que flameaba entre una ligera nube de humo blanquecino.

Con el cuello estendido, la mirada fija y ardiente, y el cuerpo encorvado; la valerosa compañera de Al-Arbi, parecía desafiarsin miedo el ataque de un enemigo sobrenatural.

El peligro que obligó á la mora á abandonar su retiro, debió ser grave, imprevisto é inminente; puesto que se presentó en la estancia de los presos y de los esclavos, descalza y con el cabello suelto y esparcido por la espalda. El desórden de su vestido era tal, que su pecho palpitante aparecía debajo del *taklilah* entreabierto, en tanto que su larga túnica flotaba desabrochada del talle. Y, sin embargo, aparecía bella con la belleza que prestan la fuerza, la audacia y el pudor.

El ex-agente de cambio, Samuel y el negro, contemplaban estupefactos esta escena, y esperaban inquietos un jesto, una palabra de Kadidja que despejara la incógnita á sus ojos. El capitán se mostraba del todo indiferente al acontecimiento.

Un ahullido agudo, lastimero y repetido, se dejó oír en la galería por donde Kadidja saliera pocos segundos antes. La mora se estremeció, y esta sensación que no pasó desapercibida para los espectadores de la escena, fué la señal de alarma para Jourdain y para el judío.

Levantóse el negro y buscó apresuradamente leña para reanimar el fuego, pero por desgracia el último haz había sido quemado y el hogar estaba á punto de apagarse.

—¡Estamos en la guarida del *faadh*! (1) gritó

(1) El FAADH es el leopardo de Africa; es tan feroz como la pantera, y, sin embargo, se han visto algunos domesticados y adiestrados por los árabes para la caza. La especie es bastante rara sobre todo en la costa del norte.

Mahiah espantado, y no tenemos armas,...!

—La madre está cazando, dijo Kadidja; es preciso obstruir la entrada de la caverna antes que vuelva... El faadh no está lejos cuando sus cachorros se despiertan.

Dos ojos ardientes, centellearon en el fondo de la estancia en el recodo que formaba la galería. Un leopardo cachorro, sorprendido y asustado con la presencia de los nuevos huéspedes de la caverna, habíase parado poniéndose en defensa como un gato, y mirando con fijeza ya el hogar, ya los hombres, en tanto que se azotaba los lomos con la cola. Los roncos gemidos del animal, atraieron otros dos pequeños leopardos hermanos del primero. Reunidos los tres, prorrumpieron en un concierto de ahullidos sordos, para manifestar su sorpresa, su espanto y su inofensiva cólera.

—Es preciso matarlos, dijo Kadidja; sus ahullidos van á poner furiosa á la madre.

—¡Guardate de tocarlos....! interrumpió el negro; el faadh no conoce peligros ni obstáculos cuando busca sus hijuelos...! Ven Samuel, ven á ayudarme para cerrar la entrada de la caverna.

El judío que temblaba como un azogado, y no había podido hablar privado del uso de la palabra desde el principio de esta escena; balbuceó algunas frases mostrando sus débiles brazos, y con un gesto indicólos dos prisioneros, que jóvenes y robustos podían ser mas útiles que él para el trabajo.

—Tiene razon Samuel. dijo Mahiah; sería lo

mas acertado desatar los prisioneros para que me ayudasen.

—¡No toques á los cristianos! exclamó Kadidja con vehemencia; antes sea yo despedazada por los faadh's que Al-Arbi pierda uno solo de sus prisioneros... Anda delante, te sigo y te ayudaré: mis manos son recias y valerosas... Vamos. júdío, adelante ó te mando arrojar en la camada de los faadh's para que aplaquen el hambre con tus huesos.

El desdichado Samuel tomó un tizon encendido en el hogar, y siguió los pasos de la valerosa Kadidja.

Los leopardos cachorros, habíanse retirado dando saltos á su guarida, despues de haber asomado con precaucion el hocico en el aposento.

Jourdain habíase acercado cuanto le fué posible al capitan en términos de cubrirse con la falda de su albornoz, y no percibiendo ruido alguno, se aventuró á preguntar á su compañero de cautiverio si aquellos horribles animalejos habían cambiado de domicilio.

El capitan, absorto en sus pensamientos no se dignó responder.

Los leopardos, alentados por el resultado de su primera expedicion, volvieron de nuevo á la estancia y se acercaron á los dos prisioneros, andando con la barriga pegada al suelo y mirándolos con desencajados ojos.

—Jesus! exclamó el ex-agente de cambio con el pelo levantado sobre la frente, y haciendo mue-

cas horribles; ¡nos van á comer vivos...! Capitan, socorro' salvadme...! que tengo las manos atadas...!

—¿Acaso puedo yo servirme de las mias? respondió de Candeuil con voz dulce y acento compasivo, en tanto que mostraba sus brazos fuertemente agarrotados.

Alentados los leopardos por la inmovilidad de los cautivos, acercáronse mas y mas, hasta que uno de ellos llegó, costeando el hogar medio apagado, hasta olfatear al mísero Jourdain con temeraria persistencia; á pesar de las bruscas sacudidas que el agente daba con todo su cuerpo y de los gritos ahogados que el espanto arrancaba á su pecho.

De allí á poco, los otros dos leopardos se acercaron al primero, y rodearon entre todos al mísero Jourdain, que perdió el uso de la palabra y la facultad de moverse á impulsos del terror pánico que se apoderó de su espíritu.

La inmovilidad de su víctima dió nuevo aliento á los feroces animalitos, que comenzaron muy luego á ensayar sus instintos carniceros, arañando y mordisqueando la ropa del aterrado Jourdain, y lamiendo su cara y sus manos sobre cuyas carnes apoyaban fuertemente su lengua áspera y rugosa.

El capitan hizo esfuerzos desesperados por acudir en auxilio de su compañero, hasta que logró incorporarse sobre un codo; y reuniendo todas sus fuerzas, aplicó un violento puntapie al mas encar-

nizado de los tres leopardos que fué á para: en medio del hogar, entre cuyas ascuas se revolcó exhalando gritos lastimeros.

En el mismo instante, los prisioneros oyeron un bramido feroz que tronó encima de su cabeza. Alzaron los ojos, y vieron en la avertura de la bóveda, perpendicularmente sobre el hogar, la disforme y horrible cabeza de un leopardo monstruoso, que rugía con furiosa desesperacion viendo el peligro que amenazaba á sus hijuelos.

XII.

EL FAADH.

El mónstruo había introducido su horrible cabeza y nervudo cuello, por el orificio abierto en la que podía considerarse clave de la bóveda; y el juego, la contracción violenta de los músculos de su cara, sus ojos brillantes como ascuas é inyectados de sangre, y su disforme boca jadeante, aumentaban el horror de la situación.

La hoguera medio apagada, dilatada todavía un círculo luminoso sobre los muros de la estancia, separando con dureza la parte iluminada de aquella que permanecía en completa oscuridad. El humo ligero y cáustico que se desprendía de los tizones de lentisco y de higuera silvestre, ascendía describiendo espirales hacia la grieta por donde el leopardo asomaba la cabeza, el cual rechinaba los

dientes, y mugía ó rugía con fiereza, arrancando con sus garras las raíces de los árboles, retorcidas y anudadas entre las escabrosidades de la peña.

El reflejo de las ascuas y la densidad del humo que flotaba encima de la cabeza de los prisioneros, los protegía contra la rabia del leopardo, tanto como la elevacion de la bóveda.

Solo una vez Jourdain, había encontrado los flamíjeros ojos de la fiera; y fué tal el espanto que se apoderó de su ánimo apocado, que casi perdió el conocimiento y volvió la cara al suelo, en cuya postura permaneció, sin dar mas señales de vida que un estremecimiento nervioso que agitaba todos los músculos de su cuerpo.

El capitan, conmovido realmente por la primera vez, desde el principio de su cautividad, se complacía en mirar el leopardo y en seguir con la vista todas las faces de su imponente cólera. El valor de aquel hombre sereno hasta el estoicismo, no se desmentía en ninguna ocasion: condenado como se veía á arrastrar una existencia miserable, miraba la muerte como las puertas de la libertad, y los mayores suplicios, como cosa indigna de hacer vacilar su animoso corazon.

Las revelaciones hechas á medias por Mahiah, habían en verdad despertado en su alma las brillantes ilusiones que hacen de la vida un espléndido festin; un nombre querido, pronunciado al acaso, había hecho palpar su corazon y mostrádole el cielo, cuando tenía un pie en la sepultura... pero la costumbre del sufrimiento, la debilidad de su

cerebro conmovido por un trabajo incesante é insensato, por mil y mil imágenes audaces á la par querientes, y, por último, la presente miseria, habíanle quebrantado y destruido tanto moral y físicamente: que solo quedaba de aquella naturaleza prodigiosamente dotada, una resignación estoica, únicos y magníficos restos de su alma excepcional.

Después de haber afilado sus garras sobre las asperezas de las rocas que tapizaban la grieta, y contemplado con inquieta mirada sus hijuelos acurrucados en un ángulo del subterráneo, la fiera exhaló un bramido sordo y lastimero, y se lanzó hacia la cima del cerro que coronaba el peñasco. Rozando la maleza y arrastrando como un reptil, el leopardo se dirigió al puente que cruzaba el abismo y defendía la entrada de la caverna.

Kadidja, Mahíah y Samuel, habían llegado frente al tamarindo donde el buitre Yacub estaba de centinela. El negro, después de haber ensayado inútilmente los medios de amontonar obstáculos para cerrar sólidamente la entrada de la caverna, había declarado al fin que no había mas medio de resistir el ataque de la fiera, que cortar el puente. Kadidja resistía el acudir á ese extremo pensando que Al-Arbi, que no podía tardar en volver se vería en la imposibilidad de reunirse á ella; cuando un ruido cercano de la fiera, llenó su alma de pavor y la obligó á ceder.

Samuel estimulado por el miedo se dispuso re-

sueltamente á trabajar: Mahiah removió con sus dedos de hierro la tierra que cubría las viguetas del puente, y arrancó el emparrillado que las unía. Kadidja ayudó poderosa é inteligentemente con sus manitas y brazos torneados al trabajo de sus esclavos; y el bastidor del puente estaba ya completamente desprendido, cuando el estrépito de la carrera y de los saltos del leopardo, se oyó distintamente en uno de los senderos que rodeando la caverna venían á parar á la entrada.

La mora y sus dos criados levantaron con fuerza sobrenatural el bastidor del puente, en el momento en que los ojos del leopardo brillaban como dos ascuas entre los matorrales nacidos en el borde de la torrentera.

La fiera se puso de un salto sobre la arista del precipicio; tanteó prudentemente con una mano la solidez del puente que oscilaba ya entre las de los que lo habían levantado; olfateó las viguetas con avidez, y dió un salto prodigioso hacia atrás...

El puente balanceando dos ó tres veces fué á la voz de Mahiah arrojado en el abismo, donde se hizo pedazos sobre las puntas de las rocas.

Una exclamacion unísona, un grito de triunfo y libertad, respondió desde la entrada de la caverna al estrépito de la caída del puente. El buitre que se había mantenido silencioso hasta este momento, dió un grito que sonó en el espacio con eco siniestro, y sacudió las alas con estrépito. El leopardo sorprendido en medio de su furor por esta inesperada y estrepitosa zambra; se acercó al bor-

de del precipicio, lo olfateó de nuevo, recorrió al galope la orilla exhalando sordos rugidos, y muy luego, cediendo al impulso de una idea instintiva, rápida, irresistible; se lanzó hacia la montaña cuyos ecos ensordeció con sus angustiosos rugidos.

—La hembra va en busca del macho, dijo el negro; Mahiah conoce los instintos de esas fieras.

—Dios de Abraham! exclamó el judío estremeciéndose; ¿Volverán esos horribles animales?

—Mahiah lo ha dicho, mandria! prorumpió Kadidja; el faadh corre en busca de su compañero... ¿Qué temes? ¿no estás en lugar seguro?

—Ay de mí! Kadidja; el cielo me castiga y eres tú quien me ha hecho merecedor de sus iras...

—Yo? interrumpió la joven mora manifestando repugnancia y desden al mismo tiempo.

—Desde que consentí en hacerme instrumento de tu rapto, solo desgracias y catástrofes he encontrado... Hoy mismo, creyendo haber llegado al puerto de salvacion, he dormido en la guarida de los tigres... Ay de mí! el Dios de Jacob me maldice y tendré mal fin...!

—Tendras el que mereces... Déjanos, dijo Kadidja.

Y luego continuó dirigiéndose al negro:

—Mahiah; Al-Arbi regresará pronto... Parece que oigo sus pisadas sobre la yerba del sendero... ¿cómo haremos para que pueda entrar en la caverna?

El esclavo cruzó los brazos sobre el pecho y le-

vantó los ojos al cielo como para pedirle inspiración.

En este instante la luna aparecía en el firmamento, y plateaba la pestaña de algunas nubecillas que se deslizaban delante de ella. El buitre sacudió las alas y dió su grito de señal.

Mahiah miró fijamente á la mora que esperaba ansiosa su contestación.

—¡Pronto volverá Al-Arbi! tu oído no te ha engañado... llega ya... Mahiah se encarga de ponerlo á tu lado... Aleja toda inquietud; aquel que sabe domar al león desprecia el faadh.

—Cierto es que su valor triunfa de todo; pero en medio de la oscuridad de la noche el mas diestro cazador puede ser vencido.

Al-Arbi y Muller aparecieron muy luego en el sendero del valle.

—Por premio de mis servicios de esta noche, dijo el esclavo al oído de Kadidja; ¿quieres hacerme una merced?

—Sí; ¿cuál?

—Intercederás con Al-Arbi para que me conceda un favor que le pediré al despuntar la aurora.

—Te lo prometo.

—Gracias; el Grande-Espíritu te protegerá— dijo el negro haciendo estremos de alegría.

Y esto diciendo, se internó por la galería corriendo con tanta diligencia cuanta permitía la oscuridad.

Al-Arbi llegó al borde de la torrentera y Ka-

didja le esplicó en breves y trémulas palabras el peligro que acababa de correr; peligro que la amenazaba todavía, pues que el faadh volvería probablemente acompañado.

En tanto que la mora refería sus inquietudes á Al-Arbi, Samuel pintaba sus terrores á Muller en los términos mas estravagantes, y el veterano le escuchaba descansando sobre su espingarda y sonriendo con desdeñosa indiferencia.

—Señor, señor, gritó con voz jadeante Mahiah que llegaba á la carrera; toma este mazo de cuerda y sube por ahí sobre la peña... llegarás al agujero de la sala grande y la ataras sólidamente á una de las raíces.... despues te será facil llegar hasta aquí.

—Ese salvaje no es tan torpe como parece, dijo el veterano; y acto contínuo se dirigió seguido de Al-Arbi al paraje indicado.

Hízose todo como Mahiah lo había indicado. y pocos momentos despues, el gefe y el veterano, uno despues del otro, pisaron sin accidente el suelo de la caverna.

Ya dentro de la estancia donde se encontraban los prisioneros, la primera mirada de Al-Arbi fué para el capitan, que dormía profundamente. Jourdain habíase acurrucado junto al hogar, y los pequeños leopardos apretados unos contra otros en un rincon de la estancia, parecían perrillos esperando la llegada de su madre.

—Siempre el mismo valor impasible...! murmuró Al-Arbi, sin apartar los ojos del rostro del

capitan. ¡Oh! si supieras cuanta cólera, cuanta sed de venganza amontona en mi pecho esa tranquila resignacion; te arrastrarías á mis pies para ablandarme...!

—¿Tanto le aborreces? preguntó la mora con vivacidad.

—Mucho mas de lo que te amo á tí.... Oh! sí, mucho mas...!

Kadidja exhaló un profundo suspiro, y dirigió una mirada de rencor sobre el prisionero y otra de celos sobre su amante.

De improviso oyose un ruido extraordinario entre las jaras y matorrales que coronaban el peñasco, y muy luego otro semejante al mugido del toro sonó en la hendidura por donde el leopardo hiciera su primera aparicion.

Una masa negra se interpuso delante de la claridad de la luna que penetraba por el orificio de la bóveda... dos puntos que brillaban con luz fosforescente aparecieron en aquella masa negra; é inmediatamente un olor acre, salvaje, y el zumbido de un rugido sordo y lastimero, llenaron el ámbito del subterráneo.

—¡Ya están ahí! exclamó Samuel, corriendo á refugiarse al lado del negro.

—Mahiah, dijo Al-Arbi; coje uno de esos cachorros y arrójalos en el torrente... Hazlo gritar para que acuda la madre.

El negro cogió por el pescuezo uno de los cachorros y se adelantó con él por la galería. El feroz animalejo gritaba hasta desgañitarse con toda

la fuerza de sus pulmones. El leopardo que oyó los ahullidos de espanto de su hijuelo, se lanzó dando quejidos roncós y lastimeros, y derribando cuanto se le oponía al paso hacia el borde del abismo donde llegó antes que Mahiah. El negro se encontró frente á las dos fieras situadas en la opuesta orilla. El macho era un magnífico animal de gran tamaño y de horrible aspecto, que azotaba el aire con su larga cola y mostraba en su diforme boca abierta, dos filas de dientes que causaban espanto. Mahiah escitó la rabia de las fieras enseñándoles el cachorro que chillaba y pateaba bajo la presión de sus dedos; y cuando las hubo irritado hasta el paroxismo de la rabia, lo arrojó revoloteando en el abismo donde se apagaron sus últimos gritos de dolor.

La hembra retrocedió algunos pasos con el pelo erizado, la mirada ardiente y la cola arrastrando; luego dió tres ó cuatro botes desordenados, y se lanzó sobre el negro que asustado al ver tanta audacia y furor; retrocedió instintivamente hacia el fondo de la galería.

El valeroso animal que cegado por el amor á sus hijos, no había calculado las dificultades de la empresa que había acometido por salvarlos y vengarlos; no pudo, á pesar de lo prodigioso del salto, conseguir su objeto, y quedó colgado de las manos, bastante mas abajo del borde de la orilla opuesta. La rabia y la desesperación centuplicaron sus fuerzas pero no le fué posible utilizarlas. Sus garras prodigiosamente alargadas, traza un profun-

dos surcos en la piedra y arrancaban las raíces cuyo desprendimiento desmoronaba mas y mas los pedruscos; hasta que faltándole el punto de apoyo resbaló por la pendiente tajada, y cayó rodando hasta el fondo del abismo donde quedó despedazado sobre el cuerpo de su hijo.

A la admirable ley de la naturaleza, que, lo mismo en la fiera montaraz que en la especie humana, hace del amor materno una virtud sublime, superior, en abnegaciones valor y generosidad, á todos los demás sentimientos de la criatura.

El macho que había contemplado con mirada triste la caída de la hembra en el fondo del torrente, acercose á la orilla como para medir su profundidad; y luego se lanzó á la carrera hacia las montañas sin exhalar un solo grito.

Mahiah fué diligente á dar cuenta á su señor de la muerte del faadh.

—Te has portado bien, Mahiah, dijo Al-Arbi; te recompensaré dándote lo muy bastante para que celebres el Rhamadan lo mismo que un Cadí.

—Gracias, señor... Pero me atrevo á suplicarte que me dejes en libertad al amanecer... Tengo que hacer un viaje corto.

—¿Dónde quieres ir?

—A la tribu de mi padre, entre los Djafras.

—Concedido, por mas que no sea un favor que te otorgo, puesto que tenía pensado enviarte á la tribu de los Beni-Snian, que avecina la de los Djafras. Disponte, pues, para emprender el camino ahora mismo, visto que el dia comienza á apuntar.

Te presentarás al Agha de los Beni-Snian, y le dirás de mi parte que Al-Arbi está cercado en la caverna del Arudj, y que no puede salvarse de las manos de los soldados franceses sino por medio de las astucias que nos inspira el Profeta. Dirásle también que te confíe el leon del morabito de Sidi-Bumedin, y lo conducirás á la cisterna de Alí durante la próxima noche, tres horas despues de la salida del sol.

—Iré.

—Anda ; y Dios sea contigo... Te prevengo que los cristianos han tomado todos los pasos y desfiladeros, y que corres peligro de caer en sus manos.

—¿Dará crédito á mi palabra el Agha? preguntó el esclavo, haciendo caso omiso del peligro que le anunciaba Al-Arbi.

—Toma este talisman que todos los árabes de la llanura y todos los pueblos de la montaña conocen y reverencian, y muéstraselo de mi parte.

—Gracias, señor.

El negro besó la mano de su amo y recogió sobre la estera que tuvo por cama. todos aquellos objetos que habían de servirle en el viage.

—¿Estamos, pues, cercados por los franceses? preguntó Kadidja con señales de viva inquietud.

—He visto sus puestos avanzados algunos de los cuales están muy cerca de nosotros.

—Ah! ¿y podrás burlar su vigilancia?

—Dios me inspirará respondió Al-Arbi.

El capitan á quien el ruido que se hacía en la

estancia mantenía despierto desde algunos momentos, fijó sus ojos con espresion de alegría en su raptor, y celebró con una sonrisa la situacion crítica en que se encontraba.

—Sí; Dios y estos lugares me inspirarán lo mejor, continuó Al-Arbi; y si la suerte me abandona, esta caverna donde Arudj Barbarroja arrojado de Tlemsen, encontró la muerte luchando solo contra cuarenta españoles; será el sepulcro de Al-Arbi... Ven, Kadidja, el cansancio te abruma.... Ven á descansar... Los verdaderos hijos del Profeta están bajo la mirada de Dios...!

Al-Arbi se interrumpió un instante, y luego continuó, dirigiéndose al veterano.

—Muller, de cualquiera cosa que ocurra por ahí fuera, avísame sin pérdida de tiempo.

El interpelado inclinó la cabeza en señal de obediencia.

—A fin de que puedas entregarte al descanso con toda seguridad, insistió Al-Arbi; inspecciona las ligaduras de los prisioneros y pon á Samuel de centinela cerca del torrente... Yacub es vigilante; pero no habla.

Muller manifestó de nuevo su conformidad con un movimiento de cabeza, y Al-Arbi desapareció por una de las galerías que desembocaban en la estancia.

El desdichado judío trató en vano de probar su ineptitud é incapacidad para desempeñar las funciones de centinela; tuvo mal su grado, que ponerse de faccion, y aprender de memoria la consig-

na, que el veterano le dió con rudo acento y tal cual jesto amenazador.

Mahiah se acercó al capitán con la mayor cautela, y le dijo al oído las siguientes palabras que apenas fueron oídas por el cautivo:

—Mahiah no olvida nada... Muy pronto estarás en libertad, si tu corazón lo desea.

Sin esperar la contestación y recatándose de la mirada de Muller, el negro se abalanzó á la cuerda que colgaba del orificio de la bóveda, y subió por ella con la destreza y agilidad del mono, hasta desaparecer por la estrecha abertura.

Fuera ya de la caverna, Mahiah dió unos cuantos saltos para ensayar la elasticidad de sus miembros: exhaló un grito indecible de alegría, y echó á correr como un loco hacia el sendero que debía conducirle á la gurbí de su madre.

XIII.

LA ASTUCIA.

En la época á que se refiere esta narracion, Abd-el-Kader, perseguido y acosado por las columnas móviles francesas, había abandonado la provincia de Oran teatro de sus últimos combates, y se había refugiado seguido de algunos ginetes en el territorio marroquí: donde el fanatismo de los pueblos berberiscos le proporcionaba nuevas armas.

El ejército de observacion en el círculo de Tlemsen, había avanzado sobre la frontera, y algunos destacamentos, empujados por una fuerte columna que cruzó la tierra de Smiel, se habían adelantado hasta dejar á retaguardia los desfiladeros por donde Kadidja y Samuel habían pasado, para llegar á la caverna de Arudj.

Ejecutáronse estos movimientos el mismo día que Kadidja llegó á los manantiales del Iser, y los franceses bajaron las pendientes meridionales del Atlas durante el crepúsculo de la tarde.

Al-Arbi y Muller en su ronda de la noche, vieron las hogueras de los puestos avanzados de los cristianos que los bloqueaban, ó mejor dicho, que les cerraban el paso del Oued-el-Haman, que era el término de su viaje.

Mahiah, despues de haber saltado y corrido como un gamo sobre la yerba del valle, por los montes y las cimas de las peñas, se detuvo de improviso; llenó de aire sus robustos pulmones, aspiró con delicia la brisa perfumada de las montañas, cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció inmóvil durante algunos minutos.

Solo el viento que mecía las hojas y el murmullo de las aguas de los manantiales, turbaban el silencio de la noche y la magestuosa calma de la naturaleza.

Mahiah echó á andar de nuevo; pero esta vez con la mayor precaucion y prudencia. Detúvose de pronto, y se arrojó al suelo ocultando el rostro entre las matas y manteniendo el oido pegado á la tierra. Levantose muy luego, y corrió hasta encontrar un árbol por cuyo tronco subió con la agilidad del gato montés, hasta alcanzar una de sus mas altas ramas.

El algarrobo sobre el cual Mahiah estaba subido, era un árbol magnífico cuya copa dominaba los cerros que indican el aplanamiento orien-

tal de la Sierra de Smiel; por encima de los cuales, la vista descubre inmensas y eriales llanuras y los pantanos del Angaed (1). El negro se acomodó sobre las ramas, y desde este puesto dirigió miradas inquietas y penetrantes en todas direcciones.

Tanta es la sensibilidad y percepcion de los sentidos en los hombres de naturaleza primitiva y de vida nómada, que nada se escapa á su vista ni hay rumor por pequeño que sea que no llegue á su oído.

Nada apercibió el cafre durante los primeros momentos de su inspeccion, por mas que siguió con ojo perspicaz la inmensa curba que trazaban los reflejos del cielo sobre la tierra, y que parecían separar el mundo de su magnífica bóveda. Sin embargo, renovó su observacion. con esa paciencia con que el cazador experimentado se mantiene al acecho en el aguardo.

La oscuridad que envolvía los matorrales era tanto mas calijinosa, cuanto que la proximidad de la aurora hacía palidecer las estrellas, despues de haber apagado los fuegos de las constelaciones de Oriente.

La mirada del negro se fijaba sobre ciertos objetos y puntos de la llanura, y los observaba con infatigable obstinacion. De improviso alzó la cabeza, estiró su cuello largo y flexible, y apartó con las manos las hojas del árbol, para registrar el campo con mas desahogo. Al verle con los lá-

(1) Límite al norte del gran desierto de Sahara.

bios entreabiertos, inmóvil, rígido, y como petrificado; hubiérase dicho que la maleza y los matorrales, la oscuridad y la ligera niebla de la llanura, habían revelado un secreto al instinto del salvaje.

Mahiah había visto una ténue claridad, que para quien no fuera él hubiera pasado desapercibida; guiado por aquella débil luz, que apenas se distinguía entre las sombras, reconoció muy luego los vivaques de las grandes guardias y de los puestos avanzados de los franceses: aquellos puestos, estaban situados en círculo á unos mil pasos del árbol en cuya copa el negro se había enroscado como una serpiente; atento, precavido, prudente é infatigable como el reptil. Todos los senderos que conducían al país de los Beni-Kiza convergían á dicho círculo, guardado por centinelas vigilantes. Mahiah cercado por todas partes, consultó por última vez las estrellas, á fin de calcular el tiempo que tardaría en aparecer la aurora. El tiempo volaba... era de absoluta necesidad aprovechar las sombras para engañar la vigilancia de los cristianos, y salvar los límites de sus vivaques antes del toque de diana; pues to lo espía preso, era fusilado inmediatamente... Mahiah no lo ignoraba. Zumbáronle de improviso los oídos, y cerró los ojos abandonándose por espacio de algunos segundos á un éxtasis melancólico... Una voz amiga habló muy bajo en su corazón... esta voz tenía el acento cariñoso de la palabra de una madre... Mahiah meneó la cabeza creyendo percibir la gurbi de su padre, la gurbi ahumada, sucia y

oscura donde su madre agonizaba en aquella hora: donde habían transcurrido los primeros años de su infancia... Esta vision le hizo estremecer: levantose en pie sobre la rama del árbol que le servía de asiento, pasose ambas manos por la frente y por los ojos, y miró de nuevo hacia la llanura.

Las tinieblas eran ya menos densas; la noche se despedía de nuestro emisferio. Mahiah se colgó de una rama del algarrobo, y haciéndola encorvar bajo el peso de su cuerpo, tomó tierra sin hacer el menor ruido, y sin vacilar se adelantó resueltamente hacia los vivaques franceses.

A quinientos pasos de los puestos avanzados, el negro puso el oído, y oyó distintamente el paso de una ronda internada en el mismo sendero por donde él caminaba. Echose con presteza al suelo, cortó con su cuchillo porcion de hojas de palmito enano que clavó en su kaban; y una vez cubierto de ellas, se metió en lo mas apretado de la maleza permaneciendo allí, mudo é inmóvil como una planta.

La ronda pasó... Valientes y sin aprension, alegres delante del enemigo como en la cantina, los soldados marchaban jurando y votando en voz baja contra las piedras, las zarzas y el zancarron de Mahoma... Sus pullas y agudezas dejaron de oirse muy luego, así como el ruido de sus pasos y los reflejos de sus armas. Mahiah se puso en pie, y se adelantó á pasos agigantados por el sendero. La gran guardia avanzada se encontraba á unos veinte pasos á la izquierda de la senda; pero

su centinela de caballería estaba en medio de él: el suelo á derecha é izquierda aparecía cubierto de yerba agostada, y de matas espinosas, secas y quebradizas.

Los cristianos habían encendido una hoguera en un hoyo profundo, que ocultaba el chisporroteo de la leña y ahogaba el reflejo de las llamas; sin embargo, Mahiah no solo veía sus enemigos, sino que tambien podía contarlos, por mas que estuvieran agrupados en derredor del hogar.

Aquí tuvo comienzo para el audaz merodeador, una obra de valor, de astucia y de paciencia, que ningun hombre civilizado podría intentar siquiera. El negro se sentó sobre los talones y sobre las manos; se encogió hasta disminuir casi la mitad de su volúmen, y cubierto de las hojas de palmito á la manera que el herizo acosado se cubre de sus puas; avanzó por la orilla del sendero arrastrándose y deteniéndose aquí y allí, y á intervalos desiguales: á fin de burlar la atencion de quien por casualidad hubiese fijado los ojos en aquella mata viva y movable.

A fuerza de paciencia y perseverancia el negro consiguió pasar la gran guardia y alejarse de ella unos veinte pasos sin tropiezo ni accidente alguno: y luego arrastrándose sobre las manos y las rodillas acercose á la avanzada dispuesto á seguir adelante. Para conseguir su objeto puso en ejecucion su primera maniobra con mayor precaucion y destreza, si cabe, que anteriormente. Pero los primeros albores de la aurora comenzaban á

teñir el cielo. y el centinela de planton delante de las armas, encontrábase precisamente sobre el sendero que en aquel paraje era pedregoso y mas estrecho. Afortunadamente este centinela daba frente á la llanura por ser el punto recomendado á su vigilancia.

Comprendiendo Mahiah que el mas leve ruido seria motivo de alarma para las patrullas, caminaba muy despacio sin apartar los ojos de las matas de lentisco que cubrían á los soldados franceses. Por fin, la distancia que separaba al negro de la avanzada se estrechó hasta el punto que Mahiah oyó distintamente la conversacion de los cristianos.

—Cuando digo, sargento, que algo rebulle por ahí...

—Bah, bah! ¿qué entiendes tú de eso, quinto?

—Quinto yo...? ¿quinto este individuo que se llama Corneta, para lo que usted guste mandar...? Hace mucho tiempo que se acabaron los quintos entre las compañías del Céfiro.

—Quise decir que eres un hablador.

—Bueno, bueno, basta...! Puede ser que toda la bulla se reduzca á un chacal ó á una tortuga... Pero es lo cierto que hay moros en la costa.

—¡Cáscaras! interrumpió el sargento; no parece sino que de noche tienes los oidos abiertos y el corazon encogido.

—Tambien el año pasado tenía el corazon encogido cuando estábamos de guardia en el país de los Djafras, y le dije á Paraiso que salía ruido

de entre las matas...

—Verdad que no te equivocastes.

—Pobre Paraiso! tan buen chico, tan valiente y tan gracioso...?

—Tambien eso es verdad... Desde aquella noche, la compañía se ha quedado como sin sombra.

—Pues ha de saber V., mi sargento, que otro ruido como aquel acabo de oír hace poco... Estos sitios me huelen á beduino.

—Dí otra como esa... exclamó un soldado que escuchaba con mucha atención el diálogo entablado entre los dos veteranos; ¿pues á qué querías que oliera aquí? ¿á agua de colonia?

—¿No han oído ustedes? insistió de nuevo y en voz baja Corneta.

—¿El qué?

—Pasos... Atención... Pues, señor, ya no oigo nada...

—¿Acabarás? exclamó el sargento; ya nos tienes cargados de esteras.

—Quién era ese Paraiso? preguntó el soldado que había terciado en la conversacion.

—Paraiso....! Paraiso....! respondió Corneta; hum! y castañeteó la lengua. Paraiso era un mozo completo... un veterano acabado... un soldado de mistó y un parisiense de los finos... ¿Se acuerda V., mi sargento, del día en que se presentó en la parada con los pies embetunados?

—¿Vaya si me acuerdo..? el muy tunante había vendido los *filósofos*... (1) Y como era mozo muy

(1) Filósofos; nombre que en el argó que usan las

presumido, muy acicalado y jaqueton; le tocó entrar de guardia y se embetunó los pies para desfilar en la parada: ¿no es eso? (1)

—Eso mismo... Ah pillastre! ¡cuántas jügarretas hizo por ese estilo...! ¿Y cuándo nos predicaba un sermon...? entonces sí que tenía que oír...

—¿Dónde demonios aprendió el gorigori, nadie lo sabe, pero es lo cierto que nos cantaba el oficio de difuntos mejor que el sochantre de una catedral...?

—Toma... Paraiso lo sabía todo y lo hacía todo... No se han conocido dos hombres como él. El emperador Napoleon le hubiera hecho general.

—Lo creo.

—¿Y qué ha sido del tal Paraiso? preguntó el soldado.

—Hará un año, dentro de ocho días, que estábamos de avanzada, como hoy, en el país de los Djafras, una maldita tierra del otro lado de Tlemsen; en la cual ni caracoles se crían, y donde hasta los chacales se mueren de hambre. El sargento que está ahí era cabo entonces, y le dije, serían las dos de la madrugada:—He oído crugir las matas aquí cerca de nosotros: es preciso ver lo que hay.—Déjanos en paz, respondió el cabo. Han de saber ustedes, que Paraiso nos estaba contando un cuento de brujas que daba miedo de oírlo, y que los Céfiros (2) le escuchaban con la boca abierta y tan apre-

com añías del Céfiro, significa zapatos.

(1) Histórico

(2) Los cazadores de Africa, á pié, tienen por apo-

tados los unos contra los otros, que ni una bala de á veinticuatro los hubiera hecho apartarse Cuando mi cuento se acabó, cada quisque se tendió á la bartola junto á la candela para dormir, y Paraiso se metió en su funda. (1) Antes de encerrarse por dentro me dijo: buenas noches... porque éramos amigos y buenos compañeros, y habíamos servido los dos en los dragones. Escucha Paraiso, le dije, no te fies, que esto no está muy cristiano que digamos... ojo alerta y no te duermas hasta que vayan á relevarme...

—¿Por qué dices eso? preguntó el cabo.

—Porque se me figura haber oído algo que no está en mis libros.

—Anda, vete...! dijeron todos; y Paraiso se metió en la funda que parecía un costal de cebada. Cuando entré de centinela todo el vivac roncaba que parecía aquello una piara de cerdos... Cuando me relevaron...

Corneta se interrumpió de repente, púsose una mano en el talle, y luego exclamó en voz baja y moviendo la cabeza de un lado á otro:

—Mi sargento, ó yo he perdido el pesqui, ó algun contrabando anda por ahí... Se me ha metido eso en la cabeza ni mas ni menos que el año pasado.

do, ó nombre de guerra el de CFFIROS, que se han granjeado por su constante buen humor á pesar de las miserias y penalidades de las campañas; tambien los llaman CHACALES, porque la costumbre que tienen de vivaquear los ha hecho astutos merodeadores.

(1) Los soldados en Africa llevan un saco para dormir, que se llama, saco de campaña.

—Pues mira, para que te pase la aprension, coje tu fusil y dá una vuelta... ¿Está muy lejos?

—Quiá... si se puede coger con la mano... Espere V.

El soldado salió del vivac á paso de zorra, montó su fusil, y fué á situarse junto á un lentisco y una mata de palmito.

Aquella mata, era Mahiah, quien, sentado sobre los talones, cruzados los brazos, doblado el cuerpo hasta meter la cabeza entre las rodillas, encorvadas las espaldas y conteniendo la respiracion; permanecía inmóvil é insensible dentro de su kaban erizado de hojas de palmito (1).

Corneta, tomó detras del lentisco la actitud de un cazador al acecho, próximo á una charca donde el javato tiene costumbre de beber á las altas horas de la noche. Pasó algun tiempo, y como no viera ni oyera nada, comenzó á tirar piedras de todos tamaños en aquellos matorrales que estaban al alcance de su brazo; pero solo tal cual culebra arrastrándose sobre la yerba seca contestó á su insinuacion.

—¡Mala bomba...! murmuró el céfiro. . Y sin embargo yo apostaría la caja del regimiento contra un pitillo, á que....

—¿No oyes tú, Corneta? exclamó el sargento

(1) El autor ha si lo testigo, en Africa, de un suceso parecido. En el campamento de la Tafuá en 1836 un árabe cubierto de hojas de palmito, penetró en las trincheras empleando todas las astucias del negro Mahiah, e hirió á un centinela que cogió desprevenido.

con voz socarrona; ¿has encontrado lo que buscabas..?

—¡Mi sargento, déjeme V...! ahora lo veremos... Y esto diciendo, sacó la baqueta de su fusil y dió con ella una monumental paliza á las matas que tenía mas próximas como para vengarse de las burlas del sargento. Dió, pues una batida general á baquetazo limpio en derredor del vivac, y le sucedió lo que por regla general acontece siempre en casos análogos; es decir, que no quedó maleza, machucon; mata, lentisco ni zarza, que no probara el rigor de su brazo, si se esceptúa el negro que solo pasó el susto.

—Pues señor, me alegro... dijo Corneta en alta voz y con gesto mohino; y, sin embargo, yo tengo buen oído...

—Oreja es lo que tú tienes, interrumpió el sargento; anda, anda, arrímate á la candela, que el frío de la madrugada penetra los huesos.

—Decías tú, veterano, exclamó el soldado que había escuchado con grande atención la primera parte de la historia de Corneta, relativa á los hechos de su camarada Paraíso; decías que cuando te relevaron de centinela en la tierra de los Djafras...

—Cuando volví entre los compañeros supe buenas cosas... Figúrense Vds. que dos beduinos mas negros que los demonios, se habían colado en el campamento, no se sabe por qué agujero, y arrojándose sobre el pobre Paraíso, lo liaron en un saco, se lo echaron al hombro lo mismo que un far-

do, y todo esto en menos tiempo que necesita para persignarse un cura loco....

—Esa es grilla... interrumpió el soldado.

—¿No oyes tú, mocosos? no desmientas á nadie... Los dos tunantes tenían allí cerca sus caballos; montaron, y se las guillaron á escape llevándose á mi amigo Paraiso, que tendría que oír cuando despertó.

—Pero y la gente ¿qué hizo?

—La gente se quedó viendo visiones lo mismo que yó... Y ahí verá V.... Si no hubiera tomado á broma lo que yo decía, Paraiso estaría á estas horas entre nosotros siendo la alegría de la casa.

Durante esta conversacion, Mahiah habíase acercado tanto á los soldados del vivac, que tuvo que reprimir el aliento temiendo que le hiciera traicion... Ya situado en lugar conveniente, calculó con ojo certero la distancia, púsose rápidamente en pie, y dando uno de esos saltos prodigiosos, inconcebibles, pero muy comunes en los volatineros árabes; pasó como una exhalacion por encima de la cabeza de los soldados reunidos en derredor del hogar; saltó el vivac entero, y cayó como una bomba á los pies del centinela... Derribarlo en tierra con brazo vigoroso, y lanzarse hacia las estepas que forman la inmensa llanura por el lado de Boghera, fué obra de un minuto para el ágil y valeroso kabila.

Ebrio de alegría, corriendo y saltando como un corzo, el negro tomó por un sendero que conducía á las chozas de su tribu. Sus pulmones tanto

tiempo comprimidos por las angustias de la esclavitud, se dilataban progresivamente para aspirar con la fresca brisa de la mañana, el aire de la libertad; su voz tanto tiempo ahogada en la garganta recobró su timbre, su fuerza y su acento salvage; y en tanto que palmoteaba y golpeaba los talones uno con otro, lanzó un grito estridente que el eco repitió por espacio de muchos segundos.

Este inesperado suceso puso de pie la gran guardia y la avanzada. El céfiro Corneta se desquitaba á satisfaccion burlándose del sargento. Veinte disparos de fusil dirigidos contra el espía ó ladron, iluminaron la escena, y contribuyeron á aumentar la alarma general, que puso todas las tropas del campamento sobre las armas.

Media hora despues de acontecido el suceso que acabamos de referir, Mahiah, sentado sobre la cima de una pelada roca de la sierra de Boghera, miraba desdeñosamente hacia la llanura. Cuando su vista tropezó con el campamento de los cristianos. medio velado todavía por las últimas ondulaciones de la niebla, sus lábios se dilataron bajo una sonrisa de satisfaccion y orgullo.

El recuerdo de los inmensos peligros que había desafiado y vencido con inaudita temeridad, alegraron su corazon y duplicaron su valor. Volvió el rostro hacia el sol que aparecía en medio del horizonte del desierto, púsose de hinojos, besó tres veces la madre tierra, y luego, con paso rápido y andar seguro, penetró en los agrestes desfiladeros del Boghera.

XIV.

LA GURBI.

El pequeño Atlas contiene en sus desfiladeros en sus grargantas, en sus valles, en sus entrañas, en fin, todo un pueblo cuyo origen es antiquísimo. Este pueblo, testigo de las frecuentes invasiones que han inundado el norte del Africa, se atrincheró, huyendo de la civilizacion y de la espada de los conquistadores, en aquel país quebrado, fértil, pintoresco, y de difícil acceso; que separa la antigua Regencia de Argel del desierto del Angaed, desde Tunez hasta Marruecos. No discutiremos las diferentes opiniones manifestadas acerca del tronco principal de donde procede aquel pueblo; pero diremos de pasada, que las masas indígenas que los romanos llamaban bárbaros, procedentes de los Libios y de los Gétulos, tanto por las emi-

graciones de los Medos, de los Armenios y de los Persas, (1) como por las de los Tirios y los habitantes de la Palestina; se han fundido, bajo el imperio de los califas árabes que las han dominado; en una sola raza especial; la raza berberisca ó kabila.

Aunque es difícil ó casi imposible señalar el origen de los berberiscos, es fácil convencerse de que son los mas antiguos propietarios de la tierra que habitan; y esta conviccion nace lo mismo de sus costumbres, sociedad y género de vida, que del nombre con que son conocidos: la palabra kabila, que significa tribu, indicó que los árabes, terminada la conquista, designaron con aquel nombre, que les era muy familiar, los pueblos errantes desposeidos por sus armas.

Rodeados por los árabes de la llanura y del desierto y teniendo de comun con ellos, leyes, religion, creencias y fanatismo, los kabilas nunca se han mezclado ni confundido con sus vecinos los árabes, y constituyen un pueblo, una sociedad aparte en aquellas bastas regiones donde la civilizacion no ha dado un paso hace dos mil años. (2)

(1) Salustio y libros púnicos de Hiemsal (familias autochtonas.)

(2) El carácter en general, del berberisco, es feroz, traidor y vengativo; su estatura es mas que mediana, su fuerza prodigiosa y su cuerpo enjuto, nervioso y ágil, toma actitudes que no carecen de elegancia. La forma de su cabeza es casi esférica y los rasgos de su fisonomía son muy recogidos, en lo cual la raza se distingue del tipo árabe. Los berberiscos son agricultores, industriales y bandidos. El pueblo no

Los kabilas esplotan con éxito las minas de hierro, de plomo y de cobre que existen en las entrañas de los montes del pequeño Atlas y trabajan con bastante primor los metales; labran yataganes rectos, llamados *flisas* (1) muy estimados entre los árabes, forjan con el hierro multitud de aperos de labranza, funden balas, fabrican pólvora y se dedican con grande éxito á la ocupacion de alterar la moneda. Casi todos los industriales del país son monederos falsos.

El robo en grande y pequeña escala está considerado allí, como el ramo mas productivo del comercio que enriquece las tribus. Así es, que lo esplotan por todos los medios imaginables. El kabila es soberbio, altanero, astuto, sufrido, belico-

se divide en castas ni clases, con arreglo á aquellas tres categorías; sin embargo, ejerce las tres profesiones á la vez con la misma vocacion. La agricultura es mucho mas floreciente entre los kabilas que entre los moros y los árabes; sus jardines son un modelo de cultivo, así como los árboles frutales, el olivo y la viña, que cultivan con rara inteligencia. Abastecen á los pueblos de la llanura de aceitunas, de aceite, de jabon, de lana y pan de higos, y guardan con sórdida avaricia el producto de la venta de sus frutos. En cuanto á cereales, solo siembran la cantidad que necesitan para su consumo. Sus ganados son poco corpulentos, si se exceptuan los mulos y los borricos, que son los mejores y mas estimados en toda la Berbería. Tienen muchas aves de corral, y solo se echa de menos entre sus animales domésticos, el camello.

(1) Toman el nombre de FLISA de la montaña donde están situadas las principales fábricas; son unos sables cuya hoja ancha hacia la empuñadura remata en punta muy aguzada y está generalmente adornada con embutidos de laton: la vaina es de madera.

so y rehusa todo socorro extranjero. Por razon de su actividad, es muy solicitado de las familias que habitan las llanuras que son mas indolentes y menos rústicas.

La gran kabila toma su nombre, como la tribu árabe, ya del terreno donde habita, ya del hombre á quien debe su origen. En este último caso, une al nombre la palabra *beni* ó *uled* (hijo) que completan su significacion. Así, por ejemplo, los *Beni-Amer* los *uled-zeitum*, son los descendientes de *Amer* y los hijos de *Zeitum* (nombre de un rio.)

La tribu es gobernada por la autoridad absoluta de un Jeque, el cual, solo en tiempo de guerra consulta la asamblea de los ancianos. Como la region que ocupan las montañas no es toda igualmente fértil, las tribus que habitan en ella se dividen en *karubas* y la karuba en *Daherá*.

La karuba es la reunion de varias familias y toma su nombre del algarrobo porque así como el fruto de este árbol, contiene un número de semillas y la reunion de ellas forman un solo fruto; así la de muchas karubas forman una sola tribu: es, en una palabra, el aduar árabe gobernado por un gefe subalterno que depende del Jeque.

La *daherá* es un lugarejo habitado por una sola familia, cuyos individuos obedecen á la autoridad patriarcal del padre ó del gefe de la rama que le sigue. Los kabilas viven en chozas construidas con estacas clavadas en el suelo, entrelazadas con cañas y ramas flexibles de árboles, y revestidas de tierra gredosa al exterior. Estas rús-

ticas viviendas labradas con tapias, oscuras, sucias y hediondas, se llaman *gurbí*. También acostubran aquellos montañeses aprovechar los huecos y concavidades de las peñas, que agrandan convenientemente y acomodan para transformarlos en viviendas; especie de cuevas, antros ó madrigueras en donde viven en un estado medio salvaje.

Mas, omitiendo generalidades, vamos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida narracion, temerosos de cansar la atencion de nuestros lectores con pinturas que son del dominio del viajero mas bien que del novelista. Llamaremos pues, de nuevo á nuestros personajes, dejando á los sucesos que nos proponemos referir, el cuidado de ir exponiendo muy al pormenor las costumbres originales y primitivas, de las razas que pueblan la antigua regencia de Argel.

La sierra del Bogherá se alza sobre un suelo de arena y solo es, en realidad, un brazo formidable del pequeño Atlas. Este brazo se desprende del monte Smiel, dirígese oblicuamente por el desierto del Angaed, hacia el gran lago Salado, llamado Sebgha, y concluye en dos picos que semejan, desde lejos, dos torres gigantescas cuyos flancos de granito están completamente desprovistos de vegetacion y tienen un aspecto triste y siniestro.

Entre aquellos dos picos, llamados Djebel (1) Beni-kiza, existe un valle fertilísimo, cultivado

(1) Djebel quiere decir montaña.

con arte y plantado de olivos, de palmeras y de azofaifos, y regado por la corriente de un arroyo cuyas aguas han sido distribuidas con inteligencia; valle cuyo aspecto encanta la vista del viajero que vé en el lejano horizonte solo montañas de arena, á sus espaldas sierras agrestes y á sus pies arenas movedizas.

Al abrigo de los dos picos que le han dado el ser, el valle de Beni-kiza oye rujir las tormentas; mira el cielo cargarse de trombas y densos vapores rojos levandados por el Simoun; oye los gritos de agonía de las caravanas sorprendidas por el Siroco ó por los torbellinos que las arrebatan; y, sin embargo, no pierde, en medio de aquellos espantosos cataclismos que siembran la muerte y la desolacion á su lado, ni una de sus brisas frescas y perfumadas ni una de sus sonoras aves.

Sobre las dos vertientes de aquellos picos mírase entre huertos y vergeles y bajo las anchas hojas del sauco, algunas chozas de figura cónica cubiertas de junto muy parecidas á las que construyen los leñadores franceses. En medio del valle vese un grupo numeroso de chozas semejantes, pero colocadas simétricamente en forma rectangular, en el centro de las cuales existe un ancho espacio ocupado por una casa bastante capaz, cuyos muros son de piedra y su techo de paja.

Varios senderos plantados de árboles conducen á la verde espesura donde se hallan aquellas chozas y aquel lugarejo, envuelto en una semioscuridad fresca, agradable y bienhechora.

Nos encontramos en la daherá de los Beni-kizá; todas las gurbias de que se compone, están habitadas por negros que pertenecen á una sola familia, valiente, guerrera, temida y ligada por vínculos estrechos; pues todos sus hijos son parientes consanguíneos.

Una sola entre todas aquellas gurbias, está habitada por una persona estrangera, acogida hace poco tiempo en la daherá.

Es una negra que pasa de los sesenta años, célebre por sus desgracias y sobre todo por sus sortilegios.... es la madre de Mahiah.

Para llegar á la gurbí de Zaka (este es el nombre de la anciana negra) hay que atravesar varios plantíos de naranjos, limoneros y rosales damascenos: en el techo de esta choza carcomida y ruinosa, detiénense los largos sarmientos de una parra que se enlazan y enroscan á las ramas de los azofaifos, de las higueras y á las pencas de los nopales.

El aspecto exterior de esta gurbí es gracioso y pintoresco; el esmirnio y el gamon florido, cubren de una verde alfombra el suelo que la rodea; parece uno de esos remedos de cabañas rústicas que el lujo ha inventado, para embellecer el punto de vista mas pintoresco de un hermoso parque.

Son las nueve de la mañana; un silencio melancólico reina en el valle y en sus vergeles; los ganados han ido al pasturaje; la daherá parece desierta.

La puerta de la gurbí de Zaka se vé abierta y

sale por ella una lijera columna de humo acre y cáustico.

El interior de esta choza es un aposento que mide, cuando mas, ocho pies por cada lado, y cuyo suelo guijarroso tiene profundas huellas de pasos. En el centro de esta estancia hay tres gruesos pedruscos que cubren un hogar y sostienen una tosca vacija de barro que exhala aromáticos olores. En uno de sus ángulos se vé una estera miserable, sucia y agujereada, sobre la cual yace una muger de cuerpo aventajado, lisiada, flaca, deforme, y encorvada. Es de muy avanzada edad; sus brazos y piernas descarnadas han perdido todo su vigor; sus labios son gruesos y levantados; pequeños y apagados sus ojos; su cabello corto, blanco y crespo; y su vestido sucio y abyecto le dan un aspecto repugnante y horrible. Este ser degradado y miserable aparece como un ultraje á la naturaleza.... la misma muerte parece tenerle miedo, porque nunca arrebató una víctima mas deforme, mas monstruosa.... Al trasladar la mirada desde los encantos del valle de los Beni-kizá sobre esta ruin criatura, esperiméntase en el alma una sensacion que aleja la idea de lo bello, que hace olvidar la luz, la vida y la felicidad.

Esta vieja y repugnante negra, es Zaka...! Hace un mes que está enferma y se encuentra á la sazón en los últimos momentos de su existencia...! Doce años hace que no vé á su hijo Mahiah...! Dios quiere que conserve un soplo de vida para dar el postrer adios á ese hijo tan querido,... para des-

pedirle con un abrazo hasta la eternidad.

Zaka está sola en su choza malsana, y canta en voz baja y con angustiado acento, una canción cafre semejante á la que entonaba la esclava negra en el campamento de los Medgeres. Interrumpe con frecuencia su canto gutural á fin de tomar aliento y dar descanso á sus debilitados pulmones; y entonces lleva el compas moviendo automáticamente la cabeza, para no perder el aire del cantar que sus labios murmuran sin ruido.

La canción de Zaka carece de ritmo; es un monólogo pronunciado con voz lenta y acentuada, que expresa los pensamientos que acuden en tropel á su imaginación. Canta todo cuanto la preocupa. Recuerda el lustre de su cuna, el esplendor de su belleza, el brillo de sus riquezas de otros tiempos, su lujo y el número de sus adoradores; y detiénese con tierna melancolía al referirse á su triste situación actual, su abatimiento, su miseria, su fealdad y su vejez... Al llegar aquí desea la muerte, la llama á gritos... pero ruega á los Espíritus que conduzcan á su lado á Mahiah, el hijo de sus entrañas... Se encuentra sola, abandonada y aislada á causa del terror que infunde su enfermedad.... Las personas más caritativas llegan hasta los umbrales de su puerta y le arrojan algunos groseros alimentos; pero no se atreven á entrar....

De improviso, déjase oír el ruido de una persona cuyas ropas rozan las ramas de las plantas y arbustos inmediatos á la choza. Los pasos se

acercan, Zaka levanta la cabeza como la serpiente que oye pisadas próximas al matorral donde se esconde; alarga su descarnado cuello, y abre sus apagados ojos que apenas distinguen los objetos que la rodean. Escucha jadeante...! Un hombre entra precipitadamente en el gurbí, y viene á caer de hinojos sobre la estera donde yace la negra.

Este hombre llega nadando en sudor y cubierto de un polvo rojizo pegado á su rostro, á sus pies y á sus vestidos... Este hombre es Mahiah.

—¿Eres tú, hijo mio..? preguntó la negra con moribunda voz.

—Sí, yo soy madre querida...! madre infeliz del infeliz esclavo...!

Zaka cogió entre sus manos la cabeza de su hijo, la besó con trasporte, la estrechó sobre su corazón y exclamó:

—He contado uno por uno todos los días, todas las horas y todos los minutos que han transcurrido desde que no nos vemos, desde que nos separamos... Te he esperado mucho tiempo... Hijo mio, ¡qué tarde has llegado!... Oh! muy tarde, muy tarde...!

La negra se interrumpió para contemplar á su hijo á través de la nube que la muerte ponía delante de sus ojos. De improviso lanzó un grito lúgubre; un grito de espanto; se incorporó con un movimiento convulsivo y rechazó á su hijo poniéndole sobre el pecho sus manos descarnadas:

—¡Huye! le dijo, ¡no me toques... no te acerques.

Mahiah respondió á ese arretrato de amor y espanto de su madre, estrechándola entre sus brazos. Aquella lucha de santa abnegacion fué breve: la negra quedó desvanecida sobre el pecho de su hijo. Hubo un momento de silencio: momento supremo durante el cual el amor de la madre y la piedad del hijo; vencidos alternativamente, se disputaron con los ojos una victoria que al fin quedó por ambos.

—¿No te causo espanto...? exclamó Zaka; y, sin embargo, todos dicen que estoy horrible.

—Eres mi madre... eres hermosa...!

—¡Hermosa...! Ah! esa palabra me asusta... Hubo un tiempo en que sonaba agradablemente en mi oído... la creía inventada para mí, y que yo había nacido para ella...! Escúchame con atencion... Voy á morir; el frío de la muerte ha penetrado ya hasta la médula de mis huesos...! El Grande Espíritu me llama... el genio de nuestra raza se alza ahí, delante de mis ojos y me llama á sí... Escucha, y no me mires... tu rostro me turba, me fascina... Quisiera acordarme...!

Mahiah desenlazó los brazos que estrechaban el cuerpo de su madre. Zaka cogió entre sus manos la cabeza de su hijo, la cubrió de caricias, la atrajo sobre uno de sus hombros y clavando los ojos en el carcomido techo de la cabaña, exclamó con acento lúgubre y misterioso y en lengua cafre:

—¡Cuántos dias malos han precedido á este instante de alegría, hijo mio! ¡Cuántos soles espléndidos han brillado sobre la llanura y han dorado la cima de estas montañas mientras, que yo

te llamaba en vano... Y ahora me falta el tiempo, pues voy á dejar este mundo donde no he tenido mas que una hora de felicidad; y esta es precisamente la última de mi existencia... No tengo ni aun el consuelo de poder trasportar mi pensamiento hacia el pais donde reviviría con los recuerdos de mi infancia...! No... Quiero hablar: quiero descorrer el velo delante de tus ojos... Escucha.

Zaka se recogió mentalmente durante algunos minutos; sus ojos cóncavos, de mirada oblicua, despidieron relámpagos de luz azulada. La perspectiva de sus miserias se mostraba á su vista en medio de las brillantes reminiscencias de su primera edad. La hija del rey cafre había vivido cincuenta años en la esclavitud; los hierros de la cadena habían trazado profundos surcos en sus carnes, é impreso en su cuello una marca dolorosa.

Zaka movió la cabeza con desaliento y exclamó con voz pausada:

—Tumadre nació en la casa del gran gefe de los Bushuanas. En lo mas alto de aquella casa ondeaban por banderas los despojos de la pantera y del leon; todos los grandes de las naciones inclinaban la cabeza delante del rey Gaika, tu abuelo, que reinaba sobre los pueblos del rio Amarillo y de la Montaña-Luciente... Cuando jóven era yo hermosa, querida y respetada de todas las tribus... Visitaban á mi padre solo para tener ocasion de verme, y los extranjeros detenían sus pasos para admirarme cuando corría en mi carro por las sábanas de Litakú. Los hombres blancos me colmaban

de regalos, ofreciéndome sus mejores collares, espejos y alhajas de gran valor; como la mas noble y mas gloriosa de las hijas de nuestra comarca...! ¡Cuán breves fueron aquellos dias de juventud, de belleza y de monarquía...! Los Bushuanas fueron atacados por sus vecinos los Achantis: mi padre salió del reino á la cabeza de sus mejores capitanes y sostuvo una guerra desastrosa contra el rey Matebi.

Tenía este un hijo que prendado de mi belleza me pidió por muger. Mi padre rechazó sus vehementes instancias y Matebi juró vengarse. Mientras que los Bushuanas saqueaban el territorio de los Achantis, estos hicieron una diversion y se acercaron á Litakú. Sabedor Matebi por sus espías de los sitios predilectos de mis paseos, puso una emboscada; y un dia que me paseaba en carro con mi hermana mayor, nos hizo prisioneras. Orgulloso Matebi con su indigna victoria renovó su solicitud á mi mano; y como yo mantuviese la negativa de mi padre, me encerró con mi hermana en un oscuro calabozo que fué el principio de nuestro largo martirio. Desde aquel dia nos despedimos de la tribu y de la libertad. Matebi nos amenazó con vendernos como esclavas si rechazábamos sus ofrecimientos... Los rechazamos, y... nos vendió.

Mahiah besó á su madre en la frente.

—Nos compró un judío llegado de Mostagan con los blancos... era un hombre vil y perverso que levantó la mano sobre tu madre y la hirió

aquí... en la mejilla... ¿Ves la señal...?

—Este cobarde ultraje me reveló el abismo de abyección en que había caído... La hija de un poderoso y temido rey habíase convertido en azotada sierva, y estaba á la merced del primer libertino que la eligiera para instrumento de sus placeres, si era bastante rico para adquirirla al precio de una bestia de carga... Si algun día encuentras un pariente ó un amigo de aquel mercader sin conciencia, de aquel judío inhumano y codicioso; véngame, hijo mio...! Venga tu sangre; porque él no tuvo piedad de tu madre ni de tu tía y porque fué el origen de todas mis desgracias...!

—¿Vive todavía?

—No: debe estar con los ángeles malos; porque tenía mas del doble de mi edad; pero acaso ha dejado hijos, y si así fuere y los encuentras, acuérdate de tu madre,

—¿Cómo se llamaba?

—Samuel...

—¡Samuel...! ¿de Mostagan?

—Sí.

—Madre, serás vengada.

—El Grande Espíritu es justo... gracias... No me interrumpas, hijo.... Samuel es un enemigo harto vil, tu madre necesita víctimas mas ilustres... Ay de mí! ¿tendré suficiente memoria para acordarme de todo el mal que me han hecho; bastantes fuerzas para referirlo, y tú, el tiempo indispensable para devolver la mitad de las ofensas que tu madre ha recibido...?

Zaka se interrumpió un instante y luego prosiguió:

—Samuel nos condujo á Mostagan y nos expuso en el mercado...! Mi hermana, de mas edad que yo y menos hermosa, fué vendida inmediatamente á bajo precio; yo fuí destinada á un comprador mas rico. Durante mas de un mes la sórdida avaricia de mi verdugo me tuvo sometida á la vergonzosa formalidad de los reconocimientos, y expuso mi pudor á las pujas de los postores. Por último, tras largas vacilaciones, el judío resolvió llevarme á paises mas lejanos donde esperaba venderme á mayor precio. Nos embarcamos en un buque del bajá (1) de Argel, y despues de una larga y penosa navegacion, saltamos en tierra en una ciudad de Egipto llamada Alejandría.

Pasados los dias destinados al necesario descanso, Samuel me vistió con ropas suntuosas y me expuso en el mercado de esclavos.

Mi juventud, mi hermosura, y la fatalidad que se obstinaba en embellecerme á pesar de mis lágrimas, y sufrimientos atrajeron un numeroso concurso en derredor mio.

Un jóven mameluco se acercó á mí, mostrando en su semblante señales inequívocas de la compasion que le inspiraba mi infortunio; mis ojos vueltos hacia él se fijaron involuntariamente en

(1) Los gefes de la Regencia de Argel tomaban el título de bajá y dependían del imperio turco. Los franceses les dieron el nombre de Dey. que es casi desconocido de los árabes.

su porte seductor y en su frente noble y altiva... Cruzáronse nuestras miradas.... las tuyas eran dulces y piadosas; las mías tímidas y suplicantes... Ignoro lo que pasó en mi alma; pero es lo cierto que mi corazón palpitó con violencia, cuando el joven mameluco me señaló con su mano blanca y fina, y dirigió á Samuel algunas palabras en un idioma desconocido; pero con voz tan dulce y cariñosa como la tuya de hoy, hijo mío...! Samuel me tomó por un brazo y me puso en manos de mi nuevo dueño... mi nuevo y joven dueño...! Ah! ¡por qué no he sido siempre esclava suya...! ¡Que no pueda yo servirle, arrastrarme á sus pies hasta en este supremo momento en que tengo la muerte en el corazón...! Pero, nó; lo que estoy diciendo es una infamia, una cobardía...! Perdóname estos recuerdos, hijo mío... pierdo la razón, estoy loca casi siempre...! He sufrido tanto...! En vez de llorar la pérdida de ese hombre, debiera revistiéndome de toda la dignidad, de todo el orgullo de mi raza, decirte su nombre maldito para que también me vengaras en él ó en los suyos... porque fué el verdugo que deshojó la flor de mi inocencia; porque su amor fué el abismo donde se precipitaron, para no volver mas, mi juventud y mi vida... ¡Sea maldito!

—Su nombre, madre mía; exclamó Mahiah espantado, ante las convulsiones que agitaban el cuerpo de la negra.

—¡Ybrahim..!

—¿Ybrahim?

—Sí, ¿lo has visto alguna vez...? Ah! debe ser un hermoso anciano; generoso, magnífico, grande en todas sus acciones...! Se llama Ybrahim.. ¿Habrás sido, hijo mio, bastante dichoso para haberle visto, para haberle hablado un dia, una vez siquiera...? ¿Lo conoces...?

—No... ¿Se encuentra, acaso en este país?

—Escucha... Ybrahim me llevó de la mano hasta la puerta del Bazar y me entregó á sus esclavos; estos me condujeron á una casa, en la cual me ví rodeada de las mayores atenciones y de servidores numerosos, de quienes desde luego fuí la reina. Al dia siguiente, Ybrahim vino á visitarme, y me preguntó si comenzaba á olvidar mis desgracias. Su voz era cariñosa, mas cariñosa que lo fué la víspera; su mirada mas dulce y su frente mas altiva; tanta nobleza me encadenaba á sus pies. Durante muchos dias, sus visitas fueron respetuosas y era tanta su solicitud, que parecía el esclavo, y yo el amo cuyos mas insignificantes caprichos se apresuraba á satisfacer. Sus visitas fueron haciendose cada dia mas largas, con gran contentamiento mio, hasta que una noche....! Una noche sus labios me hablaron en un lenguaje que debe ser familiar á todos los corazones, pues que el mío lo comprendió y contestó sin esfuerzo, sin vacilacion, y con toda la imputuosidad que para manifestarse lo esperaba una palabra de aquel dueño querido... adorado....

.
Cuando el antilope se oculta en los altos jarales

de la Montaña-Luciente, y cuando en el mes del sol (1) la yerba y las malezas se agostan y calcinan bajo un cielo ardiente; los cazadores prenden fuego al monte y las llamas pasan sobre la tierra como el huracan... El incendio parte de todos los puntos, todo lo invade y todo lo arrasa: las yerbas las plantas, la maleza y los arbustos, desaparecen consumidos en un instante... Entonces, el antílope perece en el general desastre antes de haber podido huir.....

Así fué como en mi corazon se encendieron las primeras llamas... Su inocencia, su candor se vieron de súbito destruidos... Nada queda ya de aquel inmenso amor... nada... sino este espectro... tu madre...!

La desventurada se interrumpió un instante para tomar aliento y luego continuó:

—Quiero terminar la historia de aquellos días, y olvidar aquel pasado que aumenta mi agonía y mi dolor... No llores, hijo mio: no llores, y escucha... Durante un año fuí la mas feliz de las mujeres y, debo confesarlo con el sonrojo en la frente, dí al olvido en medio de la embriaguez de mi dicha, las lágrimas de mi anciano padre y los deliciosos valles del rio Amarillo. Veía solo á Ibrahim; era mi familia, mi patria, mi Dios, el único objeto de mi culto... Oh! el Grande Espíritu me ha castigado...! Al terminar aquel año, todo el Egipto desde las costas hasta el desierto, se con-

(1) El mes de Agosto.

movió al anuncio de una próxima guerra santa. El *Djead* (1) fué publicado desde los púlpitos de todas las mezquitas, y los mamelucos montaron á caballo. Diéronse grandes batallas entre los cristianos y los hijos del Islam, y la sangre corrió en abundancia

Aquella guerra funesta separó de mi lado á mi dueño, á mi amigo... Valiente y entusiasta, se cubrió de gloria en todos los encuentros, y solo regresó á mis brazos para hacerse curar las heridas.

Tres veces fué conducido en tal estado á mi tienda, pues tuve que abandonar la población y acampar con otras familias en los arenales, y otras tantas mi amor y miscuidados volvieron á la vida aquel indómito guerrero... Ay de mí! ¿por qué no perdí la mia, la vez tercera que le ví montar á caballo para volver á la guerra...! Hubiera muerto casi dichosa...! Marchó sin quererme oír, rechazándome con severidad... Mucho tiempo le esperé... y mi pasión insensata llegó hasta desear que una nueva herida lo trajese á mis brazos.... Vana esperanza...! Muy luego supe que fascinado por la gloria del jefe de los cristianos, había hecho traición al estandarte del Profeta y seguido los pasos de aquel hombre grande; cuyo nombre que tú no debes ignorar, llena el mundo.

—¿Ha regresado?

—No...! Al menos yo no lo he vuelto á ver... Si algún día lo encuentras...

(1) DJEAD, guerra Santa.

—¿Cómo he de reconocerle...? ¿No tiene alguna señal que lo distinga...? Sus heridas...

—*Tiene una que le divide la frente, desde el ojo izquierdo hasta la sien derecha.*

—*Desde el ojo izquierdo, hasta la sien derecha?* interrumpió Mahiah estremeciéndose.

—Sí; respondió la negra, absorta en sus meditaciones. Cuántas veladas y cuántos temores me ha costado, y cuántas lágrimas derramé sobre ella...! Era la primera herida...

—Loco! loco...! exclamó Mahiah; estoy loco... no puede ser!

Esto diciendo, inclinó la cabeza sobre el pecho; y tomando una actitud parecida á la de su madre, permaneció mudo, inmóvil, y perdido en un mar de conjeturas que se agolpaban confusamente en su imaginacion.

Zaka, continuó, despues de un corto intervalo de silencio:

—Llevaba en el seno fruto de aquel amor que dejó destrozado mi pecho.

Mahiah levantó la frente con viveza, y prestó mayor atencion, si cabe, al relato de su madre.

—Por no dar muerte al hijo que abrigaba en mis entrañas, sufrí con valor mi inmenso infortunio... Fuí madre al fin... Madre de una niña hermosa como yo nunca lo fuí; blanca, cabello negro, ojos rasgados y de mirada dulce como los de la gacela; de sonrisa hechicera, y de cutis blanco y suave al tacto como la pluma del colibrí; era el retrato de su padre... Amaba á mi hija hasta la

idolatria y... me la robaron...! Cuánto he sufrido...! Cuánto he sufrido...! exclamó Zaka alzando la voz, y paseando en su derredor una mirada que reflejaba el espanto de su horrible miseria.

Mahiah enjugó las lágrimas que caían á hilos sobre las manos de su madre, y besó sus dedos secos y huesudos.

Zaka continuó:

—Si un día encuentras á Ibrahin (esta idea no se apartaba de la imaginacion de la moribunda) no le hagas daño alguno; lo quiero, lo exijo... te lo ruego... Pero si el Grande Espíritu, permite que encuentres hijos suyos que no hayan sido amantados á mi pecho... Entonces, Mahiah, hijo mio, no tengas piedad... ¡Véngame...! El ódio que profeso á la raza de Samuel, es nada comparado con el que mi corazon alimenta contra la de Ibrahim... Tendrás presente que sus hijos y sus hijas deben la vida á mi desgracia, y son el fruto de su abandono, de su perjurio y de sus traiciones.... ¡Mahiah...! Me vengarás, ¿no es cierto?

—Si, madre; sí...

—Bien; tú eres mi hijo amado... acércate mas, quiero espirar feliz sobre tus rodillas...

Zaka se interrumpió de nuevo y continuó al punto:

—En cuanto mi hija creció para poder viajar, decidí volver á Litakú; vendí cuantas alhajas había recibido de Ibrahim, y me embarqué en un buque que debía conducirme al pais de los Bushuanas. Sin duda que la cólera de mi genio no estaba to-

davía aplacada... el ojo siniestro no apartaba su mirada de mí... nuestro buque fué arrojado por una tempestad en las cercanías de Túnez, y de nuevo fuí hecha esclava por los kabilas... Como los largos sufrimientos habían desfigurado mi rostro y robádome la gentileza del cuerpo, me ví felizmente despreciada por los diferentes amos que me compraron, y destinada á los trabajos mas rudos y humildes. La vista de mi hija no solo me hacía llevadera tan triste y abyecta situacion, sino que templaba los acerbos dolores de mi alma, y aun encontraba esquisitos los groseros alimentos que me echaban, como se arroja un hueso á un perro... Ay! era demasiado esencial á mi existencia para que el destino la dejara mucho tiempo á mi lado...! Me la arrancaron de los brazos, y la vendieron á un gran gefe procedente del Angaed ó del Sahara, cuyo nombre he ignorado siempre y de quien jamás he oido hablar... Si entonces la muerte no puso fin á mis miserias, fué sin duda porque la muerte era el único bálsamo que podía cerrar la herida abierta en mi corazon... fué porque está escrito que solo en el sepulcro puede Zaka, encontrar el reposo y la felicidad... Mi hija llevaba en el cuello mi última reliquia, una gargantilla de coral que Ibrahim me había regalado... Desde aquel funesto dia, cuantas veces he encontrado una muchacha ó una muger al paso; me he acercado á ella para mirar su garganta... Loca esperanza... vana ilusion... Nada tengo de mi hija, nada sino el recuerdo de su belleza y su nom-

bre... Llamábase Rtidja...

Tan larga série de infortunios quebrantaron mi valor; aniquilada y casi agonizante, acabé por ser una carga tan pesada como inútil para mis amos, que al fin me negaron hasta el indispensable alimento y, por último, me despidieron. Rechazada por todo el mundo, me ví reducida á la mas estrecha miseria, y tuve que mendigar el agua y la cebada para no morirme de hambre. Así, por-diéndose de tienda en tienda, llegué á las montañas entre los kabilas y me detuve en esta tribu, donde el color de mi piel me hizo acreedora á la conmisericordia de sus habitantes. Aquí encontré un hombre tan desgraciado como yo; un morador de nuestras bellas comarcas, arrebatado como yo de las márgenes del rio Amarillo, y como yo vendido y esclavo... Era hijo de un gefe, víctima de la guerra de los Achantis: había conocido á mi padre, le había besado las rodillas y había sido testigo de mi belleza y de mi esplendor...! Muy cambiados y muy degenerados estábamos uno y otro: no conservábamos el menor vestigio de nuestra juventud, de nuestra grandeza; la esclavitud nos había gastado, nos había consumido... Sin embargo, nos reconocimos mutuamente, no por los rasgos de la fisonomía, sino por la relacion de nuestras desgracias...

El ángel de la misericordia nos reunió en la misma cabaña, y nos unió con la misma argolla de hierro de la esclavitud; porque, hijo mio, compré la hospitalidad que me dieron al precio de mi li-

bertad... Asi, unidos por el sufrimiento, por los recuerdos, y por la desesperacion, y siguiendo las costumbres de nuestros padres y del pais donde vimos la luz; nos casamos, siendo nuestra santa union el único relámpago de dicha que iluminó la larga noche de mis dolores... Hijo mio, llevas el nombre de aquel que dió alivio á mis quebrantos haciéndome madre; dando un hermano á mi pobre hija que lloro perdida, y regocijando mi corazon con tu amor, desgraciado hijo de mis entrañas... pobre Mahiah...!

El negro conteniendo el aliento, contraídos todos los músculos de su rostro, y pendientes de los lábios de su madre; escuchábala con ese religioso respeto con que se oye la voz del intérprete del Dios que adoramos, cuando retumba magestuosa y solemne en recinto sagrado.

Zaka prosiguió:

—Seis años vivimos sin que la mas lijera nube empañase el cielo de nuestra union... Era tan feliz cuanto podía serlo una desdichada criatura como yo... Sin embargo, el recuerdo de Ibrahim no se borraba de mi imaginacion. Soñaba con él é imaginábame verle á los pies de una rival venturosa, y acariciando los hijos fruto de mi desgracia y de su perjurio... Oh! entonces formaba los mas insensatos proyectos de venganza, y llamaba en mi ayuda á los malos génios.

Tendrías cuatro años, cuando los cristianos que invadieron en otro tiempo el Egipto, entraron en son de conquista en el pais de Argel. La Guer-

ra Santa levantó los árabes todos como un solo hombre, y comenzó esa lucha feroz, sin cuartel, que se hacen todavía los hijos del Profeta y los franceses: Guerra que es para mí una cruel esperanza, porque siendo Ibrahim amigo del pueblo conquistador, su vuelta no es imposible.

Con motivo de la Guerra Santa, el Sultán Abd-el-Kader quiso reinar sobre todas las tribus, é intentó someterlas. Su valor y su genio guerrero arrastró muy luego tras su bandera todas las de la llanura. Solo los kabilas, celosos de su libertad é independencia, se negaron á seguirle y sostuvieron con las armas en la mano su negativa.

Nuestra tribu se opuso enérgicamente á las usurpaciones de Abd-el-Kader, y empenó varios combates que hicieron vacilar el naciente poder del Sultán.

Tu padre era valiente como lo son todos los Bushuanas; derramó su sangre con abundancia en defensa de sus amos, que en prueba de agradecimiento le dieron la libertad,

Una noche, hará como doce años, un amigo y feroz partidario de Abd-el-Kader, envolvió nuestras montañas con un millar de ginetes y entró de improviso en nuestros aduares. La confusión y el desorden fueron horribles...! Los guerreros del Sultán hicieron una carnicería espantosa... La tierra de los Beni-Kiza quedó empapada en la sangre de sus moradores... La razia pasó como el huracán sobre la tribu, y solo dejó con vida al-

guenos ancianos, mugeres y niños...!

—¿Y mi padre? exclamó Mahiah; ¿qué fué de mi padre?

—Tu padre herido, cayó prisionero.

—¿Y despues?

—Lo llevaron á la presencia de Al-Arbi...

—¿De Al-Arbi... el gran morabito? interrumpió con vehemencia el jóven cafre.

—Sí; ese hombre tan temido y respetado mandaba la razia, aunque muy jóven á la sazón. El fué quien lo llevó todo á sangre y fuego en la tribu...! Dicen que Dios le inspira... yo le aborrezco: Escucha.

—Oh! habla, habla...!

—Cuando tu padre estuvo en presencia de Al-Arbi, este le echó en cara su rebellion, y luego dirigiéndose á sus Schiaus, les hizo una señal de inteligencia. Aquellos verdugos se apoderaron brutalmente de tu desventurado padre, y le hicieron sufrir un suplicio atroz..... Le cortaron las manos y los piés, y lo arrojaron en una hoguera.

Al oir estas palabras, el rostro de Mahiah se contrajo horriblemente; sus ojos se inyectaron de sangre, su frente se inundó de sudor, y sus lábios se entreabieron, enseñando sus dientes blancos y apretados con rabia.

Zaka, prosiguió:

—Cuando tu padre estaba en el tormento, me acerqué á él y recojí sus últimas palabras...

—¿Que palabras fueron esas? preguntó Mahiah con acento lúgubre.

—*Dirás á nuestro hijo que muero maldiciendo á Al-Arbi...*! y su cabeza cayó de un golpe de yatagan...!

El negro exhaló un suspiro ronco y prolongado... un estremecimiento convulsivo ajitó durante algunos segundos todos los músculos de su cuerpo y una sardónica sonrisa dilató sus labios. Luego dirigió una mirada llena de intencion á sus nervudos brazos y anchas manos, movió la cabeza de un lado á otro, y respondió á su madre.

—Mahiah, entiende...!

—Hice propósito de educarte repitiendo todos los dias en tu oído las últimas palabras de tu padre; pero la rabia de mis verdugos no quedó saciada con haber derramado un torrente de sangre Beni-Kizá, y dispersaron completamente la tribu, poniendo entre los padres y los hijos las llanuras y las montañas. Al-Arbi te tomó por esclavo y yo fuí enviada al *Sahel* y condenada á todo género de miserias.

Finalmente, habiendo los cristianos conquistado poco á poco el país y sometido las tribus, que les juraron obediencia; pude volver á estos lugares testigos de mis días menos desgraciados y de mi último infortunio.... testigos de mi postrer amor, que fuistes tú, Mahiah, mi último hijo muy amado; mi última y tan deseada esperanza...!

Confiando en las virtudes del *Djelep*, consultaba todos los dias el *Sambel* y el *Calcarí*... ¿ves esos vasos que humean en medio de nuestra gurbi? pues contienen los elementos infernales que ense-

ñan la ciencia de la adivinacion; en su práctica he encontrado fuerzas para esperar, y he alimentado la esperanza de volverte á ver... Así, hijo mio, despues de dar sepultura á este mísero cuerpo, te presentarás al Kaitlausfan de esta tribu, visto que estamos en los tiempos del *Djelep* (1) y pedirás ser iniciado en la ciencia de los conjuros y maleficios, á fin de adquirir el espíritu que halla cuanto busca, y la fuerza que aniquila y destruye cuanto coge debajo. De esta manera inspirado y fortalecido, buscarás y encontrarás nuestros enemigos y cumplirás nuestra venganza...! ¿Obedecerás?

—Sí.

—Bien, hijo mio: eres digno de tus hermanos los Bushuanas... Escucha... escucha; antes de que me cuentes la historia de tu vida, antes de deleitarme oyendo el dulce sonido de tu voz; de esa voz que durante doce años ha sonado en mi corazon, sien lo el último lenitivo que mitigaba los dolorosos recuerdos que laceraban mi alma. quiero que hagas un juramento, sin el cual me maldeciría el angel de la muerte.

—Habla; respondió Mahiah con ronco acento.

—Jura sobre el *Djelep*, tu morada celeste y que tu odio y tu venganza, caerán sin compasion en nombre de tu desventurada madre y de tu padre asesinado; sobre el judío Samuel y sobre su raza.

(1) El DJELEG, no puede verificarse sin la autorizacion del Kaitlausfan, y se consagran á él los treinta dias que siguen al Beiran. El Beiran se compone de los tres ultimos dias del Rhamadam, dias de regocijo que pueden compararse á nuestro carnaval.

—Lo juro...!

—Sobre Al-Arbi y sobre los suyos...! Sobre los hijos de Ybrahim que no sean tus hermanos...

Mahiah vaciló... sus manos temblorosas parecían negarse á prestar este juramento. Zaka clavó en los ojos de su hijo una mirada espantosa y la horrible fealdad de su rostro, desapareció un momento bajo una espresion de solemne y despótica magestad.

El negro fascinado, aturdido, y como fuera de sí, exclamó, al fin, con acento arrebatado.

—Sí, lo juro...! lo juro...! y ocultando la cara entre ambas manos, comenzó á sollozar.

—Ahora, pues, continuó Zaka, puedo morir... Mis huesos se regocijarán en el sepulcro.

Estrechó á su hijo con trasporte sobre su pecho, y le colmó de caricias como en aquellos tiempos en que lo mecía entre sus brazos cantando el *zen-zaní*.

Cuando haya dejado de vivir, continuó con sonrisa cariñosa, enterrarás mis despojos al pié del tronco de la palmera que dá sombra á esta cabaña... Allí fué donde rodó la cabeza de tu padre...! Aquella tierra ha sido fecundada con su valerosa sangre...! Ahora, hijo mío, cuéntame tu historia. ¿Cómo has vivido durante nuestra larga separacion? ¿A qué prodigio ó á qué casualidad debo el verte, y quien te ha conducido á mi lado?

—No tenía olvidado el esterinio de toda mi tribu, respondió Mahiah; pero era esclavo y siempre lo fuí de Al-Arbi, ignorando que fuera él la

causa de todas nuestras desgracias.

—Conque, ¿todavía eres su esclavo? interrumpió Zaka, manifestando en su semblante señales de una alegría feroz.

—Si, madre mia, sí; mi vida ha sido insignificante y despreciable como la de todo esclavo... He recibido mas castigos que recompensas, mas ultrajes que palabras de consuelo.... Y, sin embargo, creo no haber sufrido bastante, en proporcion á lo que tengo que hacer para nuestra venganza.

Mahiah refirió circunstanciadamente á su madre todos los sucesos que hemos narrado en el comienzo de nuestra historia, así como las revelaciones que le hizo su tía junto á la tienda de las mugeres del Cadí de los Medgeres y terminó bruscamente la revelacion con la siguiente pregunta:

—¿No me has dicho que el ejipcio Ybrahim tenía una cicatriz en la frente?

—Sí; que le divide la frente.

—¿Desde el ojo izquierdo, hasta la sien derecha?

—Sí; desde el ojo izquierdo hasta la sien derecha.

—Y las otras heridas ¿dónde las tiene?

—Una, de bala, en el hombro izquierdo.

—¿Y la tercera?

—La tercera la tiene en la pierna derecha; es ancha y profunda, y la recibió en el sitio de la ciudad Santa (1).

(1) San Juan de Acre.

—¿Es de arma de fuego ó de arma blanca?

—Le fué causada por el fuego... El alcazar del bajá se hundió sobre sus defensores, é Ybrahim fué herido por una viga inflamada.

—*En la frente, en el hombro, y en la pierna derecha*, murmuró por lo bajo Mahiah: repitió muchas veces estas mismas palabras, cual si temiera olvidarlas, y por último, ocultose el rostro entre las manos y permaneció silencioso.

De improviso, el cuerpo de Zaka se agitó en una prolongada convulsion que recorrió todos sus miembros, y luego cayó pesadamente con el rostro pegado al suelo.

Mahiah se abalanzó en auxilio de su madre, levantó su desfallecida cabeza, y vió con espanto impresas en aquella faz tan querida, las señales de una muerte próxima.

Los apretados labios de la moribunda murmuraron todavía algunas palabras ininteligibles; y Mahiah acercó el oído á la boca de su madre para oír su última voluntad, para recoger su último suspiro.

La agonía de Zaka fué larga, horrible: su hijo se mostró paciente, respetuoso y admirable de abnegacion. Con sus manos se esforzaba en dar calor á los miembros helados de su madre, y la acariciaba como un niño acaricia el seno que le dá la vida. Su voz filial modulaba los ecos mas tiernos para consolar aquella alma lacerada pronta á comparecer en la presencia de Dios, y con el oído atento espiaba la manifestacion del último deseo, ór-

den ó súplica de su madre; para ser un intérprete leal é inexorable.

Así trascurrió una hora de lucha entre la vida y la muerte, entre el amor de madre y el amor de hijo, que quieren consolarse en el último trance de la vida... Mahiah oyó distintamente estas palabras: *Ybrahim... Samuel... Al-Arbi.... Tus juramentos.....!*

Y, como respondiera *sí* á cada una de las palabras de su madre, y la oprimiera cada vez mas estrechamente contra su pecho; percibió un brusco y rápido sacudimiento que imprimió á sus brazos un temblor nervioso... Luego, un soplo frio y sutil pasó rozando por sus lábios...

La hija del rey Gaika, había exhalado el postrer suspiro.

El negro dió un grito estridente... Despues recostó el cadáver sobre su lecho de estera; cubriolo respetuosamente con algunos harapos, se arrodilló junto á su cabeza; cerró los ojos, y lloró.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LISTA DE SEÑORES SUSCRITORES.

- 1 D. Jacobo Lopez Cepero.
- 1 (duplicado) D. Basilio del Camino.
- 2 D. Hulises Bidon.
- 3 » María Lopez.
- 4 » Eduardo Martinez.
- 5 » Juan Puig.
- 6 » Domingo García Pego.
- 7 » Eduardo Reina.
- 8 » Cayetano Sanchez Gil.
- 9 » Sebastian García Pego.
- 10 » Julian de Alava y Urbina.
- 11 » Manuel Ramos.
- 12 » Manuel Tobía.
- 13 » Fernando de la Rocha.
- 14 » Ramon Ramos.
- 15 » José García Aguilar.
- 16 » José Flores.
- 17 » Saturnino María Rodriguez.
- 18 » Gumersindo Ortiz.
- 19 » Miguel Cabana.
- 20 » Federico de Soto.
- 21 » José Gonzalo Aguila.

- 22 » Federico Rubio.
- 23 » Rafael Salvatella.
- 24 » José Fernandez Sta. Cruz.
- 25 y 26 Casino del Recreo Sevillano. (Dos ejemplares.
- 27 D. Guillermo Martinez.
- 28 » Telesforo Anton de la Torre.
- 29 » José María Udell.
- 30 » Mariano Paz Gomez.
- 31 » Pascual Wert.
- 32 » José Cortegana.
- 33 D. Francisco Clausel.
- 34 » Santiago Laborda.
- 35 » Pastor Perez de Lasala.
- 36 » Mariano Calderon Ochoa.
- 37 » Juan de la Puente y Apecechea.
- 38 » Eduardo Galan.
- 39 » Ramon Molas.
- 40 » Rodolfo Matoni.
- 41 » Manuel García Boix.
- 42 » Antonio Martinez.
- 43 » Manuel Alvarez.
- 44 » Elías García y Espinosa.
- 45 » Antonio Pozzi.
- 46 » Cristino Lajara.
- 47 » Julio Arbizú.
- 48 » Ignacio Martinez de Ascoitia.
- 49 » Manuel Prieto (Cazalla de la Sierra).
- 50 » José Maria Párraga.
- 51 » Julian Artaloitia.
- 52 » Eustasio Sanz y Ciria.
- 53 » Felipe Ramos de la Torre.
- 54 » Gonzalo Segovia.
- 55 » José Maria Adriansens.
- 56 » Antonio de las Barras.
- 57 » José Villar Sanchez.

(Continuará.)

LIBRERIA Y TALLER DE ENCUADERNACION

DE JOSÉ MARIA DEL CAMPO,

calle de Génova núm. 9.—Sevilla.

En este establecimiento se están grabando planchas espresamente para *La Biblioteca Económica de Andalucía*, con el objeto de encuadar los tomos á la inglesa, en la mitad del precio que hoy se hacen. Tan luego como estén terminadas las planchas lo pondremos en conocimiento de nuestros suscritores.

En la misma librería se venden las obras siguientes:

El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha, por Miguel de Cervantes Saavedra.—Dos tomos voluminosos, ilustrados con multitud de láminas.—Edicion moderna con la biografía y el retrato del autor.—Precio 25 reales.

El Libro de los Fumadores.—Reglas para hacer del tabaco un uso hijiénico y saludable.—Instruccion para mejorar su calidad y para que el fumador pueda conocer las diferentes clases de tabaco, dotándole ademas de un aroma y sabor escelentes.—Precio 2 reales.

Journal des Dames et des Demoiselles.—Periódico de modas y bordados, el mas completo y barato de cuantos ven la luz pública en el Extranjero.

LIBRERÍA DE LOS HIJOS DE FÉ.

CALLE DE TETUAN NÚM. 19.

En este establecimiento, se encuadernarán á la inglesa y á precios sumamente reducidos los tomos de la *Biblioteca Económica de Andalucía*: para cuyo objeto acabamos de recibir un gran surtido de materiales escojidos, y percalinas de diferentes dibujos.

Escusamos decir que las encuadenaciones serán esmeradísimas.

En el mismo establecimiento se hallan de venta las obras siguientes:

María de Mancini: novela escrita en francés por S. Gay, traducida por J. A. B. Madrid, 1866. Un tomo en 8.º, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias, franco de porte.

La casa de dos colores: imitacion y arreglo de la novela que, con el título *Le Prestige de l'uniforme*, escribió en francés Mr. Ernest Serret, por C. A. de A. Madrid, 1865. Un tomo en 4.º, 12.

Escenas de la vida privada.—La muger de treinta años: novela escrita en francés por H. de Balzac; traducida por D. Enrique Hernandez, Madrid, 1867. Un tomo en 12.º, 14.

Genio y figura; novela en francés por Ch. Paul de Kock; traducida por D. Rafael Mejía. Madrid, 1867. Un tomo en 12.º, ilustrado con una preciosa lámina grabada en acero, 14.